



GERON Y VIRTUS

*Un trascendente encuentro entre dos jóvenes,
un germano y un romano*

Jakob Streit



Geron y Virtus

Un trascendente encuentro entre dos
jóvenes, un germano y un romano.

Por
Jakob Streit

Ilustrado por Adam Agee
Traducido por Maialen Iriso

Impreso con ayuda del Waldorf Curriculum Fund

Publicado por:

Waldorf Publications en el
Research Institute for Waldorf Education
38 Main Street
Chatham, NY 12037

Título: *Geron y Virtus: Un trascendente encuentro entre dos jóvenes,
un germano y un romano*

Autor: Jakob Streit

Editor: David Mitchell

Diseño de la portada: Hallie Wootan

Ilustraciones y dibujo de la portada: Adam Agee

Diseño: Ann Erwin

Edición en inglés © 2006 por AWSNA

ISBN #1-888365-70-6

Edición en español © 2017 por Waldorf Publications

ISBN #978-1-888375-91-7

Traducción al español dentro del proyecto PerMundo para la traducción gratuita de páginas web y documentos para ONG y asociaciones sin ánimo de lucro. Proyecto dirigido por Mondo Agit. Traductora: Maialen Iriso

Índice

1	El ataque	5
2	En la herrería de Hamarson	7
3	La vieja casa	9
4	La nueva cabaña de madera	13
5	El asado de lobo y cordero	21
6	El cuento para dormir de Holger	26
7	Las hachas de Wugo	30
8	El segundo cuento para dormir de Holger	36
9	El paseo hacia la casa de Evart el druida	40
10	La ceremonia de inaugurción	47
11	La primera noche en la nueva casa	56
12	La historia de Odhr	58
13	La procesión	64
14	En el bosque y en la pradera	66
15	El druida cuenta la historia de Baldur	72
16	La caza del oso	75
17	El fresno del mundo- Yggdrasil	81
18	Sacrificio en el Lugar Sagrado del druida	86
19	Wugo presta a Virtus de nuevo	92
20	La huida	105
21	Descubren la huida	109
22	El castillo romano	112
23	Castra Vetera	118
24	La vuelta de Julus Severus	126
25	Con los artesanos romanos	131

26	Tres se van de paseo	138
27	El viaje por el Rin	145
28	Vuelta a Germania	149
29	Remontando el río Lupia	151
30	El regreso al hogar	154
31	El paseo a hacia la granja de Wugo	161
32	El solsticio de invierno	164
33	La reunión de druidas	168

1. El ataque

En un castillo, no muy lejos del río Rin, tres jóvenes soldados de la caballería romana estaban a punto de comenzar un paseo de un día. Tenían tres días libres para ir de caza y la esperanza de poder conseguir un oso, pero hasta ese momento solo habían conseguido cazar tres conejos. Ahora estaban descansando alrededor de una hoguera, en la cual Livious, el mayor, estaba asando uno de los conejos. Disfrutaban del olor de la carne asada a la vez que esperaban con gran expectación que ésta estuviera lista. Cerca, sus caballos mordisqueaban las hojas de los árboles en los cuales sus riendas estaban atadas. Livius dijo: “Mañana nos adentraremos en el bosque germano. ¡Si volvemos sin una piel de oso, seremos el hazmerreír de nuestros camaradas!”

Octavian, un tipo gordinflón y alegre, le respondió: “Ya nos hemos adentrado bastante hacia el norte en tierra de nadie. Ahora mismo nuestros enemigos, los germanos, no se atreven a acercarse a nuestro castillo. Unos pocos rubios ya han sido capturados. En la ciudad de Castra Vetera se venden a buen precio como esclavos. Podríamos conseguir más dinero por un joven germano que por la piel de un oso. ¿Por qué no cazamos germanos? ¿Qué piensas, Virtus?”

El más joven, un chico esbelto pero fuerte, dio su opinión: “Prefiero cazar osos que hombres. ¡Hace tiempo que tengo ganas de una buena aventura de caza! Mi padre ya me advirtió que no me adentrara en el bosque germano. Será mejor que volvamos.”

Durante esta conversación los tres jóvenes no se dieron cuenta de que su hoguera estaba siendo observada de cerca. Un chico germano, que había olido el humo de la hoguera y que se había escondido detrás de los espesos arbustos, gateó hasta estar bastante cerca de ellos. Quería saber quién había encendido dicha hoguera, por eso ató su caballo a un árbol un poco más abajo. Su ropa, hecha de piel de animal, era un buen camuflaje. Ahora estaba observando a los tres soldados al mismo tiempo que no paraba de mirar a los hermosos

caballos romanos. Quería volver enseguida con sus compañeros de caza para contarles lo de los romanos.

Sus compañeros estaban acampados un poco más adentro del mismo bosque. Eran cinco, todos cazadores experimentados. Estaban partiendo piezas de carne de ciervo para satisfacer el hambre y bebiendo agua de cebada de las cantimploras de cuero. Estaban discutiendo animadamente sobre el enemigo; los romanos. Uno de ellos alzó la voz: “No muy lejos de aquí, en el bosque de Teutoburgo, junto a nuestro comandante Armin, les dimos una buena paliza a esos lobos romanos. Querían destrozar las cosas sagradas de nuestros ancestros y convertirnos en esclavos. Fueron muy pocos los romanos que bajo las órdenes de Varus consiguieron escapar de esa batalla en el bosque. Después de haber perdido la batalla, ¡Varus cayó sobre su propia espada! Observad este puñal, se lo quité a un soldado romano muerto. Fue hace veinte años, pero todavía sigue siendo un buen cuchillo de caza. Y ahí podéis ver mi lanza, es también romana. “

Wugo, un viejo cazador, era quién había hablado. Gerold se unió a la conversación: “Los romanos se han vuelto más osados últimamente. Ya no podemos pescar en el río Rin, tienen barcos llenos de soldados por todas partes. Desde que construyeron todos esos fuertes militares de piedra en nuestra orilla del río, tenemos que tener cuidado de que no se hagan con toda Germania. ¡El lobo romano es avaricioso!”

Wugo respondió: “El oso germano es fuerte. Aquel día, en el bosque de Teutoburgo, el lobo romano huyó con la cola entre sus piernas.”

Mientras los hombres conversaban, el jovencuelo se acercó raudamente al campamento. Bajó del caballo con gran excitación: “A menos de media hora de aquí hay tres soldados romanos. Están cocinando un conejo en una hoguera. Tienen unos caballos preciosos y están bien armados.”

Por un momento los otros cinco se quedaron de piedra. Después, todos alzaron la voz a la vez, cada uno hablando más alto que el otro. “¡Vamos a por ellos! ¡Hombre y caballo! ¡Escudo y espada!”

Echaron los huesos medio mordisqueados y apagaron el fuego. El más joven fue quién tomó la delantera. Cabalgaron hasta acercarse a cierta distancia, después ataron sus caballos a unos árboles al borde de un prado y caminaron silenciosamente a través de los árboles del bosque. Pronto les llegó el olor del humo; centímetro a centímetro se iban acercando. Los romanos no tenían ni idea de qué estaba pasando. Estaban disfrutando del resto del conejo, mientras reían y contaban chistes, al mismo tiempo que bebían algo de vino romano. Los cazadores iban decidiendo en voz muy baja quien atacaría a quién y cómo los amarrarían sin perder tiempo. A la señal, los cazadores salieron por entre las malezas con aterradores gritos. Dos de los soldados romanos permanecieron sentados en el suelo, paralizados de miedo. El mayor dio un salto, sacó su corta espada listo para defenderse, pero en ese momento fue alcanzado por una lanza y cayó al suelo. Si los caballos no hubieran estado atados firmemente, habrían salido corriendo. Los germanos regresaron contentos con su botín romano.

2. En la herrería de Hamarson

Hamarson, el herrero, estaba frente a su yunque en su cueva de piedra mientras martilleaba un trozo de hierro. Su ayudante entró y le llamó: “Hamarson, ¡un grupo bastante grande de hombres cabalga hacia aquí!”

El herrero dejó su martillo a un lado y miró con curiosidad fuera de la cueva. Estaba claro que los hombres se dirigían hacia la herrería que estaba junto a su casa de madera. Un saludo de “¡Hali!” resonó en la distancia y Hamarson lo respondió con un “¡Halo!” en tono barítono. Tres de los caballos no tenían jinetes y dos de ellos estaban siendo guiados por dos soldados romanos que tenían las manos atadas. Las riendas de los caballos estaban sujetas a los cinturones de los soldados. El caballo del tercer soldado romano estaba atado a otro caballo, estaba claro que su jinete se había perdido.

Hamarson saludó de manera jovial a los cazadores que eran bien conocidos para él. Estaba feliz por ellos y por su afortunada aventura. El viejo Wugo dijo: “Hemos llegado a un acuerdo sobre el botín. Este chico de aquí será mi esclavo. Mis dos viejos peones podrán beneficiarse de algo de ayuda joven. Hamarson, ¿tienes más grilletes para ponérselos y así no pueda escapar?”

“Sí,” le respondió el herrero, “tengo dos pares disponibles. Trabajé en ellos durante el pasado invierno.”

Wugo era algo tacaño. Cuando supo que el precio de unos grilletes era el de un novillo entero, se enfadó y dijo: “¡Dos ovejas habrían sido suficientes!”

Hamarson se rió y dijo: “¡El hierro es caro y el arte de herrar es un trabajo duro!”

Entonces a Wugo no le quedó más remedio que aceptar el trato a regañadientes. Era maleducado y se desahogó con el joven esclavo Virtus golpeándolo con su puño y gritando: “¡Entra a la herrería!”

El joven empalideció de repente, después, enrojeció de rabia. Como noble y libre ciudadano romano, nunca antes había sido golpeado. Y para empeorar aún más las cosas, no entendía nada de lo que decían en germano. Aun así, sabía con claridad que no solo era un prisionero sino también un esclavo, y que tenía que obedecer a ciegas.

Hamarson frunció el cejo cuando vio el comportamiento de Wugo y pensó: “Pobre chico, tienes un dueño estúpido.” Cogió a Virtus del brazo de manera casi amigable y le guió hacia la herrería. También metieron dentro al otro prisionero. Hamarson cogió los grilletes de un gancho de la pared. Les pusieron los amplios grilletes por debajo de los tobillos, ajustándolos con unos enormes alicates, para que solo un herrero pudiera quitarlos.

Wugo le ordenó a su esclavo que se montara en el caballo detrás de él. Al estar encadenado, el esclavo ya no podía controlar el caballo y tuvo que subirse a él con ayuda de Hamarson. Los cazadores se despidieron de Hamarson y se alejaron hacia el norte, todos excepto Wugo, quién se dirigió hacia el este con su esclavo y el resto del botín. Cuando se despidió, le aseguró a Hamarson que le mandaría en los próximos días a uno de sus viejos peones con un novillo.

3. La vieja casa

El sol salió en un claro día de finales de verano. Se asomaba sobre una colina en el bosque y su brillo se reflejaba en una vieja casa cuyo tejado estaba cubierto de paja. Parecía como si estuviera hundida en el suelo, ya que la hierba y el musgo crecían en sitios donde la paja del tejado estaba podrida. En vez de una puerta principal, como las conocemos hoy en día, había piel de oso colgada sobre la abertura. Un perro de color marrón grisáceo estaba tumbado en el peldaño de la puerta y parecía estar dormido. De repente, el perro alzó su cabeza, escuchó por un momento y se puso de pie. Empezó a mover su cola y a brincar sobre sus patas como si estuviera esperando algo con grandes ansias. Sabía que alguien se estaba acercando a la puerta.

Alguien movió la piel de oso hacia un lado. Apareció un joven alto y fuerte, vestido con una camiseta de lino sin mangas y unos peludos pantalones cortos hechos de piel de algún animal. A medida que alzaba su brazo desnudo en el aire para pasar su mano por su pelo rubio, el perro saltó hacia él ladrando alegremente. El chico le agarró por las patitas delanteras, dio dos o tres pasos con él y lo hizo rodar por el suelo. Después empezó a correr tan rápido como un rayo con el perro ladrando detrás de él. El muchacho agarró un trozo de madera que estaba flotando cerca del arroyo y lo lanzó bastante lejos. El perro fue en busca del palo tan veloz como el aire. El chico se metió en el agua hasta sus rodillas, se echó un poco de agua en la cara y en el pelo, y después sacudió éste de la misma manera que un caballo agita su crin, salpicando agua por todas partes. Estaba a punto de meter su brazo en el agua de nuevo, cuando el animal volvió a aparecer depositando el palo en el suelo a la orilla del arroyo. El chico dijo: “Buen perro, Waldo,” dándole una fugaz palmadita.

Rápidamente volvió a coger el palo, lo lanzó y, después de describir un gran arco en el aire, fue a parar a la copa de un árbol. El perro se volvió loco cuando vio que el trozo de madera estaba colgando de una rama. Sus intentos de ir a por él fueron en vano.

Geron, el chico, continuaba lavándose sus musculosos brazos, bebió agua de sus manos en forma de copa. Waldo volvió a saltar sobre Geron y éste enseguida entendió que tenía que conseguir de nuevo el palo. Geron miró hacia arriba, caminó hacia el árbol y se balanceó sin apenas hacer esfuerzo, de rama en rama. El perro miraba en silencio cómo su maestro soltaba el palo y lo dejaba caer a través de las ramas.

Geron se acomodó en las ramas mirando a la vieja cabaña. La piel de oso se movió otra vez y salió su hermana pequeña, Gerda. Ésta miró hacia todos los lados y se acercó apresuradamente hacia el arroyo, sin poder descubrir dónde estaba su hermano, empezó a llamarle en voz alta: “¡Geeerooooon!” Pero la única respuesta que pudo obtener fue la lejana llamada de un cuco. No se dio cuenta de que era un cuco “humano.” Gerda le volvió a llamar, esta vez bastante más alto y con cierta preocupación: “¡Geroon!”

“¡Cuco, cuco!” El sonido llegaba definitivamente del tilo.

“Aha,” pensó Gerda. “El cuco tiene plumas rubias. ¡Iré a por él!” Con pasos ligeros fue saltando a través de la pradera hacia el tilo y gritó: “¡Baja ahora mismo! ¡El fuego de la cocina se ha apagado y madre dice que lo tienes que volver a encender!”

Se oyó un fuerte crujido y seguidamente Geron descendió de las ramas y aterrizó junto a su hermana en cuatro patas. Tan rápida como una comadreja, ella dio un saltó sobre la espalda de su hermano y lo rodeó con sus piernas. Le golpeó en el hombro y gritó: “¡Si puedes ser un cuco también puedes ser un caballo!” Su bonachón hermano se irguió y empezó a trotar. Ella cogió su pelo como si fueran riendas, llevándolo a la izquierda y derecha, aquí y allá, reprimiéndole si no le obedecía. Gerda era una niñita llena de energía.

Madre estaba sentada junto a la chimenea y saludó a Geron: “Las piedras para el fuego están ciegas hoy. No tengo éxito. ¿Podrías hacer bailar a los espíritus del fuego?” Puso dos rocas grises en sus manos.

Geron las examinó y dijo: “Una de ellas está húmeda a causa de las manos sudorosas. Es por ello que no saca chispa.” Frotó la piedra en un trozo de piel de cordero y preguntó: “Madre, ¿a dónde se fue Padre con Gerwin?”

“A primera hora de esta mañana, mientras estabas durmiendo, cabalgaron hacia la casa de Holding para tomar prestado de él una segunda hacha. Padre lo intercambió por el conejo que cazó ayer. Le permitió a Gerwin cabalgar en tu caballo, ya que tu hermano también tiene que aprender a cabalgar. Creo que volverán pronto. Es por eso que tengo que tener listo el fuego. Padre se puede enfadar mucho si no hay brasas en el fuego. No sé cómo se apagó. Creo que la madera que Gerwin me trajo ayer debía de estar húmeda.”

Geron había estado practicando durante años como hacer fuegos y es bastante bueno en ello. Aun así, había días que incluso a él le costaba encender una fogata. Cogió un puñado de cenizas viejas y las frotó entre sus palmas para poder limpiar sus manos y tenerlas completamente secas para hacer fuego. Después, golpeó las piedras para hacer fuego una en contra de la otra y dirigió las chispas hacia una pequeña pila de fina y seca hierba.

Gerda entró, pero ya sabía que no podía molestar a Geron mientras estaba intentando encender el fuego. Silenciosamente, se puso de rodillas junto a su hermano mayor, esperando con ansias el fuego nuevo. Con suavidad, empezó a cantar la canción que su abuela Uralda le enseñó:

¡Chispa brillante, ardiente fuego!

¡Chispa fogosa, brillante carbón!

¡Chispa brillante, ardiente fuego!

¡Chispa fogosa, brillante carbón!

La abuela Uralda apareció cojeando de los oscuros escondrijos de la cabaña. Cuando vio a sus dos nietos mirando tan contentos la luz de la fogata, una sonrisa apareció en su ya arrugada cara. Se sentó junto a ellos en un taburete de madera y se dejó envolver por el calor del fuego. Gerda preguntó: “Abuela Uralda, ¿quién le dio el fuego al hombre y le enseñó a obtenerlo mediante unas piedras?”

Uralda buscó en sus bolsillos y le enseñó unas pocas semillas de avena. Ella dijo: “En los tiempos de antaño, fueron los dioses quienes le dieron al hombre el fuego. ¡Tenemos que dar las gracias por cada

fuego nuevo! Geron, agarra estas tres semillas de avena y tíralas una detrás de otra al fuego. Después de cada una, yo diré uno de los tres nombres que consagran el fuego. De esa forma, no nos podrá hacer daño.”

Geron echó la primera semilla al fuego. Uralda dijo: “Lohe, ¡sigue ardiendo!” Con la segunda semilla: “Lodher, ¡danos calor!” Con la tercera semilla: “Loge, ¡danos luz!”

Y con cada nombre Uralda inclinaba su cabeza y hacia una señal con sus manos que parecía el zigzag de un rayo. Geron ya sabía que se trataba del símbolo sagrado del dios Tyr. Una vez más, cogió unas pocas cenizas viejas y las frotó con suavidad entre sus palmas y las dejó caer en las llamas para unificar el viejo fuego con el nuevo.

Madre vino con una olla de cuero, en donde traía agua del arroyo. Felicitó a Geron: “Vaya, ¡has sido muy rápido! ¡Te lo agradezco!”

Fuera, Waldo empezó a ladrar, ya que se podía escuchar el sonido de los cascos de los caballos; Padre y Gerwin volvían a casa. Gerda fue la primera en salir por la puerta, seguida de Madre y Uralda. Geron frotó el resto de las cenizas de sus manos con algo de hierba seca y las arrojó al fuego. Para cuando salió afuera, su padre ya había bajado del caballo y le estaba mostrando a su mujer y a Uralda la nueva hacha prestada. Dijo: “¡Mira lo ancha que es! Se trata de un hacha romana que Holding intercambió por piel de oso.”

Gerda quería subir junto a Gerwin al caballo. Ella gritó: “¡Quiero cabalgar contigo! ¡Quédate en el caballo! ¡No puedo hacerlo sola!”

A Gerwin, su hermano de doce años de edad, le encantaba la idea de cabalgar junto a su hermana. Miró a su padre y preguntó: “¿Puede la ranita temblorosa dar una vuelta conmigo?” A Gerwin le encantaba ponerle motes de animales a su hermana.

Padre respondió: “Los caballos todavía tienen que cargar mucha madera hoy. Otro día.”

Geron, quién acababa de salir afuera, añadió: “Gerda ya ha cabalgado suficiente por una mañana. ¡Ha estado fustigándome por todo el prado con toda su energía!” Él se rió, cogió a su hermana, la bajó del caballo y dijo: “¡Abajo!”

Pero Gerda estaba sujeta a Gerwin, quién cogía con bastante fuerza las crines del caballo para no caerse. Cuando Gerda le hizo cosquillas, ya no pudo aguantar más y con un grito de frustración, se dejó caer al suelo. El caballo se asustó del repentino ruido y salió corriendo con Gerda y con Waldo, el perro, ladrando detrás de ellos. Gerda cogió con fuerzas las crines del caballo, intentando mantener el equilibrio. Uralda alzó las manos alarmada.

Geron puso sus dedos entre sus dientes y labios y silbó con fuerza. Después de todo, se trataba de su caballo y conocía su voz y su silbido. Rappen, el caballo, estaba llegando al arroyo. Paró al escuchar el silbido, miró alrededor sorprendido y camino hasta la orilla del agua queriendo beber.

Gerda se inclinó y palmeó amigablemente el cuello del fugitivo. Después de eso, dejó deseoso que la chica le guiará de vuelta. Gerda estaba un poco preocupada. ¿Qué diría Padre?

Cuando llegó a la cabaña, Madre dijo duramente: “¡Te podrías haber roto un brazo o una pierna!”

Gerwin bromeó: “¡Ya no quedan “temblores” en la ranita! Una lástima que no se haya caído al agua.” Gerda miró a su padre. Él no dijo nada, pero ella no vio enfado en sus ojos y su mostacho parecía estar escondiendo una sonrisa.

Geron le cogió a Gerda las riendas de sus manos y dijo brevemente: “No está mal, Gerda.” Oh, eso ha sido como un bálsamo reconfortante después de la terrible cabalgata.

Uralda abrazó a Gerda y susurró: “He dicho una palabra mágica para ti. Ha ayudado. No te has caído del caballo.”

4. La nueva casa de madera

Padre German puso el hacha romana que había adquirido de Holding en las manos de Geron y dijo: “Ahora podemos ir al bosque y cortar algunos árboles. El hacha está recién afilada. Cada uno de nosotros cortará hasta que no podamos más y después el siguiente tomará el turno. Gerwin puede utilizar nuestra pequeña hacha para

cortar las ramas de los pinos caídos. Holding vendrá esta tarde con su hijo Holger para ayudarnos. Después cortaremos los troncos y los juntaremos junto al lugar de construcción. La nueva casa tendrá que estar acabada pronto o el invierno llegará antes de que tenga un tejado.”

Gerda interrumpió enseguida: “¿Vendrá también Helga?”

Padre respondió: “No, ella está ayudando a su madre. Puedes coger las ovejas de su corral y llevarlas a pastar ahora. Pero llévate a Waldo contigo y un buen palo. Holding me ha dicho que hay un lobo merodeando por el bosque. Le encanta comerse a las ovejas. ¡Asegúrate de estar con ella!”

Después de dividir las tareas, Padre dijo: “Gerwin, llévate las dos hachas y vete por delante de nosotros al lugar del bosque que ya está preparado. Geron y yo llegaremos nada más le hayamos puesto el collar al caballo y hayamos preparado las cuerdas para el arrastre.”

De camino al bosque, Gerwin llegó al lugar que estaba preparado para su nueva casa. Caminó por allí y vio lo largos que eran los troncos que ya estaban puestos uno encima del otro. ¡Eran más altos que él! La abertura de la puerta ya estaba limitada por un tronco y Gerwin camino hacia lo que sería el interior. Estaba muy contento por la nueva casa. Incluso Padre podría entrar por la puerta sin agacharse. Sería mucho más espacioso que su antigua casa.

Gerwin golpeó unos pocos tocones con la parte trasera del hacha y escucho el apagado sonido que emitían. Uralda le había dicho: “Algo del espíritu del árbol que salió cuando se cortó el árbol todavía hace eco en el tronco.”

Gerwin sintió de repente algo de miedo al estar solo en la nueva casa y decidió apresurarse hacia el bosque. Mientras esperaba a Padre y a Geron, podría probar el hacha romana en algún tronco caído y desramarlo. Pronto empezaron a volar las astillas. ¡El hacha prestada estaba verdaderamente afilada! Padre y Geron llegaron con el caballo. Ahora Gerwin tendría que utilizar el hacha pequeña y dar tres cortes por uno de la afilada hacha romana.

German se movió un poco hacia un alto pino. Como otros árboles alrededor del claro, éste también tenía las dos marcas de hacha

que indicaban que se tenía que cortar. Gerwin dejó reposar su hacha por un momento mientras observaba a su padre caminar hacia el árbol y rodear el tronco con sus brazos. Apoyó su frente en la corteza y murmuró algunas palabras que Gerwin no pudo descifrar. Geron también había puesto sus dos manos sobre el pino. Sabía que Padre le estaba pidiendo al espíritu del árbol que se moviera a un árbol más joven porque tenía que talarlo. Y le pidió al espíritu del árbol que no se enfadara con él. Golpeó el tronco tres veces con la parte desafilada del hacha y espero un rato.

Posteriormente, Padre dio un corte fuerte con el hacha. Después de un tiempo, fue reemplazado por Geron. Era casi tan fuerte como Padre y consiguió en poco tiempo que el hacha se comiera el tronco. Geron le devolvió el hacha a su padre para los últimos golpes, los más importantes y los más difíciles. Uno tenía que tener mucho cuidado para que el tronco cayera en la dirección deseada.

De repente, Gerwin escuchó un fuerte sonido crujiente y desgarrador. Pensó: “¡El espíritu del árbol está volando!” Y el pino cayó al suelo con estrepitoso crujido.”

Padre se fue a buscar el fino tronco que servía como herramienta de medición para la largura que necesitaban. Dijo: “Pondremos a un lado la parte superior del tronco que es más fina como viga para el tejado.” Y Geron comenzó a separarlo con el hacha, mientras que Gerwin cortaba las ramas. Su trabajo era tan laborioso que tuvo que parar varias veces para poder respirar.

German utilizó el caballo y la cuerda para arrastrar el tronco preparado el día anterior hacia el lugar de construcción de la nueva casa. Cuando volvió, vio que el nuevo tronco ya estaba dividido y casi libre de ramas. Les agradeció a los dos chicos su gran trabajo.

Gerwin aprovechó la oportunidad para preguntar: “Bueno, Padre, ¿Cuándo la casa esté terminada me darás un cuchillo de verdad por haber estado trabajando tan duramente?”

Padre respondió: “Veremos si puedo encontrar uno. A lo mejor podría intercambiarlo por una oveja con Hamarson el herrero.”

Justo en ese momento escucharon a alguien saludar. Madre llegó con comida y bebida. Gerwin dejó caer el hacha y dijo: “¡Qué bien que

hayas venido! ¡Ni siquiera me había dado cuenta de lo sediento que estoy!” Cogió la jarra de agua de sus manos y bebió como un joven ternero.

Madre apoyó un gran cuenco de madera con gachas de cebada y repartió las cucharas de madera. Los cuatro se sentaron y pusieron sus cucharas sobre la comida mientras que Padre decía algunas palabras de agradecimiento, como era costumbre. Gerwin preguntó: “¿Le puedo poner algo bueno a la cebada?”

Geron bromeó: “¿Has estado reuniendo astillas?”

“No, cogí algunas semillas de las piñas. Si las comes, crecerás. Es lo que Uralda me dijo.”

Padre se rió y dijo: “Simplemente ponlas en tu cuchara. ¡Eres el que más las necesita!”

De repente escucharon como alguien los llamaba. Gerwin no tardó en levantarse. “¡Están aquí! ¡Holger y Holding! ¡Ya he comido suficiente!” Y salió corriendo. Hundió su cuchara en la cebada y tiró los piñones en el cuenco. Holding, un hombre de complexión fuerte, montaba un caballo de arado. Holger iba encima de él. Un poco más mayor que Gerwin, Holger era un chico flaco con ojos listos y pelo rubio blanquecino.

Todos intercambiaron breves pero cordiales saludos. German agradeció el hacha romana. Holding les mostró su antigua y ancha hacha. “Aquí, también he traído la antigua nuestra. Con esta hacha podemos juntar los troncos con facilidad. También hay algunos cinceles de hierro en el bolso de cuero.” Holding era un constructor de casas experimentado y muy conocido en la zona por su talento. A menudo le pedían ayuda para construir casas semana tras semana sin parar. Le prometió a German que esta vez le ayudaría durante tres días.

“Esto será genial,” le dijo Gerwin a Holger. “Hoy pasarás la noche con nosotros y nos contarás historias sobre nomos, gigantes y monstruos. Puede que tu padre quiera volver a casa, pero le preguntaré si te deja quedarte aquí esta noche.”

En poco tiempo, los pinos fueron cayendo uno tras otro. German y Holding se turnaban para utilizar el hacha romana. El árbol

caía después de que cada uno de ellos la utilizara dos veces. Para la tarde los caballos tenían ya más troncos que llevar al lugar de la casa. Geron y Holger se encargaron de ello. Después de haber llevado el último tronco al lugar de la casa, liberaron los caballos y les dejaron pastar, los dos jóvenes se sentaron en un tronco a descansar.

Holger admiraba a Geron. Era fuerte y bueno en todo lo que hacía, por eso siempre quiso ser buen amigo de él, pero era difícil, ya que se veían tan solo de vez en cuando.

Holger le dijo: “Hace tres días fui a visitar junto a Padre al viejo cazador Wugo y a su mujer Runege. Es una mujer rara. Parece que siempre está intentando practicar algún tipo de magia. No sé donde lo consiguió, pero Wugo apareció con un joven esclavo romano al que le hace ordeñar las vacas y esas cosas. Hamarson el herrero le puso grilletes en los pies. El esclavo tiene que arrastrar la cadena cuando camina. Es un terrible obstáculo cuando tienes que ordeñar, cortar la madera y trabajar en el campo. Wugo dice que los romanos también hacen eso con los esclavos germanos que capturan.”

“¿Qué edad y aspecto tiene?” Geron lo quería conocer.

“Como un año más que tú, es fuerte, tiene el pelo negro y los ojos oscuros. A pesar de ser romano, todavía siento lástima por él. Wugo no me dejó hablarle. Habla muy poco germano y tiene un símbolo germano marcado en su brazo.”

Geron dijo: “Visitémosle algún día en secreto, a lo mejor cuando esté trabajando en el campo. ¿Quieres? Siempre he tenido curiosidad por saber cosas de los romanos. ¡Hacen unas hachas increíbles!”

De repente, Holger susurró: “Mira, ahí al borde del bosque. ¿Se trata de un lobo?”

Geron dio un salto: “¡Está merodeando por donde está Gerda con las ovejas!” Antes de que Holger supiera lo que estaba ocurriendo, Geron cogió un palo grueso, corrió hacia el caballo de su padre que estaba pastando, se subió a su lomo y galopeó hacia allí. Holger también se montó en su caballo de arar, pero a éste no se le podía hacer galopar tan fácilmente.

El lobo iba camino al rebaño. Gerda estaba dormitando a la sombra de un árbol y Waldo dormía a sus pies. ¡Hubo un fuerte

ruido! Las ovejas se dispersaron en todas las direcciones, balando y asustadas. El lobo capturó un cordero. Medio acarreándolo y medio arrastrándolo, se dirigió hacia el cercano bosque.

Waldo corrió tras el lobo intentando quitarle el cordero. En ese momento llegó Geron. Como el lobo estaba pendiente de los ladridos del perro que tenía detrás, no se dio cuenta de que el caballo se le echó encima por delante. Geron se aferró al cuello del caballo con su mano derecha y cogió el palo con su mano izquierda. Golpeó con fuerza la cabeza del lobo. El cordero cayó sangrando al césped. Geron aprovechó el momento para saltar de su caballo y darle al lobo un golpe mortal.

Waldo estaba ladrando y mostrando los dientes, pero no se movía sin permiso de Geron. El lobo tembló un poco y después se quedó quieto. Estaba muerto. El pobre cordero estaba sufriendo en silencio en el césped. El lobo lo había mordido en el cuello. No podía ser salvado, por lo tanto, Geron enseguida le ahorró el sufrimiento. Justo cuando Holger llegaba con su caballo de tiro, vio a Geron de pie entre el lobo y el cordero, intentando recuperar el aliento.

Las ovejas todavía seguían dispersadas. Geron le hizo señas a su hermana para que se acercara. Caminó lentamente hacia adelante, con el palo de pasto en alto para defenderse, pero lo dejó caer cuando vio que el lobo estaba muerto. Sin saludar a Holger, se dirigió hacia el cordero muerto y se arrodilló junto a él. Sus lágrimas cayeron en su suave lana. Sintió como una mano pasaba por su pelo. Cuando miró, vio los ojos tristes de Holger. Habló con suavidad: “El alma del cordero está subiendo por encima de las blancas y lanosas nubes. Nos ha dejado su lana aquí para ti. Te está ofreciendo un bonito y caliente gorro de invierno.” Y Gerda vio que, después de que Holger dijera esas palabras, sus ojos ya no estaban tristes.

Geron se acercó y dijo: “Holger, pondré el cordero en tu caballo. Llevaré el lobo a casa en el mío. Tiene que ser despellejado de inmediato.” Puso el cordero a lomos del caballo de Holger.

Gerda se acordó: “Tengo que juntar las ovejas. ¡Ven aquí, Waldo!”

Antes de que Holger se subiera a su caballo, se agachó, cogió una flor y se la dio a Gerda con estas palabras: “Mira, este pétalo tiene una



pequeña gota de sangre del cordero. ¡Llévatela contigo y agradécele a los dioses que el brazo de Geron fuera lo suficientemente fuerte como para matar al lobo!”

Holger se subió al caballo, agarrando al cordero que tenía delante. Cabalgó con lentitud hacia la casa de German. Geron cogió al lobo e impulsándolo con energía, lo colocó transversalmente a lomos del caballo.

La mayoría de las ovejas habían regresado corriendo a la vieja cabaña, buscando refugio entre los arbustos. Madre Ina y Uralda se dieron cuenta de que algo malo había ocurrido. Ambas se dirigieron hacia el lugar de pastoreo para ver cómo estaba Gerda. Se juntaron a medio camino con los dos chicos. Geron enseguida les explicó lo ocurrido. Ina se adelantó para ayudar a Gerda a buscar algunas de las ovejas que se habían desperdigado.

Uralda se giró y cojeó de vuelta a casa. Murmuró para sí misma: “Nunca tuve una piel de oveja y de lobo el mismo día. Diría que esto no puede ser una mala señal.” Seguidamente cogió un cuchillo y se puso manos a la obra. Los chicos volvieron al lugar de construcción; era muy tarde. Cogieron las cabezadas de los caballos y volvieron al bosque en donde habían estado cortando árboles.

Uralda estaba trabajando en la piel del cordero. De manera minuciosa la iba separando de la carne que cortó en pedazos. Mientras trabajaba, continuó diciéndole palabras suaves al querido corderito. Un poco más tarde, Ina y Gerda volvieron con las ovejas desperdigadas. Le ayudaron a Uralda a despellejar al lobo. Pusieron la carne en contenedores de madera y la grasa en un cuenco especial. Gerda cogió ceniza con una pala de madera y la dejó enfriar. Después la esparció sobre los trozos de carne de lobo. Uralda explicó: “Las buenas cenizas limpian la sangre del lobo. Ahora no nos podrá dañar.”

De nuevo en el bosque, los dos padres estaban preocupados al ver lo mucho que tardaban sus hijos en volver cuando todavía

quedaba mucho trabajo por hacer. Cuando Geron y Holger por fin volvieron, se llevaron una desagradable sorpresa al ver las caras de enfado que les esperaban. Pero Geron apaciguó el enfado cuando les gritó: “¡El lobo está muerto! ¡Gerda está bien!”

Pero a veces el enfado tarda más en marcharse que en llegar. La voz del Padre German era dura cuando ordenó: “¡Dinos lo que ha ocurrido!”

Gerwin se apresuró hacia el grupo. Mordisqueaba nerviosamente sus piñones. Geron informó sobre lo ocurrido. Cuando terminó, Holding se le acercó y le dio un enorme abrazo. Exclamó: “¡Estuviste genial! De ahora en adelante pienso llamarte ‘El mata-lobos’” Y cuando la casa esté acabada, pondré la calavera del lobo bajo las vigas en recuerdo a tu valiente acto. También servirá para alejar a los malos espíritus.”

Los ojos de German brillaban con orgullo. Todo el enfado había desaparecido. Dijo: “Puedes venir con nosotros la próxima vez que salgamos a cazar osos, Geron. Hoy tienes que poner la cabeza del lobo encima de un alto hormiguero. Las hormigas lo limpiarán hasta que no quede nada más que los blancos huesos. Haremos un viaje más con los troncos y después ya tendremos que dejarlo. Hay un lobo en casa que necesita ser cortado y tendremos cordero para cenar. ¿Te quedarás a cenar con nosotros, no, Holding?”

Holding respondió: “Siempre estoy listo para un buen asado de cordero. Y esta noche tenemos que festejar por nuestro ‘Mata-lobos.’ Si tienes sitio suficiente, Holger y yo pasaremos la noche con vosotros, ya que los animales ahora están fuera. Mi mujer dijo que probablemente deberíamos quedarnos aquí. Un poco de asado de lobo tampoco estaría mal, ¡si no se trata de uno de esos viejos que te desgastan los dientes al masticarlos!”

5. El asado de lobo y cordero

Todas las mujeres en la casa de German estaban trabajando duro preparando el festín para los hombres. Gerda explicó: “No comeré ni un bocado de carne de lobo ni de mi pobre corderito... ¡Simplemente no podría comerlo!”

Su madre dijo: “Pues entonces puedes comer algo de queso de oveja.” Gerda estaba feliz con ello y empezó a cortar con cuidado las hierbas que Uralda necesitaba para la carne. Ina ya había preparado una enorme y ardiente fogata. Había dos espetones con carne en cada uno de ellos, uno para el cordero y otro para el lobo. Un cuenco tenía sopa de lobo hirviendo a fuego lento.

Uralda cogió una vieja espada de la pared y la utilizó para cortar grandes pedazos de carne en unos más pequeños. Gerda estaba sorprendida al ver la fuerza con la que podía cortar los huesos con la espada. Uralda cogió un trozo de carne, lo hincó en la punta de la espada y lo puso en un sitio especial sobre las brasas. Gerda preguntó: “¿Qué es ese trozo de carne?”

Uralda respondió con algo de brusquedad: “Se trata del corazón del lobo. Es Geron quién se lo tiene que comer. Pásame algunas hierbas de tierra, la manzanilla y el ‘balderbrau’ para que las pueda esparcir en esa carne.”

Gerda le pasó a su abuela las hierbas y preguntó: “¿Por qué es el balderbrau? ¿Acaso no se trata de la hierba del dios del sol Baldur?”

Uralda respondió: “Mejora la calidad de la carne de lobo y le dará al corazón fuerza cuando Geron coma de él. Por esto siempre echamos un poco en toda la carne de lobo, no solo en el corazón.”

Fuera, los ladridos de Waldo anunciaron que los leñadores estaban volviendo. No bien entró a casa, Geron preguntó: “¿Dónde está la cabeza del lobo?”

Su madre le respondió: “La he separado de la piel. Está aquí, colgando junto a la puerta, si no Waldo se la hubiera llevado.” Geron

la cogió. Gerwin sostuvo una antorcha para poder tener algo de luz. Tanto hombres como chicos la examinaron de cerca.

“Mediana edad,” estimó Holding. “¡Todavía puede ser comestible! ¡Jaja! Pero ahora mismo, chicos, tenéis que llevar la cabeza a un hormiguero. Cuanto más fresca esté, más encantadas estarán las hormigas de mordisquear en ella.”

Geron cogió la cabeza del lobo por las orejas, mientras que los tres chicos se dirigían al borde del bosque cercano en donde Geron sabía que había un gran hormiguero. Uralda no había cortado la lengua. Ella dijo: “¡Aquellos que se coman la lengua del lobo se convertirán en mentirosos y difamadores! “

Cuando llegaron al hormiguero, estaba ya bastante oscuro y las hormigas ya estaban bajo tierra. Geron puso la cabeza en la cima y presionó atrás y adelante. Eso hizo que las hormigas se inquietaran. Gerwin acercó su cara para observar de cerca como las hormigas se hacían del suculento botín, pero acercó demasiado su nariz, perdió el equilibrio y acabó con su cara en el hormiguero bullente de hormigas. No tardaron en arrastrarse por sus brazos, piernas y dentro de su camiseta y pantalones. Gritó y empezó a correr, pero los mordisqueos y las picaduras tan solo acababan de empezar.

Gerwin bailó salvajemente en el prado, se retorció en el césped, se quitó su camiseta y pantalones, golpeó sus brazos y piernas y se sacudió como un perro mojado y volvió a gritar. Geron y Holger ya no podían aguantar más. Ambos empezaron a reír descontroladamente. Gerwin dio unas cuantas vueltas más en el césped y después volvió a recuperar poco a poco la compostura, quedándose quieto boca abajo.

Holger recogió sus pantalones y la camiseta. Los cogió con dos dedos, sacudiéndolos durante todo el camino de vuelta a casa. Llamó a Gerwin: “¡Los dejaré en el humo un momento y después te los devuelvo!”

Geron caminó hacia su hermano y le animó diciendo: “¡Levántate y te ayudaré a quitarte las hormigas de encima!”

Pero Gerwin no se levantó y refunfuñó: “Yo me quedo fuera. No tengo hambre.” Geron entendió que Gerwin quería estar solo, por lo tanto volvió a casa.

Dentro, Holger ya había contado la historia sobre las hormigas y las ropas y todos estaban riendo a carcajada limpia. Solo Ina dijo: “¡Pobre Gerwin!”

Holger acercó las prendas al fuego. Cayeron dos o tres hormigas de ellas. Uralda trajo unas pocas hojas de helecho recién cogidas, se las dio a Holger y dijo: “Coge un poco de grasa de oveja y frótasela con estas hojas antes de que se vuelva a vestir.” Ina sabía que Holger cuidaría bien de Gerwin.

Una suave brisa vespertina soplaba cuando Holger volvió a salir con la ropa y el ungüento. La luna brillaba sobre la pradera de finales de verano y Gerwin todavía seguía tumbado en el césped. Sentía como si su piel estuviera ardiendo. Holger le dijo con suavidad: “Uralda me ha dado unas hierbas y grasa de cordero para tu piel. Te quitará el dolor.” Frotó unas pocas hojas entre sus manos y las dejó caer sobre la piel de Gerwin. Después frotó la grasa sobre la ardiente piel de Gerwin, quién alegremente dejó que continuara. Le mostró los lugares que eran especialmente dolorosos.

A medida que Holger iba utilizando poco a poco toda la grasa, Gerwin se iba sintiendo un poco mejor. Se volvió a vestir. Holger le cogió de la mano y dijo: “Gerwin, por favor, perdóname por haberme reído tanto. Es que fue muy divertido. No quisimos reírnos de ti. Lo siento. Si no puedes dormir hoy, te contaré una larga historia. Te la susurraré para no despertar al resto.”

Eso significaba mucho para Gerwin. Asintió y pensó lo maravilloso que era que Holger le estuviera ayudando. Holger puso su brazo sobre el hombro de Gerwin y ambos caminaron de vuelta a casa. Holger dijo: “Escucha, Gerwin, cuando lleguemos a casa, los otros se reirán y se divertirán contigo. Eso no tiene que importarte. ¡Ríete con ellos! Uno tiene que saber cómo reírse de sí mismo.” Gerwin estaba sorprendido por Holger; parecía mucho más sabio y eso que tan solo era como un año mayor que él.

Cuando llegaron a casa, los otros ya habían empezado a comer la sopa de lobo. Todos estaban contentos. Holding se reía a carcajadas. “Aquí llega nuestro pequeño bailarín de hormigas. ¡Te apuesto lo que quieras a que tu carne era mucho más sabrosa para ellos que esa vieja cabeza de lobo!”

Holger le dio un pequeño codazo a Gerwin por detrás. Gerwin dijo: “Bailar me da hambre. ¿Queda algo de esa sopa para mí?” Ina les pasó dos cucharas de madera. Se sentaron en el círculo y se unieron a la conversación.

German dijo: “Cuando mi abuelo envejeció, le costaba caminar. El sacerdote Druida le dijo que se tumbara con la espalda desnuda contra un hormiguero todo el tiempo que pudiera soportar y que lo hiciera de nuevo una semana después. Lo hizo y fue capaz de soportarlo durante mucho tiempo. Lo primero que ocurrió fue que le entró mucha fiebre. Pero luego, ya no le costaba tanto caminar. Después de la segunda vez en el hormiguero, todo el dolor desapareció de sus piernas y pudo caminar como nuevo. Ves, Gerwin, como las hormigas te han pillado de joven, tendrás piernas fuertes durante toda tu vida.”

Holding volvió a reírse, a su manera, ruidosa y jovial. Añadió: “Ey, ahora, ¿dónde está ese asado de lobo?”

German y Geron alzaron la carne asada del espetón. Pero antes de que nadie pudiera empezar a comer, Uralda dijo: “¡Esperad! ¡Primero Geron tiene que comer el corazón!” Sacó la espada de las brasas y apoyó la carne asada en un trozo de corteza de árbol. Lo puso enfrente de Geron, le hizo una reverencia y puso la carne en sus manos.

Holding le llamó con su fuerte y grave voz: “¡Buena suerte y buena salud al aniquilador de lobos!” Y todos se unieron a él en sus deseos.

Ina le pasó a cada uno de los hombres un trozo de carne y pronto todos estaban disfrutando del festín. Gerda mordisqueaba pan y queso de oveja. Ina iba pasando la jarra con leche fría. Todos estaban tan ocupados mordiendo que a veces lo único que se podía escuchar era el chisporroteo del fuego. De vez en cuando, Madre ponía otra rama de madera en el fuego para tener una luz mejor. Holding remarcó: “Mirad allí, el Aniquilador de Lobos se ha comido el corazón. Pronto empezará a gruñir y a aullar como si el mismo fuera un lobo.”

Y así fue. Geron comenzó a gruñir y a aullar muy alto como si fuera un lobo, hasta que Waldo comenzó a ladrar vivamente afuera.

Geron se puso a cuatro patas y arrebató un trozo de carne de las manos de Holding. A Holding le encantaba jugar y divertirse. Se estaba riendo tanto que el resto también empezaron a reír, incluso Gerwin.

Cuando todos dieron buena cuenta de la carne de lobo, German sacó la carne de cordero de las brasas. Gerda se fue a dormir a su cama de paja. La conversación decayó y cuando alguien decía algo, era con voz suave. Holding dijo: “Entiendo por qué los lobos van tras los corderos. ¡Es carne hecha para los dioses!” Uralda fue capaz de unirse al festín cuando se sirvió el cordero, ya que sus encías que apenas tenían dientes no podían soportar la dura carne de lobo.

Cuando todos estaban llenos, Uralda se levantó y se acercó al fuego. Tiró un poco de lana de cordero y algo de pelo del lobo a las brasas. Le agradeció a los espíritus del fuego que habían asado la carne de una manera tan espléndida.

*Parpadeo, parpadeo, chispeante brasa,
Llameantes espíritus brillando
La carne asada ha llenado nuestros cuencos,
Os estamos mostrando nuestra gratitud.*

Con esas palabras tiró un poco de pinochas al carbón encendido. La cabaña se llenó de un dulce perfume. A medida que sentían el cansancio de un duro día de trabajo, se iban acabando las charlas. Todos dijeron: “Buenas noches.” Y se tumbaron en la paja. Geron juntó los huesos de las sobras en un plato hecho a base de corteza de árbol y se los dio a Waldo que estaba fuera. Waldo se quedaba fuera a las noches para proteger la casa.

6. El cuento para dormir de Holger

Gerwin estaba tumbado en la paja intentando no notar el ardor, la sensación punzante sobre todo su cuerpo. De vez en cuando temblaba. Tenía fiebre. Aunque el dolor era más soportable no podía pensar en dormir. Holger, quién estaba tumbado junto a él, susurró: “Gerwin, ¿quieres escuchar un cuento ahora?”

Gerwin respondió: “Sí, Holger, por favor, ¡cuéntalo!”

Se podían escuchar las profundas y regulares respiraciones del resto que estaban durmiendo cuando Holger comenzó a contar el cuento con suavidad.



Érase una vez un joven pastor que cuidaba de las ovejas. Cuando llegó la tarde, buscó un lugar en donde descansar junto a un pino. Había varias piedras alrededor, grandes y pequeñas. De repente, el pastor escuchó la delicada voz de un nomo. Estaba diciendo: ¡Por favor, libérame! ¡Por favor, libérame!

El chico se dio cuenta de que la voz parecía venir de debajo de una de las grandes piedras. Excavó con su vara debajo de ella y la movió hacia un lado.

De él apareció un pequeño gnomo que estaba totalmente aplastado. Se sacudió un poco y poco a poco fue obteniendo su aspecto normal. Miró al chico. Alzó su dedo y dijo: “Gracias por haberme liberado. Un trol malo me aplastó bajo esta piedra. Me gustaría concederte un deseo. ¿Cuál quieres que sea?”

El pastor pensó un poco y dijo: “¿Me podrías enseñar el camino hacia la tierra de los gnomos?”

El gnomo le miró con una expresión que no podría ser descrita como agradable y le preguntó: “¿Puedes permanecer en silencio? ¡En tu primera visita al reino de los gnomos, no puedes decir ni una palabra en lenguaje humano!”

El chico respondió: “Como estoy siempre junto a las ovejas, estoy acostumbrado a no decir nada.”

El pequeño hombre le guiñó un ojo. “Vamos, entonces. El gnomo se adelantó mientras se adentraban en el bosque. Junto a una formación rocosa, movió dos ramas hacia un lado para revelar la entrada a una cueva. El hombrecillo puso sus dedos sobre sus labios para recordarle al chico que tenía que permanecer en silencio, y ambos entraron.

El gnomo cogió la mano del chico. Éste en la oscuridad no podía ver más allá de su brazo extendido. Pero después de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, fue capaz de ver una luz azulada brillando delante.

De repente, había muchos hombrecillos rodeando a los dos visitantes. Muchos de ellos señalaban una y otra vez al pastor. Estaba claro que estaban sorprendidos al ver lo alto que era. También sonreían porque no tenía barba.

Llegaron a una sala abierta de la cueva. Laured, Rey de los Nomos, estaba sentado en un trono de cristal. El pequeño gnomo tenía que pedirle permiso al rey: “Este chico humano me ha rescatado de debajo de una piedra mágica en donde un trol malo me puso. Me ha liberado. ¿Puede ver los tesoros de la montaña?”

El rey respondió: “¡Acércalo a mí! ¡Primero lo quiero poner a prueba!” El pastor se sentía muy nervioso al estar delante de Laured, que examinaba su cara a la luz de su cristal.

El chico alzó sus manos y gritó: “¡No! ¡No!”

De repente, escuchó un trueno y todo alrededor de él se volvió oscuro. Cuando se despertó, estaba de nuevo fuera, bajo el pino con sus ovejas. Fue el pequeño gnomo quién lo sacó. Oh, si hubiera sido más valiente, nada malo hubiera ocurrido. Habría visto muchas cosas maravillosas en los fondos de la tierra. Después de eso, el chico miraría a menudo detrás de los arbustos en donde pensaba que estaba la entrada a la cueva secreta, pero nunca la volvió a encontrar.



Holger permaneció en silencio. Gerwin susurró: “Holger, ¿Cómo puedo llegar a ser valiente? Muchas veces estoy tan asustado como un conejo. Muchas veces siento miedo a mitad de la noche y no quiero salir fuera. Tengo miedo de los gnomos, los elfos y los malos espíritus. ¿Sales fuera de noche?”

Holger respondió: “Sí, lo hago. A menudo, de noche, cuando todos están durmiendo, salgo fuera y merodeo por el prado. He visto cosas muy raras. Son reales, ya sabes, los gnomos, los elfos, los trols y los espíritus extraños. Cuando la luna brilla, es cuando mejor se ven. Después, me protejo con una señal sagrada que el sacerdote Druida Evert me enseñó. Cuando sea lo bastante mayor, quiero convertirme en Druida.”

Gerwin le preguntó: “¿Quién decide si puedes o no puedes ser Druida?”

Holger respondió: “Si Padre está de acuerdo, iré junto a los Druidas por una semana. Durante esa semana pondrán a prueba mi valor, perseverancia, habilidad para estar en silencio y mi devoción.”

Gerwin se lo pensó y dijo: “¿Cómo se pone a prueba la perseverancia de alguien?”

“Bueno,” respondió Holger, “hay varias maneras. Por ejemplo, te ponen delante de un pino caído con un hacha y te dicen que cortes todo el pino en pequeñas virutas, desde el grueso tronco hasta la espigada cima. Empiezas al amanecer y cortas hasta el anochecer, si para entonces no has acabado, entonces sigues trabajando hasta que esté totalmente oscuro. Si para entonces no has acabado, tienes que volver a comenzar al amanecer hasta que hayas acabado el trabajo. Fue el Druida Evert quién me contó esto.”

Gerwin se quedó de nuevo pensativo y preguntó: “¿Cómo ponen a prueba tu devoción?”

Holger dijo: “¿Devoción? A primeras horas del domingo, los Druidas te llevan a la cima de una colina para que honres al sol. Te dan doce piedrecitas blancas y unas pocas palabras que solo el sacerdote conoce. Se ponen las doce piedras en círculo a tres pasos de distancia la una de la otra. Cada vez que se pone una roca, se dice una de las palabras especiales, que tiene que salir con fuerza de lo más profundo

de tu corazón. Extiendes tus brazos todo lo que puedas, hacia el sol, como un cuenco. Haces esto con cada una de las piedras. Después de que hayas completado el círculo, te tumbas en el centro durante unos pocos minutos. Apoyas tus manos y frente contra el suelo, como si fueras parte de la tierra misma, para sentir como el calor penetra por tu espalda. Eso es el amor que el sol siente por la tierra. Posteriormente, tienes que hacer otras cosas, pero todavía no sé cuáles son, ya que solo los estudiantes que han completado el Círculo Solar pueden saberlo. Si completas todas estas cosas de manera satisfactoria, te aceptan en la Escuela de Druidas. Si no, te conviertes en cazador, constructor o soldado. Pero, Gerwin, ahora te tengo que preguntar algo. Has soportado tu dolor de manera muy valiente, por eso te he contado estas cosas. ¿Sabes que esto tiene que ser un secreto entre tú y yo, no? Esto es algo que normalmente no se comenta con cualquiera.”

Gerwin agarró la mano de Holger con la suya y respondió: “Estoy encantado de que me hayas confiado este secreto. ¿Puedo ser tu amigo, de la misma manera que eres amigo de Geron?”

Holger respondió: “Puede que a lo mejor, más adelante, haga un pacto de sangre contigo si veo que demuestras perseverancia en la amistad, pero ahora mismo, ¡durmamos un rato! Pronto los espíritus de media noche, cubiertos de rocío, estarán flotando sobre los campos.”

Después de eso, Gerwin no tardó en escuchar la regular respiración de Holger. Ya apenas sentía dolor por las picaduras de las hormigas. Pensó en lo que había pasado esa tarde: primero, el ardiente dolor; después, la nueva y maravillosa amistad de Holger. A lo lejos pudo oír cacarear a un gallo, dos y tres veces; a continuación, se durmió.

7. Las hachas de Wugo

A la mañana siguiente, los hombres y los chicos desayunaron los restos de la sopa de lobo recalentada con un poco de pan. German dijo: “Somos cinco trabajadores, pero solo tenemos tres hachas. Geron, vete con tu caballo hacia la casa del viejo cazador Wugo. Tiene cuatro hachas que están colgadas dentro de su cabaña, a cada lado de la puerta; las vi hace poco. La última vez que salimos a cazar osos juntos, le di toda la piel a Wugo. Por lo tanto, me debe algo. Salúdale de mi parte y pídele que me preste una o dos hachas. También tiene dos viejos sirvientes, Bor y Bur y un esclavo romano. Puede que a lo mejor también me preste uno u otro para que trabaje con el hacha.”

Geron metió un trozo de pan y algo de queso de oveja en su bolsa de piel y dijo: “Lo haré, Padre. Después de ir allí, iré directo al bosque.”

A medida que Geron cabalgaba desde el valle hacia la colina, podía ver la cabaña de Wugo y los campos al otro lado. Geron sabía que Wugo y su mujer, Runege, eran ricos en ganado pero que no tenían hijos propios. Debido a la aguda y maligna lengua de Runege, no se llevaban bien con sus propias familias. Muchos pensaban que se trataba de una bruja. Geron cabalgó colina abajo. Podía ver a un sirviente trabajando solo en el campo. Le preguntaría si Wugo estaba en casa. Saludó al sirviente con un fuerte “Hali.”

El sirviente se sorprendió, pero no le devolvió el saludo. ¿Era este el romano? Geron cabalgó hacia él. Sí, pudo observar que efectivamente, se trataba del esclavo romano del cual Holger le había hablado. Sus piernas estaban unidas con cadenas. Tenía atado un trozo de tela sucia alrededor de sus caderas. Azada en mano, preparaba el terreno para que fuese sembrado. Miró desconfiado al jinete que se le acercaba y bajó la azada.

Geron se sorprendió al ver su pelo negro rizado y sus ojos igualmente oscuros. “¿Está Wugo en casa?” preguntó Geron, sin más saludos, ya que un germano no saluda a un esclavo romano.



El esclavo respondió: “Wugo en casa ... pie enfermo.” Se notaba que tenía problemas a la hora de hablar en germano. Dio unos pasos hacia donde estaba Geron.

Geron lo volvió a mirar a los ojos y de repente, sintió lástima por el chico. Apenas era un poco mayor que él: “¿Cómo te llamas?”

El esclavo respondió: “Wugo dice romano. Mi nombre es Virtus.” Puede que Geron fuese la primera persona en toda Germania en preguntarle por el nombre. Geron no dijo nada y volvió a mirar al esclavo a los ojos. Éste agachó la mirada, agarró su azada y dijo con voz suave: “Trabajo o Wugo me pega.”

Geron agarró su bolso y sacó un trozo de pan y algo de queso. “Toma, Virtus, para ti.”

La azada cayó de las manos del esclavo. Extendió con lentitud sus dos sucias manos hacia Geron, las ahuecó y aceptó la comida de una manera casi ceremonial. Geron notó como se le iluminaban los ojos y las palabras extrañas que dijo. Después le hizo una señal a su caballo y se giró hacia la granja de Wugo.

Geron fue recibido con fuertes ladridos. Wugo tenía dos peligrosos perros. No te podías meter en la zona cercada de su casa a no ser que los perros estuvieran atados. Runege salió de la cabaña y gritó a los perros. Se escabulleron hacia una esquina, sin parar de ladrar. Bur y Bor, los dos peones, salieron corriendo del establo para ver lo que estaba pasando.

Geron bajó de su caballo y dejó que el animal pastara en donde estaba, mientras que él se acercaba a la puerta. Runege caminó hacia él y dijo: “Vaya, mira quién está aquí, ¡el hijo de German! ¿Qué es lo que te trae por aquí? ¿Alguien está enfermo en casa? ¿Necesitáis mi ayuda? ¿Preparo algún hechizo mágico?”

Geron conocía bien a la vieja arpía y le respondió con brevedad: “He venido para ver a Wugo, con un mensaje de parte de Padre.”

“Entonces ven, ven hacia el pobre Wugo. Un tronco cayó a sus pies. ¡Pobre Wugo! Pero se lo merece. ¡No me escuchó!” Cogió a Geron por el brazo con sus larguiruchos dedos y le empujó hacia la cabaña.

Wugo estaba tumbado sobre una alfombra de piel de oso, con un pie envuelto en trapos. Se alegró de que un visitante le distrajera. Geron le saludó con un apretón de manos y justo de inmediato, Wugo le preguntó: “¿Cómo va la construcción de vuestra nueva casa? ¿Está el tejado terminado?”

Geron le explico que la cosa iba más lenta de lo que esperaban: “Holding y su hijo Holger nos están ayudando, pero no tenemos hachas suficientes. Mi padre quiere que te pregunte si nos podrías prestar dos hachas durante unos pocos días. Eso le pondría muy contento. También se ha acordado de la piel de oso y se preguntaba si podrías prestarnos a uno de tus peones. Lo podría llevar en mi caballo.”

Wugo hizo gestos de enfado y Geron preguntó rápidamente: “¿Cómo está tu pie? ¿Te duele mucho? ¿Le pido unas hierbas a Uralda?”

Runege no tardó en interrumpir. “¡No necesitamos ninguna hierba de Uralda! Yo misma he sido la que ha envuelto su pie en abono de vaca fresco. ¡Eso le ayudará!” Runege dijo esto con una sonrisa satisfecha. “Si, mi abono de vaca es mucho mejor que todas las hierbas de Uralda. ¡Las vacas se comen todas las hierbas y están todas ahí en el estiércol!”

Geron volvió a sacar el tema de las hachas. “Wugo, como puedo ver en la puerta, ¡tienes dos hachas preciosas! ¿Las puedo observar un poco más de cerca?”

Wugo dijo: “¡Sí, tráelas aquí! Te contaré de donde las saqué.” Wugo le informó con pelos y señales sobre los herreros que habían fabricado las hachas. Uno de ellos era romano.

Finalmente, Geron se armó de valor y dijo: “Wugo, ¿cuál de estas dos nos prestarás? Se están oxidando de no ser utilizadas y de estar colgadas de la pared. Las afilaremos por ti, las puliremos con arena del fondo del río y las frotaremos con grasa de lobo.”

Wugo preguntó sorprendido: “¿Con grasa de lobo? ¿Estás de broma?”

Geron le tuvo que contar toda la historia del lobo. Wugo era un viejo cazador y cuando Geron le contó cómo le pegó al lobo mientras cabalgaba en su caballo, se levantó y dijo: “¡Bien! Ya que eres un

cazador de lobos y me devolverás las hachas afiladas, abrillantadas y engrasadas, puedes coger dos durante siete días. Pero no te puedo prestar a Bur y Bor, ya que ahora mismo yo no estoy en condiciones de trabajar.”

A Geron de repente se le ocurrió algo. Preguntó con desinterés: “¿Y el esclavo romano?”

Wugo dijo enfadado: “¡Ese vago animal! No te ayudará. Apenas puede usar la azada y hacerse cargo del ganado. Pero Holding es fuerte. A lo mejor puede fustigarlo lo suficiente como para hacerle trabajar.”

Geron dijo: “Haremos que trabaje. Lo puedo llevar en mi caballo. Puede cortar las ramas incluso con las cadenas en sus pies.”

Wugo decidió: “Me parece perfecto, te lo presto durante siete días. Pero vigila que no se escape. Me ha costado tres vacas, las cadenas y un buey.”

Antes de que se marchara, Runege ató los perros. Geron puso las dos hachas en su cintura, se despidió y cabalgó de vuelta al campo en donde estaba trabajando el esclavo romano. Cuando vio acercarse a Geron, Virtus alzó una mano y saludó. Estaba muy agradecido por el pan y el queso. Geron bajó de su caballo y habló con Virtus: “Deja la azada. Bur y Bor continuarán. Ven, siéntate en mi caballo. Te he tomado prestado durante siete días.” Mostró siete dedos.

El esclavo no entendió y sacudió su cabeza. “¡Virtus no poder marchar! ¡Wugo pegar!”

Geron intentó explicarlo de nuevo: “¡Wugo dice que sí! Soy tu amo durante siete días. Trabajas para mí.” Geron agarró las cadenas de las piernas y señaló al caballo. “¡Siéntate!”

Finalmente, el romano entendió que el joven jinete no se estaba divirtiendo y dejó que le ayudara a subirse en el caballo. Tenía que levantar las piernas porque las cadenas eran demasiado cortas. Virtus volvió a mirar preocupado la cabaña para ver si venían los perros, pero no pasó nada.

Geron quería que el caballo galopase, por lo tanto le ordenó a Virtus: “¡Agárrate fuerte a mí!” El esclavo puso sus fuertes brazos alrededor de la cintura de Geron, mientras que sujetaba las hachas dentro de su cinturón para que no se cayesen. El caballo empezó a

galopar. Virtus todavía no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir con él, pero cuanto más lejos se encontrase de Wugo, más contento estaría, ya que confiaba en Geron, quién le dio pan y queso y le llamó por su nombre.

De vuelta en el bosque, la tala de árboles iba viento en popa. Justo cuando llegaron los dos chicos, un enorme pino cayó al suelo. Todos corrieron para ver las hachas de Wugo y al esclavo. German preguntó: “¿No ha podido prestarte Wugo un sirviente que no estuviera encadenado? No será de gran utilidad a la hora de talar árboles.”

Gerwin respondió: “No, Wugo está enfermo. Necesita que Bur y Bor estén junto a él. ¡Pero fíjate en los músculos del romano! ¡Seguro que hará cantar al hacha!”

German dijo: “Lo averiguaremos ahora mismo. Puede empezar cortando las ramas de este pino caído. ¡Préstale el hacha romana de Wugo!”

Virtus enseguida entendió lo que tenía que hacer allí. Geron le animó y Virtus se puso a ello con tal pasión que las astillas de madera volaban a raudales.

Gerwin y Holger, quienes estaban trabajando en otro árbol, vieron que el romano era más rápido que ellos dos juntos. Geron caminó hacia él y dijo: “¡Bien hecho, Virtus! ¡Eres fuerte!” Los ojos oscuros romanos de Virtus brillaban de alegría. Era el primer halago que había escuchado durante un año de esclavitud.

Solo Holding se portó mal con el esclavo romano. Dijo: “¡Odio a todos los romanos! Mataron a mi padre. El esclavo no debería comer del mismo cuenco que nosotros.”

Gerda e Ina trajeron el almuerzo que consistía en crema de avena con trozos de carne de lobo. No había una cuchara para Virtus. Geron cogió un gran trozo de corteza de árbol, puso algo de comida en él y se lo dio a Virtus. Estaba sentado solo sobre un puñado de ramas y comía con sus dedos. German bendijo la comida y empezaron a comer. De vez en cuando, Geron solía mirar a Virtus, pero parecía que le gustaba comer solo.

Nunca antes habían conseguido tanta madera del lugar de construcción en un solo día. Cuando llegó la tarde y la hora de terminar,

Holding dijo: “A partir de mañana, German y yo trabajaremos solo en la construcción. Los chicos pueden trabajar solos ahora talando los árboles y trayendo la madera al lugar de la casa. Geron sabe lo que hace y el romano es útil.”

Esa tarde, de camino a casa, German le dijo a su hijo Geron: “El romano puede comer y dormir en el establo de las ovejas. Holding no dormirá bajo el mismo techo que un romano.”

Por lo tanto, Geron acompañó a Virtus al establo. Puso unas cuantas pajas en una esquina y le advirtió: “Virtus, no salgas afuera de noche. Waldo, el perro, te ladrará y te morderá. Le gusta vigilar de noche.”

8. El segundo cuento para dormir de Holger

Durante el invierno, las vacas estaban dentro de la casa de German, por lo tanto, no había mucho espacio para dormir. Pero durante el verano y finales de otoño, los animales permanecían fuera hasta las primeras heladas. Así que ahora mismo había mucho espacio y mucha paja fresca. Gerda escuchó de boca de Gerwin que Holger le contó un cuento para dormir muy interesante la noche anterior. Ella dijo: “Hoy Geron y yo también queremos escuchar la historia de Holger. He puesto para nosotros, y para esta noche, algo de heno y paja en la esquina más alejada. No molestaremos a nadie ahí.”

Cuando llegó la hora de irse a dormir esa noche, el sonido de los truenos podía ser escuchado en la lejanía. Uralda se acercó cojeando a la puerta, puso sus manos en la manilla y murmuró las siguientes palabras:

Thor-Tyr, la luz del rayo

Destella un zigzag hacia Jotunheim.

¡Destella tu fuego hacia la tierra!

¡Protege esta casa, protege las brasas!

¡Préstanos tu protección a nosotros y a los animales!

Repitió estas palabras una y otra vez, a veces en voz alta y otras suavemente. Hizo señales para que Gerda se le acercara para que ella también dijera las palabras protectoras, mágicas e iluminadoras.

Fuera, la tormenta se acercaba con fuertes truenos. De repente, Geron corrió hacia la puerta. Estaba sujetando algo bajo sus brazos y corrió hacia el establo de las ovejas. Justo entonces, un rayo de luz iluminó el cielo.

Podía ver al esclavo romano acurrucado en una esquina. “Virtus, te traigo un trozo de piel de cabra para ti.” Se lo arrojó en la esquina. Sonaron las cadenas. Cuando el rayo volvió a iluminar de nuevo el cielo, Geron vio como Virtus empujaba la paja que todavía estaba seca debajo de él, se enrollaba como un ovillo y se cubría con la piel de cabra. Las primeras gotas empezaron a caer justo cuando Geron corría de vuelta a casa. Gerda y Uralda continuaban murmurando suavemente las palabras mágicas.

Ahora llovía con fuerza y los truenos eran ensordecedores. Holger le susurró a Gerwin: “¿Puedes escuchar como los dioses luchan contra los gigantes?” Todos escuchaban el abrumador evento en un terrorífico silencio.

Finalmente, los truenos pasaron de largo y la lluvia comenzó a cesar. Uralda se fue a su sitio para dormir. Gerda volvió junto a sus hermanos, todos se fueron a dormir. Gerwin preguntó: “Holger, ¿te sabes algún cuento sobre el dios del rayo?”

Holger respondió: “Sí, es sobre Thor y su martillo lanza rayos, Mjólnir. Te lo contaré de la misma manera que me lo contó Evar el Druida.”



Thor es capaz de combatir con los gigantes de las tormentas con su martillo. Cada vez que golpea el cráneo de un gigante con su martillo durante una pelea, Mjólnir siempre vuelve a sus manos. Una mañana, cuando Thor despertó, buscó su martillo en el lugar donde lo había dejado justo antes de irse a dormir. Sus manos sintieron solo un espacio vacío. Mjólnir había desaparecido, ¡lo habían robado! Thor se enfadó mucho y pensó: “Uno de los gigantes de las tormentas se

lo ha tenido que llevar mientras estaba dormido. Eso es terrible. Si cuando pelee contra los gigantes no tengo el martillo en mis manos, no podré proteger el castillo del dios, Valhalla.” Se acercó al astuto y hábil dios, Loki y dijo: “Me robaron anoche el martillo. ¡Ayúdame a encontrarlo!”

Loki prometió que le ayudaría. Voló hacia el reino de los gigantes, a Jotunheim. Encontró al rey de los gigantes, Thrym, sentado en lo alto de una colina y sonriendo. Loki pensó inmediatamente: “¡Ese es el ladrón!” Le preguntó a Thrym: “¿No sabrás por casualidad donde está el martillo de Thor?”

El gigante respondió: “¡Sí, lo tengo yo! Está hundido tan profundamente bajo tierra que ningún ojo de dios podrá encontrarlo. Si Thor lo quiere recuperar, entonces, tus dioses tendrán que entregarme a Freya, la diosa de la belleza, como esposa.”

Loki volvió a Valhalla con este mensaje y los dioses se enfadaron mucho. El sabio Heimdall tomó la iniciativa y dijo: “Tenemos que encontrar alguna manera de engañar a Thrym. Thor, vístete como Freya y arréglate para parecerle a ella. Cúbrete la cara con un velo. Loki, adopta la forma de un sirviente. Cuando Thrym traiga el martillo para cambiarlo por su esposa, ya sabrás qué hacer.”

Al principio Thor no quería participar en este plan. Se quejó: “¿Qué? ¿Debería de vestirme como una mujer?” Pero al final se dejó convencer. Después de todo, se trataba de su martillo.

Por entonces, Thrym estaba supervisando los preparativos en su castillo para recibir a la esposa diosa. Se preparó un gran festín de bodas. Había pescado, buey asado y bebidas fermentadas en enormes ollas.

Cuando la “esposa” vestida majestuosamente entró con su sirviente, Thrym pensó “es algo alta,” pero los invitó de inmediato a la mesa del banquete. Quería esperar hasta después del festín para traer el martillo. Thrym estaba sorprendido por las enormes piezas de carne que su mujer podía engullir y la manera en que bebía enormes jarras de cerveza bajo su velo. Thrym sonrió: “Tengo una mujer que puede comer y beber como el mejor de los gigantes. ¡Ésta será una boda maravillosa!”

El resto de gigantes y sus mujeres que formaban parte del festín de bodas estaban sorprendidos del apetito y sed de la esposa. Thrym estaba tan emocionado que alzó el velo de Freya lo suficiente como para besarla. Dos ojos enfadados y que echaban llamas lo observaron. Se sintió tan estupefacto que enseguida dejó caer el velo. Se preguntó: “¿Cómo puede ser la mirada de una mujer tan ardiente como el fuego?”

Pero antes de que su desconfianza tomara fuerza, Loki pronto interrumpió: “Freya estaba tan deseosa de estar en el reino de los gigantes, que ha pasado varias noches sin poder dormir. Es por eso que sus ojos arden de tal forma.”

Al gigante le gustó dicha explicación y dijo: “Una esposa que puede comer y beber tanto como ella lo hace es una buena esposa.” Le ordenó a uno de los sirvientes que sacará el martillo del lugar en donde estaba escondido en una grieta de la tierra. Enviaron a los troles de las montañas para traerlo de las profundidades. Thrym puso el martillo en el regazo de la mujer.

Inmediatamente, el martillo Mjolnir se aferró a la mano de Thor. Se quitó el velo. De sus ojos salieron ardientes dardos de fuego. Cogió el martillo en alto y golpeó el cráneo de Thrym con fuerza. Se escuchó un chasquido que parecía como si se hubiera partido una piedra en dos. El ladrón de martillos cayó muerto al suelo. Aquellos invitados que fueron incapaces de volar también fueron golpeados por Mjolnir. Es así como Thor se vengó de los actos malignos de los gigantes y desde ese día en adelante, los gigantes dejaron de perseguir a los dioses.



Holger terminó su cuento. Geron dijo: “Una vez vi un enorme y viejo roble. Había sido golpeado por el martillo de rayos de Thor. Sus ramas estaban esparcidas por todas partes y el tronco estaba partido en dos justo por la mitad. ¡Thor tiene que ser el dios más poderoso de todos!”

Gerda, que estaba casi dormida, preguntó: “¿Es Freya de verdad la más guapa de todas las diosas?”

Holger respondió: “Tiene que serlo, ya que se le conoce como la diosa de la belleza. A lo mejor algún día la ves en tus sueños y puede que te regale algo de su belleza.”

Finalmente dejó de llover e incluso Virtus se durmió bajo su piel de cabra.

9. El paseo hacia la casa Evert el Druida

Las hojas de los árboles empezaron a teñirse del color del otoño. Holding y Holger habían vuelto a su granja. El esclavo romano Virtus había sido devuelto a Wugo. Aun así, German y sus hijos pudieron utilizar las dos hachas más de los siete días acordados. La estructura de la nueva casa de madera estaba ya hecha y pronto podrían empezar los trabajos finales. German se acercó al pantano para cortar juncos, después los chicos los ataron en manojos, los cargaron a sus espaldas y los llevaron hasta la casa de madera. Un día German le dijo a Geron: “Pronto tendremos luna llena. Coge tu caballo y cabalga hasta la granja de Holding. Holger te puede enseñar el camino hasta la casa del Druida. Pregúntale al Druida Evert si puede venir a bendecir la nueva casa en luna llena.”

A la mañana siguiente, Geron partió temprano. Era una cabalgata larga por el bosque hasta llegar a casa de Holger. A pie, podrías tardar medio día. A lo lejos, Geron podía ver la enorme casa de Holding, observó que las ovejas y las vacas estaban pastando. Pensó: *A lo mejor Holger las está vigilando*. Le quiso sorprender, por eso cabalgó hasta la colina para acercarse inadvertido al rebaño.

De repente, escucho a alguien cantar. Se bajó del caballo y lo ató a un árbol. Geron escuchó. No era la voz de Holger. ¿Podría ser la de su hermana Helga? Holger le había contado que su hermana conocía muchas canciones y que incluso había compuesto alguna. Geron caminó despacio hacia el sonido. Se escondió tras un arbusto y espionando entre las ramas vio a Helga. Cantaba sentada encima de

una enorme piedra, sujetando un cordero en su regazo. Se había hecho una corona de coloridas hojas otoñales y se la había puesto en el pelo. Geron no quería asustarla, por lo tanto, se tumbó en el suelo y escuchó. Entendía algunas de las palabras.

Cantaba sobre un hada del agua que estaba ansiosa de estar con las personas. El hada estaba enamorada de un pastor y quería traerlo a su mundo acuático. Helga tenía una voz alta y clara y parecía como si le estuviera cantando al corderillo mientras lo mantenía en su regazo. Cuando terminó la canción, Geron imitó la melodía de un mirlo.

Helga paró, se levantó y caminó despacio hacia el arbusto para ver mejor al pájaro escondido. Geron no se movió. De repente, ella empezó a reírse a carcajada limpia. “Geron, ¿eres tú? Pensé que era raro que un mirlo estuviera cantando una tarde de otoño. ¿Has venido de visita? ¿Necesita tu padre más ayuda con la casa?”

Geron respondió: “No, he venido para ver a Holger. Se supone que me tiene que enseñar el camino hacia la casa de Evart el Druida. Inauguraremos nuestra casa con la luna llena. Estáis todos invitados. Mataremos un buey, lo ofreceremos como sacrificio y haremos juegos. Después podrás cantar para todos esa canción que acabo de escuchar.”

Helga agitó su cabeza. “No me gusta cantar delante de otras personas. Canto para las ovejas, las flores y los invisibles.”

Geron asintió. “¿Te refieres a mí? Era invisible hasta ahora.”

Helga asintió: “Sí, puedo cantar para ti y Holger porque ambos podéis escuchar en silencio. Holger vino a recogerme ayer por la tarde. Estaba oscureciendo cuando canté la canción de la tarde. De repente, vio un grupo entero de gnomos ahí en la colina y los elfos bailaban en el aire. Yo no los podía ver, pero Holger es capaz de ver esas cosas. Tiene un poder especial. Yo no puedo ver a los invisibles, pero sí que puedo sentir su presencia. ¿Los puedes ver, Geron?”

“No, yo soy realista. Soy cazador y aniquilador de lobos. No los puedo ver, pero sé que están ahí. Holger me ha hablado mucho sobre ellos y sé que dice la verdad. Bien, tengo que irme. El sol se acerca hacia el medio día. ¿Holger está en casa, no?”

“Sí, le está ayudando a Padre a reparar el establo. Ha sido agradable verte, Geron.”

De nuevo en su caballo, Geron miró hacia atrás y vio a Helga despedirse. Le urgió a su caballo que fuera más rápido y se hundió de lleno en las crines de éste hasta que su pelo rubio y rizado parecía ser parte de las crines volando al viento.

Holding saludó a Geron jovialmente: “¡Aquí llega mi Matabobos! ¿Qué es lo que te trae por aquí?”

Geron contestó: “Mi padre ha invitado a la familia Holding al completo a la inauguración de nuestra casa la próxima luna llena. ¿Me puedes prestar a Holger para que me muestre el camino hacia la casa de Evart el Druida? Le tengo que dar el mensaje de Padre para pedirle que prepare el sacrificio.”

Holding respondió de buen modo: “Pronto terminaremos nuestros trabajos de reparación. Puedo encargarme de lo que queda. ¡Holger, coge tu caballo!”

Justo en ese momento, el hermano pequeño de Holger, Hoegge, salió de casa. Gritó: “¡Espera, espera! ¡Quiero ir contigo! Hace mucho que no cabalgo sobre el caballo de Geron.”

Geron miró a Holding, quién se rió, se encogió de hombros y remarcó: “Lo que tú decidas, Geron.” Hoegge ya estaba colgado de una de las piernas de Geron.

Geron dijo: “Si te puedes sentar a horcajadas sobre el caballo, entonces, puedes venir conmigo.” Al decir esto, Hoegge tiró con tanta fuerza de la pierna de Geron, que este perdió el equilibrio y cayó del caballo. Geron se rió y montó a Hoegge a los lomos del caballo. Hoegge alzó sus manos al aire de manera triunfal. Holding se estaba riendo tanto, que dejó caer su hacha. Madre Hulda y Abuelo Helge salieron para ver qué es lo que pasaba. Geron se montó de nuevo, con Hoegge detrás y empezó a cabalgar. Holger le seguía en su propio caballo.

Holding le remarcó alegremente a su mujer Hulda: “Me pregunto qué travesura hará Hoegge hoy.”

Para llegar a la casa del druida, pasaron por bosques con claros, hasta que llegaron a la cresta de una montaña. El bosque cubría aquí y allá las laderas del enorme peñasco. Un pequeño lago destacaba en el paisaje como si fuera un ojo azul verdoso. Holger señaló al otro lado del lago: “¡Mira, ahí está la granja del Druida! Muchos Druidas

viven ahí junto a sus estudiantes. Cultivan las tierras y se ocupan del ganado. Crían peces en el lago y también tienen abejas para la miel y la cera de las velas. Puedes ver sus caballos blancos pastando ahí junto a los árboles.

“Pero Evert es un ermitaño. Vive en una pequeña cueva sobre la pared del acantilado. A veces, si tiene mucho frío en invierno, pasa algunos días aquí en la granja. Geron, puedes atar tu caballo a este árbol y caminaremos hasta la cueva de Evert.”

Hoegge, que era bastante bajito y gordinflón, protestó: “Quiero quedarme aquí junto al lago para tirar piedras y ver a los peces.”

Holger le permitió quedarse ahí. “Está bien, quédate aquí, ¡pero no te alejes y no molestes a los caballos!”

Un poco más adelante, llegaron hasta dos grandes robles, por donde podían ver con claridad el camino serpenteante que subía por entre los árboles hasta la cueva. Estaban junto a unos escalones de piedra cuando un cuervo voló sobre ellos y, para sorpresa de Geron, aterrizó sobre los hombros de Holger. Se trataba del cuervo domesticado del druida. Conocía a Holger, quién lo llamó por su nombre, Hugi. Hugi graznó, cogió un mechón del pelo de Holger con su pico y agitó su cabeza arriba y abajo. Holger llamó a la cueva. “¿Está Padre Evert aquí?”

Alguien respondió desde arriba. “¡Ven, Holger!”

Evert había reconocido su voz. Holger caminó con el cuervo todavía posado sobre su hombro. Geron vio a Evert por primera vez de pie al final de las escaleras de piedra. Era de mediana edad y su pelo suelto le llegaba hasta los hombros. Lo llevaba cortado en forma de círculo en la parte superior de su cabeza, y eso hacía que su frente sobresaliera. Llevaba puesta una bata blanca larga. El cuervo voló hacia el brazo extendido de Evert y graznó de nuevo como diciendo: “¡Visitas, visitas!” El Druida saludó a Holger poniendo sus manos sobre sus hombros.

Holger dijo: “Este es mi amigo Geron, del cual te he hablado mucho.” Evert también puso sus manos sobre los hombros de Geron y le miró fijamente a los ojos. Geron no podía apartar la mirada. Parecía como si el Druida le estuviera mirando en lo más profundo de su

alma. De repente a Geron se le pasó por la cabeza la razón por la cual la mirada de Holger era tan sincera. Los ojos de Holger tenían algo de la luz de Evert. Con un profundo graznido, el cuervo se alejó volando.

Evert invitó a sus dos visitantes a entrar dentro de la cueva. Era alta y construida parcialmente con piedras a la entrada. La única luz provenía de la apertura de la puerta. Dentro, había una centelleante hoguera y el humo salía hacia una pequeña hornacina. Sobre las brasas, había una olla de tres patas que desprendía un agradable olor a hierbas. Sobre la pared colgaban símbolos extraños y en un nicho en la pared se podía observar vagamente una calavera. Geron tembló un poco mientras miraba alrededor. Al fondo de la cueva, había una enorme alfombra hecha de piel de oso extendida en el suelo. *Hay tiene que ser donde duerme Evert*, pensó Geron.

Evert se sentó sobre la alfombra y les indicó a sus visitas que se sentaran en los taburetes de madera. Evert preguntó: “¿Qué es os trae por aquí, hijos míos?”

Holger le señaló a Geron para que hablara y dijo: “¡Saludos y respetos de parte de mi padre German! Desea pedirte que vengas a bendecir nuestra nueva casa en la próxima luna llena. Y si así fuese, ¿nos podrías decir que tenemos que preparar?”

Evert respondió: “¡Qué maravilloso, habéis construido una nueva casa! ¡Qué cantidad de trabajo! Sin lugar a dudas, pediremos la protección de los dioses. ¡Sí, lo haremos! Tendremos luna llena en siete días. Sí, podré ir. Tenéis que sujetar una pequeña rama de pino sobre la entrada de la casa y en medio de la casa un pequeño y joven fresno. Así mismo, también tenéis que hacer una fogata rodeada de piedras a doce grandes pasos de distancia de la puerta. La madera para dicho fuego tendría que ser de pino, fresno y roble. Yo me encargaré de las hierbas y de la resina de pino. Tenéis que tener jarras de agua a mano. Tened un carnero listo para el sacrificio. La ceremonia de bendición empezará al amanecer y durará hasta que el sol esté en su punto más alto al medio día. La paja para el techo tendría que estar preparada y con ayuda de todos, el tejado tendría que estar acabado para la tarde. Pasaré con vosotros la primera noche. El primer fuego de la chimenea de la nueva casa será encendido con el fuego del sacrificio. Asegúrate

de que tu familia se lave en el río cercano a la casa a primeras horas de la mañana del día de la ceremonia de bendición.” El Druida se quedó un rato pensativo y después continuó: “Y ahora, Geron, hijo mío, repite todo lo que te acabo de decir.”

Geron había estado escuchando con atención. Repitió todo desde el principio tal cual se lo contó Evart. Evart se levantó y sirvió a los dos chicos té de hierbas. El olor a tomillo entró por la nariz de Geron. Evart dijo con una sonrisa: “Las flores en el té le dan a uno buenos pensamientos.”

La mirada de Geron se dirigió de nuevo hacia la calavera de la pared. El Druida lo observó y habló: “Cada persona lleva la vida y la muerte dentro. La calavera es para que nos acordemos de que tenemos que sacarle provecho a nuestras vidas.” Evart no dijo nada más y los tres bebieron el resto de su té.

Geron miró alrededor de nuevo hasta llegar a la alta frente del Druida. Pensó: *Cuando sea mayor, me encantaría poder tener la oportunidad de preguntarle a Evart sobre todo lo que me desconcierta de este mundo.*

Holger interrumpió el silencio: “Geron, deberíamos marchar ahora para que llegues a casa antes de que caiga la noche. ¿Dónde está Hugi? Quiero despedirme de él.”

Evart dijo: “Oh, muchas veces suele volar hacia el lago. Cuando uno de sus hermanos está pescando, le da a Hugi un pescadito para comer.”

Evart se despidió de los chicos tan ceremoniosamente como los había saludado. Después comenzaron a caminar hacia el lago. El caballo estaba ahí, pero a Hoegge no se le podía ver por ninguna parte. Holger lo llamó, pero no obtuvo respuesta alguna. Geron dijo: “No se ha podido caer al agua. ¡Hubiera salido tan rápido como entró!”

Holger conjeturó: “A Hoegge le encantan los caballos. A lo mejor se acercó a ver los caballos blancos. Cabalgaremos hasta allá.” Montaron y cabalgaron hacia la granja de los Druidas. El prado donde los caballos pastaban estaba lleno de arbustos y árboles pequeños y los caballos podían deambular libremente. Las ovejas también estaban pastando.

De repente, Holger gritó: “¡Mira ahí! Es Hoegge.” Hoegge estaba intentando montar una oveja. Tenía un pedazo de lana en una mano y en la otra estaba agarrando un cuervo que graznaba histéricamente y agitaba sus alas.

Geron silbó con fuerza. La oveja salió corriendo y Hoegge acabó con su trasero en el suelo, pero se las apañó para mantener al cuervo bien sujeto en su puño. Holger bajó del caballo y se acercó a la valla corriendo hacia Hoegge. El cuervo comenzó a darle picotazos furiosos. “¡Suelta al cuervo!”

Hoegge se negó cabezotamente: “No, yo lo he atrapado y pienso llevármelo a casa conmigo.”

Holger le agarró de la mano y le ordenó que lo soltara: “Su nombre es Hugi y es propiedad de Evert el Druida.” Hoegge abrió su boca sorprendido y dejó que Holger cogiera al asustado pájaro. Holger acarició sus plumas, le habló con una voz suave y amigable y después le dejó volar.

Hoegge se lamentó: “Es realmente una lástima. Acababa de entablar una buena amistad con él. Los caballos no dejaban que me sentara sobre ellos. Pero casi he podido cabalgar sobre el carnero, si no hubiese oído el estúpido silbido.”

Un poco después, los tres comenzaron a cabalgar de vuelta a casa. A la tarde, Geron contó a su padre todo lo que necesitarían para la ceremonia de bendición de la casa. A Gerwin y a Gerda le sorprendieron las travesuras de Hoegge. Preguntaron: “¿Vendrá Hoegge también a la ceremonia? ¡Sería fantástico!”

German dijo: “¿Por qué no debería de venir? ¡Un poco de diversión no daña a nadie!”

10. La ceremonia de inauguración

A la tarde, dos días antes de la luna nueva, la familia de German se sentó alrededor del fuego en la casa vieja. Geron y su padre estaban afilando las dos hachas de Wugo con dos piedras planas. Le habían prometido que se las devolverían afiladas y brillantadas. Ina estaba hilando la lana. De repente, dijo: “¿No deberíamos de invitar también a Wugo y a su mujer Runege a la ceremonia? Sus hachas nos han sido de gran utilidad. Sin ellas no habríamos podido hacer la ceremonia pasado mañana.”

Uralda respondió: “No me fio de Runege. Puede traer algo de magia negra a nuestra casa nueva. ¡Se comió la lengua del lobo! Creo que contacta con los espíritus malignos. Podría arruinar nuestro sacrificio.”

German dijo: “No podemos ignorar a Wugo. Lo mejor es mantener una relación amigable con él. Sus hachas verdaderamente fueron de gran ayuda. Puede que no venga con Runege. Por una cosa o por otra, siempre está encima de él todo el día. Geron, cabalga hacia la casa de Wugo mañana por la mañana. Devuélvele las hachas, agradécelo e invítalo, en mi nombre, a la ceremonia.”

Geron dijo: ¿Qué debería de decir si Runege quiere venir también?”

German dijo: “No creo que se auto invite. Esos no son buenos modales.”

Ina añadió: “Dile que cuando la casa tenga un tejado y esté completamente acabada por dentro, estaré encantada de recibir una visita de ella. De esa forma podrá satisfacer su curiosidad.”

A la mañana siguiente, mientras Geron se acercaba a la casa de Wugo, divisó a Virtus. Estaba intentando arreglar el cercado de la casa. Los ojos del esclavo se alegraron al ver a Geron gritando su nombre. Virtus preguntó: “Traes hachas. ¿Casa acabada?”

Geron lo entendió y dijo: “Pasado mañana alzaremos el tejado, Virtus. Puede que algún día te invite para que la veas tú mismo.”

Virtus también entendió lo que Geron había dicho y respondió: “Geron, tu única persona buena conmigo. Algún día contarte muchas cosas sobre los romanos.

Geron respondió: “¿Dónde está Wugo?”

Virtus respondió: “Wugo en casa. Voy contigo, entonces, perros buenos.” Por lo tanto, Geron ató su caballo a un poste y se acercó con Virtus a la puerta. Los perros irguieron sus orejas y ladraron, pero cuando Virtus les ordenó que se pararan, se tumbaron de nuevo y dejaron de ladrar.

Pero esos pocos ladridos fueron suficientes para que la curiosa Runege se asomara por la puerta. Cuando vio a Geron caminó hacia él: “Mi fuerte y bello Geron, ¿traes las hachas limpias de vuelta?” Apoyó su mano en el hombro del chico de manera familiar y lo acompañó hasta el interior.

Pero Geron se resistió: “No tengo tiempo de ser tú invitado hoy.” Justo en ese momento, apareció Wugo, cogió las hachas y las examinó con cuidado, probando lo afiladas que estaban con su pulgar. Geron dijo: “Mi padre te envía un cordial agradecimiento por las hachas. Nos han sido de gran utilidad. Gracias a ellas la casa estará lista mañana para empajar el tejado y para la ceremonia de bendición. Como compañero de caza de Padre, Wugo, estás invitado al evento de mañana.”

Runege se puso seria y frunció sus labios como si quisiera decir algo, pero no lo hizo. Entonces, Geron se giro hacia la anciana y dijo: “Mi madre, Ina, te envía saludos a ti, Runege. Estás invitada a visitarla en la nueva casa dentro de una semana cuando todo esté acabado y listo para recibir visitas.”

Runege sonrió de manera agridulce y respondió: Iré. Llevaré hierbas.”

Wugo dijo: “Hoy saldré a cazar. Con un poco de suerte, podré llevar algo de carne fresca como regalo. Geron, ¿quieres venir de caza con nosotros?”

Geron respondió: “Ahora mismo no puedo. Aún no hemos acabado con los preparativos para la ceremonia de mañana.” Wugo lo entendió y Geron se despidió.

Cuando Geron volvió a su caballo, Virtus ya lo había desatado para él. Habló con suavidad: “Geron, yo no olvidar. Wugo ordenó a Bur y Bor azotar a mí. Dos días sin poder caminar.” Le salían lágrimas por los ojos cuando hablaba. Cuando Geron estaba otra vez a lomos de su caballo, Virtus cogió su pierna y besó su pie.

Geron pensó: *Debe de ser alguna tradición romana.* Por primera vez Geron estrechó la mano de Virtus y dijo: “Virtus, no me voy a olvidar de ti y algún día te mostraré la casa.” Ordenó a su caballo partir y galopó hacia la casa.

En casa todos trabajaban duro. Padre llamó a Geron: “Ven, ayúdame a construir el altar de piedra para la hoguera del sacrificio. ¡Será mucho más rápido entre dos! Ya he medido los doce pasos.”

El día anterior, Geron y German habían terminado de construir la chimenea de la casa. Habían utilizado piedras nuevas y alguna de la antigua chimenea, que hacía mucho que había sido bendecida. Gerwin se encargó de conseguir la rama de pino para la puerta de entrada y Gerda tenía que talar un pequeño fresno. Geron trepó y sujetó ambas ramas en su lugar.

Ahora era turno de matar al buey para el sacrificio. Las mujeres y Gerda cocinaron sopa de sangre de buey y pusieron la carne en tres diferentes espetones. Todo estaba listo para ser asado al día siguiente. Gerwin trajo la madera para el fuego. Después colgó los trozos de carne en una de las vigas de la casa vieja sobre la chimenea para que el humo conservara la carne. Utilizó trozos de intestino limpios del buey para atar la carne. Frotó la piel de animal con cenizas de roble y la estiró sobre el tronco de un árbol. Sería un regalo para Evart el Druida.

Días atrás, Uralda había puesto a fermentar semillas de cebada, hierbas, raíces y bayas en un cubo de agua para preparar una bebida para el festín. La familia entera estuvo ocupada hasta bien entrar la noche. Al final, todos se sentaron alrededor del fuego en la casa vieja, dando sorbos a la sopa de sangre de buey. Gerda preguntó triste: “¿Qué pasará con nuestra buena casa vieja? Ni siquiera puedo alegrarme por la casa nueva al estar pensando en la vieja.”

Uralda le respondió: “Pasaré un tiempo hasta que todos los buenos espíritus de la casa vieja estén en la nueva, pero cuando eso ocurra, la nueva casa tendrá también alma. Nuestros animales podrán quedarse en la vieja casa durante el invierno, eso los protegerá del frío. Y nosotros tendremos más espacio en la casa nueva y podremos mantenerla muy limpia sin tener a los animales dentro. Mi abuelo fue quién construyó la casa vieja. Decenas de nevadas han caído sobre su tejado, pero el martillo lanza rayos del dios siempre la ha protegido. También queremos llevar esa bendición a la casa nueva; pero, por hoy, ¡descanemos en paz bajo la protección de los dioses!” Uralda lanzó una cucharada de sopa de sangre en la hoguera y murmuró sus palabras de bendición.

Después de un duro día de trabajo, se fueron quedando dormidos uno tras otro. Geron se acordó de como Virtus se despidió de él ese día. ¿Qué le puede contar Virtus a él sobre los romanos? Escuchó que sus casas eran de piedra, incluso las dedicadas a sus dioses.

Uralda despertó a todos antes del amanecer. Había sido la última vez que dormirían en la vieja casa. Cogió agua de un cuenco que había estado junto al fuego durante la noche y les salpicó a todos la cara.

Cuando se levantó, Geron recordó que la calavera del lobo que había sacado del hormiguero tiempo atrás, todavía no estaba sujeta sobre la puerta de la casa nueva. La había envuelto con cuidado en piel de conejo y la guardaba en un baúl. Fue a buscarla y se dirigió a la casa nueva. Amanecía entonces. Después de colgar la calavera en el lugar correcto sobre la puerta, se dirigió hacia el establo de las ovejas, fue a por el carnero que German eligió para el sacrificio y lo ató junto a un poste cerca del altar. German y Geron apilaron leña para el fuego del sacrificio.

Cuando las mujeres volvieron después de limpiarse en el río, German y sus hijos hicieron lo mismo. La luz de la mañana se extendía poco a poco desde el este. Apenas terminaron de bañarse cuando escucharon un “¡Haliii!” de varias voces.

Geron y Gerwin gritaron en respuesta: “¡Hallooo!” Estuvieron así un buen rato. En el luminoso amanecer Geron vio de repente al caballo blanco del Druida. Holding cabalgaba junto a él. Los otros le seguían a pie.

Geron pensó: *Seguro que han salido poco después de medianoche.* El Druida iba muy erguido en su caballo y de nuevo vestía una túnica blanca. Cuando Evert desmontó, Geron se dio cuenta de que llevaba un símbolo en su pecho que estaba hecho del algún tipo de metal brillante. Se parecía a una rueda. A lo mejor se trataba del símbolo del sacerdocio.

German fue el primero en saludar a Evert. Se saludaron poniendo sus manos en los hombros del otro y se intercambiaron palabras de amistad. Después Geron saludó a Evert, quién le dijo: “¡Que la fuerza de Thor esté contigo!” A Gerwin le dijo: “¡Que Odín te dé sabiduría!” A Gerda le dijo: “¡Que Freya te dé gracia y paz!” Saludó a Uralda y a Ina con las siguientes palabras: “Mis queridas hermanas, guardianas del hogar.”

German y su familia formaron un semicírculo alrededor del fuego mirando hacia la casa. Los Holdings completaron el círculo. El abuelo Helge se había quedado en casa para cuidar de los animales. Holding le dijo al pequeño Hoegge que hoy se tenía que portar bien, es por eso que Hoegge estaba haciendo lo imposible para estar quieto. Apretaba sus labios concentrado.

Geron miró hacia los prados para ver si venía Wugo. No estaba a la vista, a lo mejor se había retrasado.

Evert el Druida empezó a hablar: “Ya que nos hemos reunido hoy aquí para bendecir esta casa, déjanos volver ahora a la vieja para traer algo de su fuego a este altar de sacrificio. ¡Seguidme todos!” Cogió su largo y tallado báculo. Primero iban German y su familia, seguidos de los Holdings. Cuando llegaron a la casa vieja, Evert golpeó tres veces el umbral de la puerta con su báculo antes de entrar y caminar hacia el fuego de la chimenea que apenas parpadeaba. Todos formaron un círculo alrededor del fuego.

El Druida dijo: “¡Uralda, Ina! ¡Guardianas de la chimenea, llevaos las brasas!” Las mujeres utilizaron dos trozos de madera para

meter algo de las brasas en un cuenco. Evert le pasó a Holger su bastón, después cogió el cuenco con ambas manos y dijo: “Pedimos a los espíritus de los dioses de esta chimenea que se trasladen con nosotros a la casa nueva.” Se dirigió hacia la puerta con el cuenco, lo puso bajo el umbral por un instante y repitió: “Pedimos a los espíritus de los dioses de esta chimenea que se trasladen con nosotros a la casa nueva.”

Seguidamente Evert llevó el cuenco a la casa nueva. Holger estaba a su lado llevando el bastón. El resto les seguían detrás. En ese momento se podían observar de pleno los primeros rayos de sol. El Druida empezó a cantar una extraña canción que repetía las siguientes palabras una y otra vez: “¡Luz de fuego, brillo de los dioses!”

Cuando llegaron al lugar del sacrificio, Evert colocó las brasas sobre la leña que ya estaba preparada. Sonrió y le guiñó el ojo al pequeño Hoegge e indicó a los demás que se acercaran. Le dijo a Hoegge: “¡Sopla el aliento del hombre hacia las cenizas!”

No se lo tuvo que decir dos veces. Las cenizas volaron ante sus ojos. No prestó atención, y no paró de soplar. Pronto el fuego comenzó a parpadear y a arder. El Druida le indicó que dejara de soplar. Todos se pusieron de rodillas, mirando al fuego, extendieron sus brazos rezando. El humo llegaba hasta el cielo.

El Druida se quedó quieto. Alzó una mano, señalando hacia el sol; con la otra señaló hacia el fuego y empezó a hablar:

*¡Sol de los dioses, brillo eterno!
¡Luz del divino Baldur!
¡Te damos las gracias!
Ahuyentas la oscuridad nocturna
¡Te damos las gracias por la vida
que permite que todo sea y crezca!
¡Te damos las gracias por el amor
que llena de cariño a todos los seres!
¡Sol de los dioses, brillo eterno!
Dale tu fuerza a este fuego,
¡Irradia tu poder en esta casa nueva!*

Evart cogió el báculo e hizo una señal en el aire y otra en el humo del fuego. Después lanzó resina de pino y hierbas al fuego. Todos meditaban en silencio. Evart les pidió que repitieran cada una de las frases del Verso del Sol tras él. Y así lo hicieron.

Cuando dijeron la última frase: “¡Irradia tu poder en esta casa nueva!”

Hoegge susurró: “¡El ratón también!”

El Druida añadió: “¡Qué así sea!” Todos se pusieron de pie.

Evart señaló al carnero del sacrificio que estaba mordisqueando su última brizna de hierba y German lo acercó. El Druida le dijo unas palabras cariñosas al joven carnero. Un corte de cuchillo rápido e indoloro, y el animal derramó su sangre en el cuenco.

Después, el Druida se limpió las manos en un cuenco de agua preparado para dicho propósito. Se añadió más leña al fuego y colocaron al carnero sobre las llamas como ofrenda a los dioses. Con una rama de pino Evart roció algo de sangre del carnero del cuenco hacia el fuego. Pasó la rama a cada una de las personas para que pudieran hacer lo mismo, empezando por la familia de German y después los Holdings.

El último en hacerlo fue el pequeño Hoegge. Quería hacerlo especialmente bien. Metió la rama en lo más profundo del cuenco y cuando la sacó, se roció sangre por todo su pelo antes de salpicar el fuego con el resto. Nadie se rió ni hicieron ruido alguno. Madre Hulda señaló discretamente hacia el cuenco con agua. Hoegge se puso de rodillas y metió su cabeza entera en el agua y volvió a ser rubio de nuevo.

Evart dijo palabras de sacrificio hacia el humo del chispeante fuego. Dio las gracias a los espíritus de la tierra, agua, aire y fuego. Una vez más se echaron tres tipos de leña al fuego: pino, fresno y roble. Un poco después Evart volvió a hablar: “Ahora llevaremos algo de fuego del sacrificio a la chimenea nueva.” Cogió un palo ardiendo y lo llevó como si de una antorcha se tratara. La procesión entera fue tras él. Dio doce pasos contados hacia la casa, golpeó en la entrada tres veces con su báculo y entró.

Todos volvieron a formar un círculo, el Druida rodeó tres veces la chimenea y arrojó en ella el palo ardiendo. Esta vez Gerda y Helga pudieron soplar en el fuego hasta que estuviera ardiendo en llamas. ¡Encendieron el primer fuego de la casa nueva! El Druida bendijo la casa.

De repente, se escuchó el resonar de los cascos de un caballo. Hoegge salió corriendo. Wugo llegaba tarde, justo cuando había acabado la parte ceremoniosa de la festividad. Llevaba un conejo desollado atado en su silla. Había saltado justo delante de su flecha esa mañana. Wugo estaba rebosante de alegría: “Llego tarde. Quería que el conejo estuviera listo para el asado.” Todos intuyeron que despellejó el conejo en casa para poder quedarse con la piel.

German se lo agradeció: “Un conejo fresco da buena suerte. ¡Gracias, Wugo!”

Hoegge quiso ayudar: “Yo sé como asar un conejo en un espetón. Padre me enseñó.”

Todos miraron a Holding, quién asintió: “Sí, sabe cómo se hace.” Por lo tanto Hoegge se encargó de asar el conejo junto a la carne de buey en la hoguera del sacrificio.

Geron cuidaba la carne del buey. No podían comer la carne del sacrificio. Se fue quemando paulatinamente hasta quedar negra como el carbón. Las chicas pronto reemplazarían a Geron en las tareas de asador para que pudiera ayudar al resto a empajar el tejado. El fuego de la chimenea fue totalmente cubierto de cenizas para que el humo no molestara a los que estaban trabajando en el tejado.

Holding y German se subieron al tejado. Las mujeres ataron los juncos en pequeños manojos. Gerwin, Holger y Geron subían y bajaban de las vigas llevando los manojos al tejado. Los dos padres los sujetaron de manera que muy pronto el techo tuvo una gruesa capa de paja desde la parte más baja a lo más alto. Incluso Wugo se subió, a pesar de que su pierna no estuviera totalmente curada. El se encargaba de formar el hueco para el humo de manera cuidadosa, asegurándose de que estuviera bien acolchado.

Mientras que la carne se asaba, Uralda les dijo a las chicas que tenían que ayudar con el empajado, pero no dejó que molestaran

a Hoegge mientras asaba el conejo, que ya tenía un buen color y al que, de vez en cuando Hoegge daba un tirón de las patas traseras pensando que era divertido. Cuando Uralda no miraba, tiraba y tiraba hasta que por fin consiguió separarlas del cuerpo. Seguidamente puso el espetón un poco más arriba de las brasas y desapareció tras un arbusto. Después, engulló la carne con deleite hasta que toda fue a parar a su pequeña y rechoncha barriga. ¡Qué buena que estaba! Metió los huesos en su pequeño bolso de cuero. Nadie se había dado cuenta. Evert fue al bosque a por hierbas.

El sol señalaba que ya era medio día. Todos se reunieron para el festín. Evert volvió del bosque. Madre Ina estaba cortando la carne en trozos con un gran cuchillo y los ponía en un enorme cuenco de arcilla. Quería hacer lo mismo con la carne del conejo, pero Hoegge protestó con ahínco: “Lo haré yo mismo, ¡Padre me dijo cómo!”

Ina le pasó el cuchillo y Hoegge cortó la carne. Cogía un poco de carne de buey del cuenco de vez en cuando, cuando nadie miraba. Después sacó los huesos del conejo de su bolso, los metió en la mezcla de conejo y buey asados y dijo para sí mismo: “¡Bien, el conejo está entero de nuevo!” Evert bendijo la comida.

Wugo dijo: “¡Tengamos conejo de aperitivo! Permitidme dividir las cuatro patas. Las delanteras son para Ina y Uralda.” Buscó en el cuenco y las colocó sobre las manos de las mujeres. “Las patas traseras son para Holding y German.” Hoegge se puso rojo. Wugo enseguida encontró una de las patas traseras, pero no la otra. Dijo: “Por todos los cielos, Hoegge, ¿dónde está la cuarta pata?”

Hoegge respondió: “La encontraré. Se separó cuando la estaba cortando. ¡Aquí está!” Sacó un hueso de conejo con carne de carnero en el. “Vaya, la carne se ha caído del hueso.”

Wugo lo miró: “Bueno, el hueso de la pata del conejo está bien. Dáselo a tu padre.” Hoegge le pasó a Holding la carne de conejo-buey. Afortunadamente la carne del buey estaba bien unida al hueso del conejo y por lo tanto Holding pensó que el sabor extraño se debería a que el conejo sería un poco viejo.

11. La primera noche en la nueva casa

Los empajadores del tejado trabajaron duro toda la tarde y para la noche la casa tenía un cálido tejado. Como Evert pasaría la noche en casa, los Holdings decidieron hacer lo mismo, pero Wugo declaró: “Tengo que ir a casa a vigilar a mi esclavo romano. Creo que quiere escapar, ya intentó cortar sus cadenas con una de mis hachas. Hice que Bur y Bor le azotarán hasta sangrar. Ahora lo tengo que encerrar junto al cerdo todas las noches. Algún día lo venderé.”

Pero el esclavo era tan solo una excusa para ir a casa, no le gustaban los Druidas. Hace unos años, un Druida le declaró culpable de apalear a un caballo y le quitaron sus dos caballos durante medio año.

German le dio las gracias a Wugo por ayudar con el tejado y por el conejo. Tan pronto como se marchó, Geron notó cómo todos parecían mucho más relajados.

Antes de cenar, Evert volvió a arrojar resina de pino y hierbas en el fuego de la chimenea y bendijo la comida. Todos se sentaron alrededor del fuego y empezaron a comer. La bebida especial de Uralda fue pasando de mano en mano en dos jarras. La casa ya contaba con heno fresco y paja de la última cosecha, así como con alfombras de pieles traídas de la casa vieja. Ya había oscurecido para cuando acabaron de comer. Evert los invitó a salir, ya que quería mostrarles las constelaciones. Hoegge se quejó: “Si quiero mirar arriba, tengo que tumbarme de espaldas, si no me romperé el cuello.” No tardó en tumbarse sobre la tierra.

Evert comenzó: “La luz del mundo de los dioses irradia de las estrellas. Recorren el cielo silenciosamente. Solo una estrella permanece siempre en el mismo lugar, se trata del Clavo del Cielo, la Estrella que Descansa.” Señaló a la constelación conocida como la Osa Mayor, a la cual también llamó las Siete Estrellas. Les mostró como se podían ubicar otras dos estrellas a partir de la Estrella que Descansa. Todos contemplaron el cielo.

De repente, Hoegge gritó: “Desde donde yo estoy todas las estrellas están descansando. ¡Ninguna de ellas se mueve!”

Holger le respondió: “No tienes que pensar que las estrellas son tan inquietas como tú o ¡que saldrán volando como pájaros! Simplemente observa durante un rato hacia el este, de donde sale el sol por las mañanas. Siempre aparecen estrellas nuevas.” Todos miraron al este.

De repente, Hoegge volvió a gritar: “¡Una de ellas está viniendo! ¡Es de color rojo!”

Evert dijo: “Mira detenidamente. Su luz no titila, es la estrella de fuego del dios Tyr. Envía luz a la tierra que nos da algo de su fuerza.”

Holger susurró a Geron: “¡Dejemos que su luz brille en tus manos!” Y Geron hizo lo que Holger dijo y por un momento saludó a la estrella de Tyr ofreciéndole las palmas de sus manos.

Evert señaló a la constelación del Dragón y el Cazador de Dragones. Dijo: “Los dioses siempre deben pelear contra el Dragón.”

De repente apareció una estrella fugaz y Hoegge dijo: “Por fin, ¡una de esas estrellas se ha movido de verdad!”

Evert respondió: “Sí, ¡la chispa de la espada de un dios! Fuertes almas humanas viajan a la tierra en esos senderos de luz y se convierten en seres bajo el corazón de sus madres. Otras almas viajan sobre el Puente del Arcoíris. Pero ahora volvamos a casa y esta noche os contaré una larga historia.”

Camino a casa, Hoegge cogió a Evert de la mano. En voz baja, para que el resto no pudiera escuchar, preguntó: “¿Vino mi alma de las estrellas? Abuelo una vez me dijo que tengo el alma de una rana y por eso salto como una rana por todos los sitios y me meto en todo.”

Evert respondió: “Abuelo solo se burlaba de ti. Tu alma también viene de las estrellas. Es por eso que tu mirada es tan fresca y brillante.” Hoegge no soltó la mano de Evert. Apenas dijo nada en lo que quedaba de noche. Por primera vez en su vida, estaba pensando en sí mismo y en su alma.

Todos se sentaron en círculo para escuchar la historia de Evert, quién estaba sentado en un taburete de madera junto al fuego. Bajo la tenue luz, Hoegge se arrastró hasta donde estaba Evert y apoyó su cabeza en sus rodillas justo cuando comenzó a contar la historia.

12. La historia de Odhr

Desde el comienzo de los tiempos, los dioses han vivido en el brillante y celestial mundo conocido como *Asgard*. Su Castillo, Valhalla, irradia luz dorada. *Odín*, el padre de todo, está ahí sentado en su trono. Sus dos cuervos, Hugin y Munin, vuelan hacia sus hombros y le dicen qué es lo que está pasando en el mundo humano. Después vuelven a volar a la tierra y regresan con más noticias. Pero *Odín* también suele visitar la tierra, de manera invisible merodea entre las personas.

Los dioses llaman al reino humano *Midgard*, el jardín del medio. Debajo, en las profundidades, se encuentra el reino de los espíritus oscuros, conocido como *Schwarzalfaheim* o *Hel*. Gigantes, monstruos y criaturas terroríficas viven ahí. Desean atraer a las personas hacia el lado oscuro y mancillar sus almas. Pero ahora os contaré la historia del dios *Odhr*, quién pudo conocer los tres mundos.

Odhr tenía una preciosa voz y era un cantante maravilloso. Cuando cantaba en Valhalla todos los dioses y diosas escuchaban en atento silencio porque cualquier cosa que cantara, en sonidos o palabras, era visible para los dioses. Si cantaba sobre el sol, la luna y las estrellas, entonces su luz brillaría en el alma de los dioses. Si cantaba sobre Valhalla, entonces las habitaciones y salas resonaban. *Odhr* cantaba sobre el arcoíris, *Bifrost*, que flotaba entre el cielo y la tierra en siete colores. Cantaba sobre los árboles en la tierra, sobre el fuerte roble, el tilo y el oscuro pino. Cantaba sobre los pájaros que trinaban en el aire y los brillantes peces en el agua. No había maravilla alguna en el mundo que no estuviera incluida en alguna de sus canciones. Cuando *Odhr* cantaba, las tormentas de la tierra cesaban y volvían a las montañas. Los mares se calmaban y las olas eran suaves.

Una vez *Odín* acababa de regresar a Valhalla de *Midgard*. Había ido a la tierra disfrazado como un viajero desconocido, cosa que solía hacer con frecuencia. Cuando entró a las salas de Valhalla, sus ojos estaban tristes y su semblante, oscuro. El primero en verlo fue *Odhr*,

quién se sorprendió por su conducta y preguntó: “Odín, ¿qué has visto en la tierra que te ha perturbado tanto?”

Odín respondió: “¡Oh, la raza humana no se está portando como es debido! Cada vez se acuerdan menos del mundo de la luz. Muchos de ellos son hipócritas, celosos y pendencieros. Cuando duermen por las noches, los espíritus oscuros llenan de odio y avaricia sus almas. Desean el oro y los tesoros terrenales. Apenas prestan atención al trabajo de los dioses que ilumina el sol y muchas personas son incapaces de ver su belleza.”

Mientras que Odín hablaba, Freya, la bella mujer de Odhr, se acercó a ellos y dijo: “Odhr, canta una canción nueva para que Odin se pueda olvidar de sus problemas.”

Odhr empezó a cantar una canción sobre el sol y el brillante rocío de las primeras horas de la mañana y el florecer de miles de capullos. Cantó sobre el primer rayo de luz en el océano al amanecer hasta el último destello de luz al atardecer sobre montañas y nubes. Su canción hizo que se acercaran el resto de los dioses a escuchar. Cuando estaba a punto de acabar la canción, la sala estaba llena de oyentes. La última nota resonó y Valhalla se vio inmersa en una profunda calma.

Odín caminó hacia Odhr. Su expresión era brillante y alegre. Le dijo al cantante: “Querido Odhr, tu canción me ha mostrado cómo puede ser salvada la raza humana de los seres malvados y odiosos de Hel. ¡No tardes! ¡Dirígete a Midgard por el Puente del Arcoíris! Canta tus canciones a las personas, se curarán y sus almas estarán sanas de nuevo.”

Cuando Freya escuchó las palabras de Odín, se quedó de piedra. No quería que su marido Odhr se fuera, ya que le preocupaba que no pudiera volver. Ella dijo: “Odín, por favor, ¡no lo envíes fuera de Valhalla! Es tan inocente y bueno. No conoce ni maldad ni engaño alguno, ya que fueron los malos espíritus de Schwarzalfeheim los que trajeron eso a los humanos. Los espíritus de la oscuridad pueden dañarle.”

Odín miró a Odhr, quién alzó su cabeza y respondió: “Freya, ¡lo que propone Odín está bien! Sí, iré a donde está la gente y les brindaré canciones. Les enseñaré a cantar para que así puedan darse cuenta a

través de las palabras y sonidos de que la preciosa tierra se trata de un reflejo del cielo y así la honrarán de nuevo.” Después de decir eso, Odín bendijo al valiente cantante.

Pero Freya estaba muy preocupada. Tenía la terrible premonición de que iba a perder a Odhr. Odhr se dirigió por el Puente del Arcoíris a la tierra y a las personas. Tomó forma humana. Se presentó a las personas vestido con una túnica blanca y les cantó sus canciones.

Y lo que ocurrió fue que allí donde se oía su voz, ¡las personas se reunían en enormes grupos! Escuchaban alegremente los sonidos y las palabras divinas. Los fríos corazones se entibiaban. Las marchitas almas volvían a rebosar vida de nuevo. Los ojos cerrados se volvían a abrir y miraban asombrados la belleza de la naturaleza. Odhr cantó canciones sobre el rayo y el trueno de una tormenta y el colorido brillo de un arcoíris. Cantó sobre todas las cosas que el sol hacía que fueran preciosas sobre la tierra.

El tono de la voz de Odhr penetraba en los corazones de las personas y sus ojos se llenaban de lágrimas. Las lágrimas limpiaban el veneno de sus almas. Al caer la noche, nadie dormía mientras Odhr cantaba las canciones de la noche. Eran sobre la luna y las estrellas y los eternos dioses que vivían en la luz incluso cuando la tierra estaba cubierta de oscuridad. Primero escuchaban de manera tímida, pero después con más energía, y al final, las personas tarareaban y cantaban junto a Odhr.

A Odhr le encantaba oír a las personas repitiendo sus palabras. Cuando eso ocurría, se iba a otro lugar. Una vez que las personas aprendían a cantar, el odio y la amargura pronto se olvidaban. Las personas cantaban sobre la creación y honraban a los dioses que habían creado el mundo.

Odhr cantó canciones sobre la siembra y la cosecha. Cantó canciones sobre pescadores, pastores, herreros e hilanderos; sus canciones se convirtieron en algo muy arraigado en el sentir de la gente. Cuando Odhr terminó su trabajo y volvió a Valhalla, dejó atrás gente que cantaba en la tierra. Esto le gustó mucho a Odín.

Pero los espíritus malignos de lo más profundo no estaban contentos. Aquellos que vivían en Schwarzalheim estaban enfadados

porque ya no eran capaces de entrar en el alma de los humanos mientras estos dormían y por eso pensaron en otras maneras de apartar a las personas del cielo. Odín ya lo sabía.

El tiempo pasó. La primera vez que los cuervos volvieron de la tierra y le informaron acerca de las cosas terribles que estaban ocurriendo ahí, Odín le dijo a Odhr: “¡Noble cantante! Tus canciones han hecho mucho bien en la tierra, pero tu trabajo todavía no ha acabado. Prepárate para un segundo viaje. Tus canciones tienen que llegar hasta el origen de todos los problemas. Tienes que ir a Schwarzalfaheim, hacia el reino oscuro. Tu cantar puede hacer que los espíritus malignos vuelvan a su hogar de luz, el cual han abandonado para vivir en las profundidades oscuras. ¡La magia de tus canciones les dará fuerza para volver al bien!”

Odhr se lo pensó mucho. Al final respondió: “¡Mi corazón dice que sí! ¡Quiero hacerlo!” Pero su mujer, Freya, no sabía a dónde iba cuando se despidieron.

A través de caminos escondidos y oscuros túneles, Odhr llegó a las puertas del reino de la oscuridad. Sus malignos residentes daban vueltas a su alrededor como murciélagos. Nadie se entrepuso en su camino ni intentó prohibirle la entrada. Respiró profundo y entró cantando. Caminó a través de pasillos sombríos y estrechos.

Cuanto más se alejaba, más le costaba respirar en ese ambiente sepulcral. Su cantar provocaba que de las grietas saliesen aullidos, chillidos y gritos. Hizo caso omiso y cantó tan fuerte como pudo, lo que sirvió para silenciar a muchos de los espíritus, que comenzaron a escucharle. Cantó sobre cosas que nunca antes habían escuchado. Muchos ceños fruncidos se suavizaron, algunos de ellos siguieron a Odhr moviéndose al ritmo de la música. La procesión llegó a una enorme sala de Schwarzalfaheim, en donde vivía el rey de la oscuridad.

Un mensajero volador ya había puesto sobre aviso al rey, quién preparó una copa del veneno más letal. Le dijo al mensajero: “Cuando el cantante entre a la Sala Oscura, pretende ser amigable. ¡Di palabras ingeniosas y dale esta bebida como bienvenida!”

El mensajero esperó a la entrada. A la luz del fuego, vio como se acercaba el cantante, rodeado de espíritus danzantes. El

mensajero dio un paso adelante con la copa en su mano e hizo una señal de bienvenida. Odhr paró. El portador de la copa dijo: “Divino hermano, te ofrezco esta bebida de bienvenida en nombre de nuestro rey. ¡Disfruta del refrigerio y cántanos una canción sobre Asgard y Valhalla!” A Odhr le encantó que alguien de Schwarzalfaheim fuera tan amigable. Cogió la copa y bebió.

En ese instante, cayó al suelo debido al veneno. Uno de los malignos rasgó de inmediato una arteria con su afilado diente. Un tercero trajo una jarra, en donde recogió la sangre de Odhr, mientras la vida iba abandonando su cuerpo.

Odhr nunca volvió a Valhalla. Su alma divina se hundió en las profundidades del mundo. Los malignos de Schwarzalfaheim estaban exultantes de alegría. El rey los bendijo y dijo: “Enterrad la jarra en la grieta más profunda para que los dioses no puedan apoderarse de la sangre de Odhr.”

Pasó mucho tiempo y al ver que Odhr no volvía a Valhalla, Freya lloró lágrimas doradas. Odin estaba muy preocupado. Ordenó a uno de los cuervos acercarse durante la noche a la entrada de Schwarzalfaheim para que escuchara lo que decían. El cuervo volvió pronto con noticias: “He estado escuchando a dos espíritus de la oscuridad hablar entre ellos. Esto es lo que decían: ‘Desde que Odhr bebió de la copa y enterramos la jarra con su sangre, siempre tenemos que vigilar la entrada para que nadie entre desapercibido. ¡Ya es hora de que alguien nos releve del servicio de guardia!’ ”

Cuando Odín escuchó esto, sabía con seguridad que Odhr había muerto. Entró en un profundo luto. Ya no se escucharían más canciones en Valhalla. Nada podía consolar a Freya. En su dolor, Odín pensó: “¡Tenemos que recuperar la sangre del cantante y devolverla a Valhalla!”

Odín poseía la habilidad de transformarse en otras formas. Empezó su viaje y cuando llegó a la entrada de Schwarzalfaheim se convirtió en una serpiente que serpenteó a través de pasillos y cuevas hasta que encontró la jarra escondida. Odín extendió una luminiscencia mágica sobre sí mismo para que nadie pudiera verle salir con la jarra. Una vez fuera, desplegó sus alas y devolvió el recipiente con el preciado contenido a Asgard.

En el Puente del Arcoíris se encontraba un guardia llamado Heimdall. Su tarea era la de hacer beber de la Copa del Olvido a cada alma humana que iba camino a una vida terrestre. De esa manera se podrían olvidar de todo lo ocurrido y empezar una nueva vida como niños.

Odin buscó a Heimdall y habló con él: “Te ofrezco una copa con la sangre del cantante, Odhr. De vez en cuando tienes que poner una gota de su sangre en alguna alma humana para que esa persona se convierta en cantante, cuentacuentos o poeta.”

Heimdall lo hizo. Desde entonces hay personas que vuelven a nacer en Midgard a las cuales les encanta cantar y componer. Es así como el arte de Odhr empezó a florecer en miles y miles de personas. Los espíritus de Schwarzalfaheim todavía tienen problemas a la hora de acercarse a un alma que canta.



Así finalizó la historia de Evert en la nueva casa de German. Lo único que se podía escuchar era el chisporroteo del fuego. Hoegge estaba durmiendo a los pies de Evert.

La dulce voz de Helga rompió el silencio: “Evert, por favor, ¡cántanos una nana! Así podremos dormir con algo de música de Odhr.” El Druida empezó a cantar una dulce canción. Cantó sobre las lágrimas de Freya que se convirtieron en preciosas joyas en la tierra y otras lágrimas que se convirtieron en pequeñas estrellas en el cielo nocturno. Fue una larga canción de cuna.

Cuando terminó, Evert cogió Hoegge en sus brazos y lo llevó hasta un montón de paja, en donde dormiría. Tapó las brasas con cenizas para que no se consumieran durante la noche. Después buscó un sitio para dormir. Cuando le estaba entrando el sueño, escuchó a alguien cantar muy suavemente. Era Helga. Evert pensó: *Es buena. Está cantando mientras duerme. Posee una gota de la sangre de Odhr.*

Durante la noche alguien gritó. Era Hoegge. Estaba luchando: “¡Tu, asqueroso demonio! Tan solo espera, ¡iré a por ti!” Golpeó la paja con el puño y después toda la casa volvió a estar en silencio de nuevo.

13. La procesión

El Druida fue el primero en despertarse a la luz del amanecer del nuevo día y en salir fuera. Uralda se ocupaba del fuego de la chimenea. Sopló las cenizas susurrando sus versos del fuego y pronto las llamas estaban vivas de nuevo. El crujido de la paja se escuchó por todas partes. Holding dijo al despertarse: “Holger, Helga, Hoegge, hoy volveremos pronto a casa. Nos marcharemos después de que hayáis bebido algo de leche.”

Holger respondió: “Padre, déjanos quedarnos aquí. Evert quiere hacer una procesión esta mañana con las cenizas del sacrificio de ayer. Las extenderá por los campos para bendecirlos para el invierno. Quiero participar y ayudarle.”

La mujer de Holger, Hulda, estaba de acuerdo con su hijo: “Druida Evert me dijo que les enseñaría a los niños esta tarde acerca de setas y hierbas que se pueden encontrar en el bosque. Eso le llevará con seguridad hasta el atardecer. Evert se quedará otra noche más. Holding, deja que los niños se queden hasta mañana. ¡Seguro que aprenden cosas buenas y útiles!” Helga abrazó a su madre contenta.

Holding aceptó bajo una condición: “Entonces Madre cabalgará de vuelta a casa en el caballo de Holger y vosotros tres volveréis mañana casa a pie.” Después del amanecer, Holding y Hulda cabalgaron de vuelta a casa.

Hoegge dijo: “Cuando Padre no está aquí, la vida es mucho más divertida.” Y dio una voltereta.

En el lugar del sacrificio delante de la casa, Geron y Holger utilizaron una pequeña pala de madera para poner las cenizas frías en una cesta. Evert y el resto se reunieron ahí. Evert dijo: “Cuando marchemos hacia los campos, Geron y Holger irán por delante con la cesta. Ina llevará un puñado de granos como frutas del campo. Uralda llevará el balderbrau seco para lanzarlo a intervalos en el campo. German y Gerwin se encargarán de la vaca. Gerda llevará manzanas como frutos de los árboles y Helga lana de oveja. Hoegge llevará el jarro de agua para mí. Ahora, id a preparar todo y podremos empezar.”

No tardaron en tener todo listo para la procesión y Evert hizo la señal para que todo comenzara. Caminó hacia los campos que ya habían sido cosechados. Tan solo la siembra de invierno mostraba sus brotes verdes. El Druida esparció las cenizas en el campo con una pala, dando gracias a los espíritus de las raíces de la tierra. Mientras esparcía cenizas una segunda vez, dio las gracias a los espíritus acuáticos de la lluvia y del rocío. Salpicó agua de la jarra de Hoegge utilizando la rama de un pino. La tercera vez, echó las cenizas al aire, dando gracias a los espíritus del aire que sirven para que las hojas crezcan. La cuarta vez echó las cenizas tan alto como pudo. Dio las gracias a los espíritus de la luz y del calor, los que permiten que el grano y la fruta maduren.

Y así fueron, de campo en campo, hasta que la cesta se quedó vacía. Nadie dijo nada mientras todo esto ocurría. Incluso Hoegge se portó bien. Por supuesto, Evert lo llevaba de la mano. La procesión terminó cuando la vaca se tumbó en el campo, y todos la rodearon mientras cantaban una simple canción de bendición a la tierra que tan solo tenía un verso que se repetía una y otra vez:

*Madre tierra, gracias,
Padre Celestial, alabado seas.
¡Gracias por la fruta, la leche y el ganado!
Plantas, animales, granos y comida.
Danos fuerza para nuestro viaje terrenal.*

Todos cantaron este verso mientras caminaban en círculo alrededor de la vaca, seis veces a la derecha por el medio año en el que sale el sol y seis veces a la izquierda por el medio año en el que el sol desaparece. A Hoegge le pareció aburrido. Empezó a saltar y a brincar y a veces daba una de sus dulces volteretas, cosa que a nadie le importó.

Se les permitió a los niños recoger las últimas flores de otoño, las cuales pusieron alrededor de los cuernos de la vaca, sujetas en la cuerda de la cabezada. Hoegge puso sus flores en la cola. Después llevaron la vaca elegantemente decorada de vuelta al prado, junto al resto del ganado; y la fruta y los granos que habían sido bendecidos

a casa. Evert dijo: “Atadlos al poste de una puerta. Servirá de comida para los pájaros durante el invierno.”

14. En el bosque y la pradera

Los niños tenían que hacer ciertas tareas en casa, recoger leña o limpiar la casa. Cuando acabaron, Evert le dijo a Ina: “Coge tres cestas que podamos llevar al bosque: una para las setas, otra para los hayucos y una tercera para las bellotas.”

German dijo: “No puedo prescindir de Geron. Holding nos ha prestado su hacha para que la utilicemos hoy, por lo tanto debemos aprovecharla. Todavía nos queda mucha madera que cortar para el invierno de los árboles caídos.”

Por lo tanto Evert marchó junto a los chicos y las chicas hacia el bosque. Helga y Gerda portaban las dos cestas más pequeñas y Gerwin y Holger la más grande para las setas. Hoegge quiso sentarse en la cesta grande y, por lo tanto, saltó dentro. Gerwin y Holger empezaron a balancearla hasta escuchar a Hoegge gritar tanto de miedo como de alegría, lo que hizo que Waldo se acercara contento. Los chicos balanceaban la cesta cada vez más rápido y alto. Cuando se acercaron a Evert, este dijo, riéndose: “¡Seguid alzándola así! ¡Hoegge tiene que hacer mucho ejercicio!”

Al final, se cansaron y pusieron la cesta en el suelo. Hoegge salió a cuatro patas con la cesta sobre su cabeza. Todavía quería jugar y gruñó como un jabalí. Waldo fue tras él, saltó sobre su espalda, pero se cayó y ladró salvajemente, lo que hizo que Hoegge se alborotara aun más. No se dio cuenta de que estaba corriendo hacia una enorme roca. Helga gritó: ¡Cuidado, Hoegge!

Pero Hoegge no pudo escucharla debido a los ladridos. Hoegge corría como un novillo salvaje y se pegó con la roca en la cabeza. Se quedó tumbado por un momento, aturdido. Después se quitó la cesta de la cabeza. Se cubrió su sangrante nariz con ambas manos, pero no lloró. Los testigos no sabían si reír o ayudar. Hoegge se limpió sus manos sangrientas en la hierba.

Evart encontró una planta medicinal cerca de la piedra y la metió en la nariz de Hoegge para que dejara de sangrar. Evart le dijo a Hoegge: “Tumbate un rato, la aquilea hará que dejes de sangrar. Respira por la boca.”

Evart se sentó en la roca grande y le indicó al resto que se sentaran sobre la hierba delante de él. Utilizó su cuchillo para remover una planta de la tierra con sus raíces. Cogió la planta y explicó: “Para que la planta pueda crecer, necesita cuatro cosas: tierra, agua, aire y luz caliente. Los nomos de la raíz viven bajo tierra, ellos dan a las raíces sus pequeñas barbas. Las raíces de las zanahorias son los nomos más gorditos. Los espíritus del agua bailan sobre ríos y arroyos, ellos forman las hojas con el agua de las plantas. Los espíritus del aire tejen delicadas formas y hacen que las hojas que están más arriba se conviertan en flores. Sigilosamente, los elfos de la luz crean cada capullo con su magia y aportan a las flores energía que recogen del sol, la luna y las estrellas y por eso se parecen a estos elementos. Cuando los capullos florecen reciben la energía que los espíritus del fuego recogen del sol, ellos se encargan de poner perfume y miel en las flores. Vuelan junto a las abejas y mariposas por todas partes y hacen que la fruta madure. Forman a las nuevas semillas y les dan tanta fuerza y energía, que la semilla no muere durante el invierno.”

Gerda preguntó: “¿Por qué no podemos ver a los gnomos y a los elfos? ¿Los podremos ver alguna vez?”

El Druida sonrió y dijo: “Los ojos humanos son torpes. Pero si uno va mucho al campo y se concentra de verdad en una flor, a veces se pueden ver. Los gnomos son los más fáciles de ver. Holger ya los ha visto.”

Helga añadió: “Sí y no hace mucho vio algunos elfos a la luz de la tarde. Eso me dijo.”

De repente, Hoegge habló: “Padre Evart, ¿tú los puedes ver?”

Evart respondió: “Sí, yo los veo. En la Escuela de Druidas te enseñan a ver los seres invisibles con nuestros ojos internos. Justo antes, cuando corríste hacia esta roca, aparecieron dos pequeños nomos y se rieron. Los gnomos piensan que casi todo lo que hacen las personas es divertido o estúpido. Sonríen de oreja a oreja. Pero

cuando estabas tumbado en la tierra y te sangraba la nariz, uno de los gnomos señaló la pequeña planta medicinal que he puesto en tu nariz. Pero venga, ahora tenemos que recolectar algunas setas, hayucos y bellotas para tener algo bueno que llevar a casa.”

Hoegge preguntó: “¿Están los dos gnomos todavía ahí?”

Evert señaló a un roble cercano y dijo: “Ahí en donde las raíces se juntan con la tierra, están sentados y observándonos curiosos. A los gnomos les encantan los niños humanos, sobre todo los más jóvenes.”

Hoegge asintió satisfecho. Se levantó y dijo: “Mi nariz ha dejado de sangrar, pero de momento no me quitaré las hierbas del gnomo.”

Colocaron las cestas en un claro del bosque y empezaron a buscar setas. Evert describió las tres variedades: comestibles, no comestibles y venenosas. Gerwin fue junto a Holger, quién conocía casi todos los tipos de setas, ya que muchas veces había acompañado a Evert cuando salía a por setas. Las chicas y Hoegge se fueron con Evert y la cesta estaba cada vez más llena.

De repente, Hoegge se acercó al claro saltando de alegría. Llevaba una seta roja con puntos blancos en cada mano. Gritó: “¡Tengo la seta más hermosa y seguro que es la mejor para comer del mundo! Me gustaría darle un bocado ahora mismo y comerla cruda.”

Evert cogió a Hoegge de la muñeca y le dijo: “¡Alto! Son extremadamente venenosas. Provocan una muerte rápida y muy dolorosa. ¡Estas son las setas más venenosas de todas! Tíralas. Vete al riachuelo y límpiate bien las manos. Puedes tener veneno en la piel.” Hoegge las arrojó lo más lejos posible, corrió hacia el riachuelo cercano y se limpió las manos con barro, arena y agua hasta tenerlas tan rojas como la setas.

Cuando la enorme cesta estaba llena de setas buenas, Evert dijo: “Uralda preparará una deliciosa sopa de setas esta noche. Dejaremos que el resto se sequen junto al fuego. Serán una buena provisión para el invierno.”

Ahora estaban listos para recolectar hayucos y bellotas. Evert les dijo: Los hayucos gordos son buenos, pero a veces hay alguno que otro más pequeño y deforme que está vacío o tiene agujero de gusano y que está carcomido.” El suelo bajo las hayas estaba cubierto

de hayucos y con doce manos trabajando, la cesta no tardó en estar rebosante.

Hoegge, de vez en cuando, mordía alguna que otra nuez, pero a nadie pareció importarle. Una vez se acercó a Evert y declaró: “No puedo masticar o tragar bien, ya que tengo la nariz tapada. ¿Me puedo quitar ya la hierba del gnomo?” Evert removió cuidadosamente el tapón de la nariz de Hoegge y vio que su nariz ya estaba curada. Hoegge pensó en agradecer a Evert su ayuda más tarde.

No muy lejos, una de las chicas gritó de repente. Era Helga, quién se acercaba hacia Evert corriendo con sus largos cabellos ondulando al viento y gritando: “¡Un oso! ¡Un horrible oso!” Se agarró a Evert temblando descontroladamente. Todos corrieron hacia Evert. Hoegge se arrastró entre sus piernas para esconderse.

Evert se quedó quieto, mirando hacia la dirección de donde había venido Helga corriendo. Ordenó: “¡Quedaos quietos! ¡Qué nadie se mueva! ¡No os pasará nada!”

Se escuchó un sonido parecido al de las ramas rompiéndose y un poderoso oso pardo apareció entre los cercanos arbustos. Alzó su cabeza, se quedó quieto, olió el aire y miró fijamente hacia los recolectores de setas. Evert susurró: “Caminad lentamente hacia atrás, hacia detrás de esa enorme haya.”

Gerwin sujetó a Waldo con fuerza, quién no paraba de temblar, pero sin hacer sonido alguno. Helga se dio cuenta de que Evert estaba algo pálido y que tenía una mirada vidriosa. El Druida soltó la mano de Helga de sus brazos y dijo: “Holger, ¡llévalos de vuelta a casa!” Los niños se escondieron junto a Waldo detrás del haya. Después Evert, poco a poco, se fue acercando, paso a paso, hacia el oso. La cabeza de éste se movía inquieta de un lado hacia el otro sin cesar, mientras que no paraba de oler el aire una y otra vez; después se oyó un profundo gruñido. Los niños escuchaban.

Evert empezó a hablarle al oso. Holger se asomaba nervioso para ver a Evert y al oso marrón. Al principio, las palabras del Druida fueron amables y dichas en tono amistoso. Cuanto más se acercaba al oso, más imponente era su tono. Hizo un gesto en el aire y dijo gritando una fuerte palabra que Holger no pudo entender. El oso



empezó a balancearse hacia atrás y adelante, como si no supiese qué hacer. Evert seguía hablando y acercándose. Lentamente el oso comenzó a alejarse. De repente, se giró y se movió con pesadez hacia los arbustos.

Durante algún de tiempo el Druida se quedó quieto y luego caminó lentamente hacia los niños. Estaba bastante pálido. Tenía sudor en la frente debido al enorme esfuerzo. Dijo súbitamente: “¡Coged las cestas, volvemos a casa!”

Nadie dijo nada. Todos se apresuraron. De vez en cuando, Evert miraba tras ellos, pero el oso ya no estaba a la vista. Cuando se acercaron al límite del bosque, Hoegge dijo: “Ahora ya sé qué hacer cuando vea a un oso. ¡Acercarme a él y gritarle!”

Esa misma tarde, mientras todos estaban sentados junto al fuego dando sorbos a la sopa de setas, Hoegge preguntó: “Evert, ¿dónde estaría ahora si la seta venenosa me hubiera matado?”

Evert señaló a las cenizas y respondió: “De la misma manera que las llamas vivaces y el oscuro humo salen de la leña, nuestras almas resplandecientes abandonan nuestro cuerpo cuando morimos. Aun así, siempre se llevan algo del alma oscura como el humo. Viajan hacia la tierra de los muertos, en donde se despojan del alma oscura, para así poder dirigirse hacia la tierra de las estrellas, en donde las almas inician un largo viaje.”

Hoegge preguntó: “¿Todavía tenemos pies para caminar?”

Evert respondió: “Las almas que han muerto se parecen a los pájaros y pueden volar.”

Hoegge dijo: “Qué bien, siempre he querido volar.” Bebió un poco más de la deliciosa sopa de setas. De repente se le ocurrió otra pregunta: “Y después de eso, ¿volvemos a la tierra?”

Evert se rió y dijo: “Sí, tú también has bajado por el Puente del Arcoíris y has bebido de la Copa del Olvido.” El fuego chisporroteaba y añadió: “En este preciso momento, un pequeño gnomo del fuego está contento al contemplar como Hoegge recibe la respuesta a su pregunta.”

A German le preocupaba saber que un oso pardo merodeaba por el bosque, haciéndolo inseguro para su familia. Hacía mucho

que no había osos en los alrededores. Normalmente, te tenías que alejar bastante si querías cazar osos, por eso German le dijo a Geron: “Mañana nosotros dos intentaremos atrapar a ese oso. Deberíamos revisar los arcos y las flechas, y afilar los cuchillos antes de acostarnos.” Algunas de las flechas eran de madera dura y tenían que ser afiladas.

Cuatro flechas tenían valiosas puntas de hierro que se tenían que frotar con grasa de vez en cuando. Los arcos también se tenían que engrasar y probar para asegurarse de que todavía podían sostener una fuerte presión. También prepararon dos lanzas con puntas de hierro y dos dagas. German le preguntó a su hijo mayor: “¿Le pedimos a Wugo que nos acompañe en la caza? Tiene mucha experiencia con osos.”

Geron respondió: “No, Padre, preferiría que no. Ya sabes cuánto he estado practicando el tiro con arco este verano y lo más seguro es que Wugo quiera la mitad de la presa, a pesar de que somos tres.” A German no le importó y por lo tanto, aceptó que irían tan solo ellos dos.

15. El Druida cuenta la historia de Baldur

Mientras que German y Geron estaban ocupados preparando las armas de caza, los otros estaban sentados alrededor de la chimenea. Gerwin y Holger estaban cortando las setas en tiras finas. Hoegge vigilaba el fuego para que pudiera dar una buena luz. Ina, Uralda y las chicas estaban encordando las tiras de setas para ponerlas a secar. Evart miraba silencioso hacia la nada. Gerwin le preguntó: “Evart, ¿nos contarías otra historia sobre los dioses? ¿Hay alguna sobre armas?”

El Druida respondió: “Sí, puedo contaros una historia sobre flechas y lanzas.”



Hubo un tiempo en el cual los dioses de Valhalla podían disfrutar de la brillante e irradiadora luz del dios Baldur. Su toga estaba tejida con rayos de sol. Cuando los espíritus malignos y los demonios de Schwarzalfeim despertaban malos y oscuros pensamientos en los seres humanos, Baldur les otorgaba luz y buenos sueños a sus noches. De esa manera, podían empezar los días esperanzados. Podían ver el reino de los gnomos y elfos bajo tierra y en los árboles y en las flores. Esto hacía que las almas de las personas fueran agradecidas y piadosas.

Pero los tiempos estaban cambiando. Frigga, la madre de Baldur, tenía sueños oscuros que le decían que el Reino de la Oscuridad dañaría a Baldur. Los dioses empezaron a preocuparse por él y Frigga deambulaba por todos los mundos para asegurarse que ningún ser quisiera dañar a su hijo. Incluso los gigantes le dijeron: “¡El sol calienta, el sol es bueno! ¡No queremos dañar a Baldur!” Los árboles, plantas y animales también le prometieron que no harían nada que pudiera dañar a Baldur.

Aun así, Odin cabalgó en su celestial corcel, Sleipnir, hasta Niflheim para poder hablar con el vidente Wala. Quería saber si algo podría estar amenazando a Baldur. Ella despertó de su sueño y dijo: “Baldur morirá. Su espíritu abandonará Valhalla y marchará hacia el ancho mundo.”

Odin volvió a Valhalla. Los dioses estaban ocupados jugando en el prado celestial. Baldur estaba en medio, contento. Le estaban lanzando lanzas y flechas, pero nada podía golpearle ni hacerle daño.

El problemático dios Loki, quién solía visitar los Oscuros Mundos, se acercó sin hacer ruido. Lo que vio le enfadó mucho, ya que no podía soportar estar en presencia de la luz pura de Baldur. Tomó la forma de una mujer, caminó hacia Frigga y le preguntó: “¿Te has asegurado que ningún ser vivo hará daño a Baldur?”

Frigga respondió: “Sí, lo he hecho, excepto por una diminuta planta al este de Valhalla de bayas blancas, en lo alto de un árbol. Parecía tan joven e inofensiva que no me importó.”

Eso es justo lo que Loki quería saber. Salió volando inmediatamente y no tardó en encontrar el muérdago en el pico de un árbol.

Construyó una flecha utilizando tallos de madera y volvió al prado de Baldur. El viejo y ciego dios Hoedur estaba ahí. Loki le dijo: “Aquí, te he traído un arco y una flecha para que tú también puedas lanzarlo lo más fuerte que puedas. Tú tensas el arco y yo dispararé hacia Baldur.” Hoedur tiró hacia atrás la cuerda del arco y dejó que la flecha que Loki dirigió hacia Baldur volara.

Se escuchó un grito de dolor y Baldur se hundió en la tierra. Su espíritu abandonó su cuerpo para nunca más sentarse en la mesa de los dioses.

En la tierra, los sueños de las personas se volvieron más y más oscuros. Cada vez menos personas contemplaban las flores y las estrellas. El tejido de los elfos y el trabajo de los gnomos se volvieron invisibles para las personas. Sus ojos se nublaron. Incluso en el mundo de los dioses oscureció.



Evert el Druida calló. De repente, Hoegge habló: “¿No se puede traer a Baldur de vuelta? ¿Acaso no pueden los dioses liberarlo de Helheim?”

La pregunta sorprendió a Evert. Pensó antes de responder: “Esperamos que algún día vuelva. Puede que se encuentre ahora en su viaje hacia las estrellas.”

Holger preguntó: “¿Volverá al sol?”

Evert respondió: “La profecía dice que volverá a la tierra a vivir aquí. Pero todavía no sabemos en qué forma. Ahora toca descansar un rato, que hoy ha sido un día largo. Mañana les espera un día difícil a nuestros cazadores de osos.”

16. La caza del oso

Muy pronto por la mañana padre e hijo se dirigieron hacia el bosque para ir de caza. Antes de salir, Geron cogió el hacha que colgaba al lado de la puerta y se la puso en su cinturón. Cuando llegaron al bosque, German cogió un puñado de hojas secas y las arrojó al aire. Después observó la dirección en las que las llevaba el viento. Dijo: “Es bueno. Tenemos el viento en contra, podemos estar tranquilos. Pienso que el oso habrá pasado la noche en la parte más profunda del bosque. A partir de ahora, caminaremos a una distancia de unos cincuenta pasos para tener un campo de visión más amplio. Un solo canto de cuco será nuestra señal. Si la señal se repite, significa que hemos encontrado algo. En ese caso, nos juntaremos rápidamente. ¡Qué Tyr nos dé fuerza!”

Se alejaron los cincuenta pasos. Geron caminó sin hacer ruido por la tierra musgosa del bosque, tenía todos sus músculos y nervios listos para entrar en acción. Portaba en su mano izquierda un arco con flechas, listo para ser disparado; y en su mano derecha, la lanza. De vez en cuando se paraba y escuchaba atentamente.

Los dos cazadores se adentraron más y más en el bosque. De repente, Geron escuchó la doble señal. Se apresuró hacia donde estaba su padre, intentando hacer el menor ruido posible. German estaba junto a un arbusto, pero no alzaba arma alguna. Señaló hacia la musgosa tierra y susurró: “Aquí es donde el oso pasó la noche. El musgo, las hojas y las plantas están aplastados.”

Descubrieron un mechón de pelo enganchado al tronco de un árbol cercano. German dijo: “Aquí es donde se frotó la espalda.” Continuaron buscando y pudieron encontrar la dirección en la que el oso debía haber ido. Los helechos rotos mostraban el camino. German dijo: “No nos separemos ahora. El lugar en donde durmió todavía está algo caliente. No creo que se haya alejado mucho.” Geron puso la palma de su mano en donde durmió el oso y todavía pudo sentir algo de su calor.

Los dos cazadores continuaron caminando muy lentamente y con cuidado, sin perderse de vista. La sangre de Geron bombeaba tan fuerte en sus venas que era capaz de sentirla en su cuello.

De repente, a menos de 15 metros, dos pájaros salieron disparados chillando. Geron se quedó quieto. ¡Un crujido! Las hojas y las ramas se movieron. Debía de ser el oso. Geron silbó como un cuco dos veces como señal, justo entonces el animal salió entre los arbustos, y levantó la cabeza. Geron se protegió detrás del tronco de un árbol.

German se acercaba a él por un lado, pero un pequeño árbol le impedía ver el oso. Geron señaló en dirección a su descubrimiento. German fue silenciosamente de árbol en árbol, acercándose cada vez más. Cuando estuvo a punto de alcanzar a Geron, el oso debió de haber visto algún movimiento. La enorme bestia gruñó. Rasgó un árbol con sus zarpas, como intentando afilarlas.

Cuando German por fin alcanzó a Geron, susurró: “¡Nos acercaremos un poco más y lanzaremos las primeras flechas!” Se volvieron a separar y cada pocos pasos se escondían detrás de un árbol. Geron estaba nervioso, lanzó la primera flecha demasiado alto y voló por encima del oso. Se escuchó la flecha de German, la cual alcanzó la pata trasera del animal.

El oso rugió enfadado, mordió la flecha y fue capaz de quitársela. Ahora peleaba con locura y miraba alrededor intentando atisbar a su atacante. Trotaba hacia adelante y atrás, alzando su hocico al aire. La segunda flecha de Geron alcanzó el hombro del oso, pero el hueso evitó que se clavara muy profundamente y Geron volvió a lanzar otra. Cuando German caminó hacia un claro para poder lanzar mejor, el oso lo vio. Corrió hacia su atacante. La flecha de Geron alcanzó la garganta del oso y Geron lanzó su cuarta flecha. German pronto cogió la lanza que estaba tirada en el suelo. No podía permitirse perder al oso esta vez, ya que no volvería a tener otra oportunidad.

El oso saltó hacia German y la lanza tan solo rebotó en la piel de éste. Geron se apresuró para ayudar a su padre. German había sacado su cuchillo, pero el filo de un cuchillo no sería suficiente para detener a un oso enfadado. Una certera estocada hizo que el oso cayera al

suelo y en ese momento Geron lanzó su lanza hacia la espalda del oso. Arrancó el hacha de su cintura y fue capaz de darle un golpe mortal en la cabeza.

Ahora Geron prestó toda su atención a su padre, quién tenía una herida profunda en su hombro y no paraba de sangrar. Geron rasgó un trozo de la chaqueta y lo presionó contra la herida. Después soltó el cinturón de su padre y rodeó con fuerza el hombro y la parte superior del brazo. Apenas consiente, el hombre herido se quejó.

Geron pudo ver que el oso ya no se movía. Se arrodilló: “Padre, voy en busca de ayuda. En seguida vuelvo. ¡Puede que Evart esté por los alrededores!” Su padre asintió. Había entendido.

Geron corrió por el bosque como nunca antes había corrido. Una vez fuera, bebió algo de agua del riachuelo y se limpió su brazo sangriento, ya que él también había sido arañado por el oso. Gerda estaba cuidando las ovejas en el prado. Se sorprendió al ver a Geron dando trompicones hacia ella. Geron gritó: “¿Está Evart todavía aquí? ¡Padre está malamente herido!”

Gerda respondió: “Va de regreso a casa junto a los hijos de los Holding. Va a pie. Y los hijos en su caballo. No creo que esté muy lejos.”

Geron corrió a casa. Ina, Uralda y Gerwin estaban en un campo cercano recolectando zanahorias. Corrió hacia ellos y gritó: “El oso está muerto, pero Padre está herido en el bosque. Tened listas las hierbas y el agua. Iré con el caballo a donde está Evart.” Corrió hacia el establo, montó a su caballo y se alejó galopando.

Geron pronto alcanzó a Evart y los niños. Él y Holger iban a pie, mientras que Helga y Hoegge iban a caballo. “Evart, ¿puedes venir conmigo a dónde está Padre en el bosque? El oso lo ha herido. Su hombro no para de sangrar. Por favor, ¡salva su vida!”

Evart pensó un momento y dijo: “Niños, bajad del caballo y volved caminando a casa. Cabalgaré junto a Geron hasta dónde está su padre.” El Druida se subió a su caballo y ambos cabalgaron hacia German. De camino, pararon en casa. Uralda le dio a Evart unos trozos de tela limpios, algunas hierbas y una jarra de agua con tapa. Geron sabía que su padre necesitaba ayuda urgente o sangraría hasta morirse.

Cuando llegaron a donde German, éste estaba tumbado en el suelo, todavía consciente. Evert sabía por la debilidad del hombre herido que ya poca vida quedaba en él. Se agachó y presionó la herida con ambas manos sin soltar el vendaje de Geron. Empezó a susurrar palabras extrañas. Geron sabía que se trataba de magia para la sangre. Después, Evert hizo que German bebiera de la jarra hasta que estuviera vacía. Geron podía escuchar como Evert hablaba de manera cantarina, y observó cómo su padre se quedó dormido. Al final, Evert se giró hacia Geron: “Ahora tienes que hacerte cargo del oso. Diles a tus amigos que te ayuden. Yo me quedaré aquí junto a tu padre. Todavía no podemos moverlo.”

Geron preguntó: “¿Sobrevivirá Padre?”

El Druida asintió: “Sí, espero que así sea. Llévate la jarra de vuelta y trae más agua. German tiene que beber mucha agua. Pon algo de miel en ella.”

Entonces, Geron cabalgó de vuelta y pudo darles a todos algo de esperanza diciéndoles que Evert era optimista. Sin perder el tiempo, prepararon las cestas y los cuchillos. Ina preparó agua con miel para German y trajeron las ovejas de vuelta al establo. Con los dos caballos, todos excepto Uralda, volvieron al bosque para partir el oso y llevar su carne a casa. Era imposible llevar el animal completo.

De nuevo en el bosque, Evert les advirtió a todos que tenían que estar callados. Le dijo a Ina: “German está durmiendo. Es de vital importancia que duerma ahora.” Ina contuvo las lágrimas. La presencia de Evert le daba esperanza y valor.

¡Todos se sorprendieron al ver al poderoso oso! Pero claro, su felicidad quedaba empañada ante la condición de German. Ina, Geron y Gerwin empezaron a despellejar al oso. Evert sugirió: “Gerwin y Gerda, cortad cuatro árboles finos, rectos y pequeños. Desramadlos. Construiremos una camilla para poder llevar a casa a vuestro padre.”

Ambos se pusieron manos a la obra sin perder el tiempo. Evert buscó hierbas frescas y cortó las sábanas en amplias tiras. Todo estaba listo para seguir tratando la herida cuando German se despertó. Evert ayudó a Geron a despellejar el oso.

German se despertó. Tenía sed de nuevo y bebió de un trago la mitad de la jarra de agua con miel. Evert le preguntó si podía mover su dedo. Sí, eso era bueno. ¿Podía alzar su antebrazo? Eso también era bueno. Pero cuando intentó alzar su brazo entero, apretó los dientes dolorido. Era imposible.

Evert removió con cuidado la tela que Geron había puesto sobre la herida para verla mejor. Ina ayudó a Evert a poner las hierbas y a vendar la herida de nuevo con las tiras de tela. Dejó que Geron terminase por su cuenta el despiece. Geron solía ayudar a su padre partiendo enormes animales, una vez incluso hasta un buey, pero un oso representaba mucha más carne que eso. Tenían que partir toda la carne y dejarla lista para llevarla a casa antes de que anocheciera, si no, los animales salvajes se lo llevarían.

Evert construyó un cabestrillo para el brazo de German utilizando su cinturón de cuero. German preguntó con voz apagada: “¿Podré volver a utilizar mi brazo de nuevo?”

El Druida respondió: “No tienes nada roto y los dedos están estupendos, aun así, los músculos están bastante rasgados. Si no tienes fiebre debido a la herida, entonces todo volverá a estar como antes. Pero pasarán muchas lunas llenas antes de que vuelvas a tener fuerza en el brazo. Tienes que aprender a tener mucha paciencia, German. No hay mal que por bien no venga.”

Evert habló con Ina: “La tercera noche será la peor. La fiebre hará que esté prácticamente ardiendo. Me quedaré con vosotros hasta que todo haya acabado.” Ina tomó la mano de Evert agradecida y susurró algunas palabras de gratitud.

Después Evert hizo algo raro. Puso la piel del oso en la tierra, con la parte del pelaje hacia abajo y dijo: “German, te vamos a poner sobre esta piel que está fresca y húmeda y te envolveremos en ella. Reforzaré tu fuerza vital.”

German pudo ponerse de pie con ayuda de Evert y se tumbó sobre la piel que tenía bastante sangre en algunas partes. El Druida dijo: “La sangre del oso también es medicina.”

Gerwin y Gerda volvieron con la madera para la camilla. Gerda preguntó: “¿Qué has hecho con Padre?”

Ina señaló a la piel del oso de la cual se podía ver sobresaliendo un poco de la barba de German. Explicó: “La piel del oso le mantendrá caliente y le dará fuerza.”

Evert le dijo a Gerwin: “Súbete en el caballo. Coge la jarra y ordeña una vaca para tu padre. Dile a Uralda que tenemos esperanza por tu padre, pero vuelve enseguida con la leche.”

Gerwin miró a Geron. Éste le dijo: “¡Coge el caballo de Padre! Trae algunas brasas en una vasija de arcilla y también algunos trozos de cuero.”

Geron había separado la carne del oso en varios montones. Había sido útil tener el hacha a mano, ya que pudo cortar los huesos con ella. Ina le ayudó en todo. Ella apiló toda la grasa e hizo otra pila con ella.

Evert y Gerda construyeron dos camillas, una para German y otra para la carne. Evert le dijo a Geron: “¡Pásame el hueso de una de las patas delanteras del oso!” El Druida partió el hueso con el hacha. Después extrajo con cuidado el tuétano con un cuchillo. Se lo llevó a German, quién había estado observando a Ina y a Geron trabajar, dándoles consejos de vez en cuando.

Evert dijo: “Aquí, German, come este tuétano, tanto como puedas. ¡Te ayudará a regenerar la sangre!” Lo puso junto a German, en donde lo podía coger con su brazo bueno.

Gerwin volvió con la leche y las brasas ardientes. Había puesto varios trozos de cuero bajo él como una silla. Geron quería ponerlas encima de la camilla para transportar la carne. Padre bebió la leche en grandes tragos. Geron le dijo a Gerwin que encendiera un fuego y que asara algo de la carne para cenar.

Poco a poco los ánimos se fueron recobrando. Todos habían estado muy preocupados por German, pero ahora las cosas pintaban mucho mejor. Gerda se sentó junto a Gerwin. El fuego no tardó en arder. Utilizando unas pocas piezas de madera, Gerwin y su hermana pudieron construir un espetón. Evert utilizó parte de los intestinos del oso para reforzar la camilla, atándolos con una cuerda. Ina suspiró: “¿Dónde guardaremos toda esta carne?”

La respuesta vino de dentro de la piel del oso: “La colgaremos de las vigas de la casa vieja y la ahumaremos.”

Gerwin llamó a todos a comer. Geron le llevó a su padre algo de carne de una de las patas delanteras y le dijo: “¡Ahora ya te puedes comer la pata que casi te mata!”

Padre sonrió por primera vez en esa tarde. Dijo: “Y Gerda puede hacerte un collar con las garras y los dientes, ¡tú mata osos!”

Mientras comían, el grupo discutió sobre cómo llevarían a German a casa. Evart sugirió: “Gerwin se debería de quedar aquí vigilando las armas y la carne. Mantén el fuego vivo para que los animales salvajes como el zorro o la comadreja no se acerquen a ella. Gerda puede guiar ambos caballos por las riendas. Los cargaremos con los jarretes del oso. Geron cogerá la camilla por la parte delantera e Ina y yo la cogeremos de detrás.”

German dijo: “Siento mucho que me tengáis que llevar. Preferiría caminar o cabalgar.”

Evart enseguida dijo: “¡Ni hablar! La herida se puede volver a abrir y sangrar más ¡Eso sería serio!” Por lo tanto, German se rindió. Entre los cinco colocaron a German en la camilla, todo salió bien, justo como Evart dijo que saldría.

17. El fresno del universo - Yggdrasil

La noche cayó antes de que pudieran llevar toda la carne del oso a casa. El herido German yacía en una cama de paja en la casa nueva. Tenía mucha fiebre y Evart lo estaba cuidando, lo cual era un consuelo para todos, después de los impactantes sucesos de la tarde. Todas las manos estaban ocupadas colgando la carne del oso en la casa vieja para ser ahumada. Echaron leña verde al fuego, lo que hizo que saliera una enorme humareda para conservar la carne para el invierno. Uralda estaba utilizando la olla de tres patas para derretir la grasa del oso, con la que iba llenando una vasija de arcilla. Eso también sería provisión para el invierno.

Al caer la tarde, todos se reunieron alrededor de la chimenea de la nueva casa. German, ardiendo de fiebre, dormía profundamente. Evert parecía estar satisfecho y dijo: “Lo dejaremos tumbado en la piel del oso hasta mañana por la mañana. Después se tiene que frotar la piel con cenizas de madera y con corteza de roble, para que pueda convertirse en cuero de verdad.” Por muy raro que parezca, nadie quería dormir, a pesar de estar todos agotados.

Gerda preguntó: “Evert, ¿qué le ocurre al alma que vive en el cuerpo?”

Evert respondió: “Te contaré un cuento sobre el fresno del universo conocido como Yggdrasil. Hay mucho sobre el alma humana en ese cuento. Ya sabes, las personas y el universo son uno. Las personas son como los árboles entre el cielo y la tierra, pero pueden moverse.”



Una vez los dioses crearon un árbol que era un universo en sí mismo. Se trataba de un fresno. Al alma humana se le dio forma teniendo a ese árbol como modelo. Este fresno tenía tres raíces, un fuerte tronco y una impresionante copa que se extendía hasta el sol, la luna y las estrellas. Un águila descansaba en lo más alto. Desde allí podía ver el universo entero y volaba sobre él como nosotros lo hacemos con nuestros pensamientos. Había un pequeño halcón sentado sobre el pico del águila. Él podía observar lo que acontecía en el universo, de la misma manera que nosotros lo hacemos con nuestros ojos.

Cuatro alces vivían en la copa del árbol y comían sus hojas. Sus cornamentas captaban la luz celestial de arriba, día y noche. Los alces podían transformar la luz en gotas de rocío que caían de sus astas y traían buenas al universo: el rocío nocturno para las plantas y el néctar para las flores y las abejas. Las personas todavía reciben un refrescante rocío para sus almas durante la noche cuando están durmiendo, para así despertarse contentos al día siguiente.

Sin embargo, bajo una de las tres raíces vive un oscuro dragón llamado Nydhogger, que se enfada cuando las buenas gotas de rocío

caen en la tierra y llegan a las personas. Grita: “¡Asqueroso rocío! ¡Me está quemando! ¡Si tan solo pudiera trepar, morder el alce y perseguir el águila!”

Pero siempre que Nydhoegger se enfada de esa manera, la ardilla Ratatoeskr, la cual es muy curiosa, se acerca a escuchar. Sube veloz al árbol para hablar con el alce y el águila. Les cuenta las cosas que el dragón dice de ellos y como los amenaza.

El águila dice: “Nydhoegger no conoce el sol. Está luchando desde la oscuridad.”

A lo que el alce responde: “Si comiese menos raíz, tendríamos más hojas para comer.” Entonces, Ratatoeskr vuelve a bajar del árbol y le dice al dragón todo lo que los de arriba han dicho. El dragón se vuelve a enfadar y se queja, pero es incapaz de evitar que el alce salpique la tierra con sus gotas de rocío.

Una fuente situada en la segunda raíz reúne el agua de la vida. Así el árbol no puede morir. Pero Nydhoegger y los malvados del mundo oscuro desean que el árbol muera junto a todo lo que los dioses han creado.

La tercera raíz, en el medio, se dirige al reino humano, al corazón humano. Las tres Nornas viven ahí, en la fuente del nacimiento y la muerte. Tejen los hilos de la vida de las personas. A algunas personas



les tocan los hilos largos y a otras los cortos, dependiendo en lo que es correcto para cada uno. Las Nornas son muy sabias. Urd mira en el pasado y sabe de dónde proviene el alma humana. Verdandi ve el presente y Skuld ve el futuro, donde todo se encuentra en formación. Sabe que todas las personas cometen errores y que tienen que sufrir las consecuencias, pero también sabe que una vida nueva puede ayudar a una persona a mejorar.

Por lo tanto, las tres Nornas tejen los hilos de la vida en nuestros corazones, el pasado, el presente y el futuro. Cuando una persona muere, ellas rompen los hilos del destino. Después, el alma bebe de la fuente que contiene el agua de la vida. De esa manera puede pasar por dónde Nidhoegger está sin ser dañada, simplemente porque tan solo el cuerpo muere, el alma continua viva.



Evart echó más leña al fuego. Gerda preguntó: “Evart, ¿qué ocurre con el alma cuando se devuelve el cuerpo a la tierra?”

Evart respondió: “Viaja a través del Puente del Arcoíris y vuelve al Cielo a través de caminos ocultos. Más tarde puede encontrar su camino hacia una nueva vida en la tierra. Todas las personas que mueren renacerán.”

Gerwin preguntó: “Evart, nos has hablado sobre la fuente situada cerca de la raíz. ¿De qué tipo de agua se trata?”

Evart respondió: Es la fuente de Mimir. Un ojo del dios Odín descansa sobre el claro fondo, el cual lo sacrificó para que el habla humana pudiera salir de la fuente. La habilidad de hablar y pensar son regalos de los dioses. Los animales no pueden hacer eso. ¡Es por esto que nosotros los humanos deberíamos siempre dirigirnos a los demás utilizando el habla humana y no deberíamos ladrar, graznar o gruñir!”

Todos rieron. El Druida dijo: “Ahora es hora de dormir. Recibiremos el rocío del alce y estaremos frescos para un nuevo día. ¡Y que Yggdrasil le dé a vuestro padre fuerzas para curarse del agua de la vida!”

Uralda e Ina le agradecieron a Evert que les contara a los hijos algunos de los secretos de la vida.

La alegre risa despertó a German. Geron le ayudó a Evert hacer algo de té de hierbas para German y a poner su brazo en una posición más cómoda. Cuando todos estaban acostados en sus camas de paja, Geron le susurró a Evert, que estaba durmiendo cerca: “Evert, ¿tan solo las personas de Germania tienen Nornas que cuidan de sus almas? ¿Qué ocurre con los romanos?”

Evert respondió en voz baja: “Todos los seres humanos tienen un espíritu que los protegen, incluso los romanos. Ellos llaman a sus diosas del destino Las Tres Fortunas.”

Geron continuó: “¿Qué ocurre con un esclavo como Virtus, el romano? Wugo lo tortura y le azota por cada pequeña ofensa.”

El Druida respondió: “Las Nornas pueden hacer que una persona se hunda en la miseria durante cierto tiempo para que sea humillado y pueda salir adelante gracias a su propia fuerza o a lo mejor con ayuda de un amigo.”

Geron no dijo nada más y recapitó sobre estas palabras. ¿La ayuda de un amigo? Virtus, en cierta manera, se había convertido en su amigo, ¿acaso no sentía lástima por él? Por primera vez, sintió el aleteo de un pensamiento: “Virtus tiene que ser liberado. ¡Yo podría ayudarlo!”

En el cuarto día después del ataque del oso, Evert pudo volver a casa. German estaba mucho mejor. La fiebre había disminuido, pero todavía no podía ni levantarse ni mover su brazo. Evert les dio a Ina y a Uralda algunos consejos para cuidarlo, pero terminó diciendo: “Si empeora, envíadme a Geron y vendré.”

Evert animó a todos a ser optimistas. A Geron le dijo: “Te invitaré, en la próxima luna nueva, a que vengas al Lugar Sagrado de los Druidas al Festival del Sacrificio. Podrás participar en lugar de tu padre. German no debería cabalgar antes de la próxima luna llena.” Geron sostuvo el precioso caballo blanco del Druida para que éste pudiera montarlo. Un apretón de manos, palabras de agradecimiento, un guiño y el jinete desapareció en el bosque en un visto y no visto.

18. Sacrificio en el Lugar Sagrado del druida

Geron tenía mucho trabajo, ya que tenía que sustituir a su padre. Mientras construían la casa nueva, se dejó de recolectar madera para el invierno. Geron y German habían planeado hacerlo juntos. En el lugar de tala de madera del bosque, había enormes montones de ramas esperando a ser cortadas para convertirse en leña. También, unas pocas ovejas tenían que ser esquiladas. Gerwin cuidaba del ganado, cortaba la hierba del otoño y la dejaba secar al sol para el heno de invierno. Las mujeres cuidaban las ovejas y recolectaron las últimas zanahorias del campo. Gerda recolectó unas cuantas setas junto a Uralda y dejó que se secaran para el invierno, hizo lo mismo con los hayucos y las bayas salvajes.

La luna nueva estaba llegando. Geron le preguntó a su padre: “¿Qué debería de hacer? Todavía queda mucho trabajo por hacer, pero Evart me invitó a que asistiera al sacrificio durante la luna nueva en el Lugar Sagrado de los Druidas.”

German respondió: “No deberías de perderte tu primera invitación a participar. Como cazador de osos, te iniciarán en la hermandad de los hombres por primera vez. He reflexionado sobre ello. ¿Qué pasaría si le pedimos a Wugo que nos vuelva a prestar su esclavo romano? Podríamos intercambiar algo de carne de oso por el esclavo. ¿Qué dices?”

Una sensación de felicidad invadió a Geron. Pensó: *Por fin, ¡Virtus podrá contarme cosas de los romanos!* A su padre le dijo: “Es una idea estupenda. Dormiré en la casa vieja junto al esclavo y Waldo para que no escape.” Todo arreglado.

German dijo: “Geron, siéntate a mi lado. Te contaré algo sobre las costumbres que tienes que respetar en el Lugar Sagrado de los Druidas. Ya te sabes el camino, porque está cerca del lugar en dónde viven Evart y los Druidas. Esta tarde, antes de que te vayas a dormir, vete al riachuelo. Te tienes que lavar con arena y agua de cabeza a

pies. Tienes que estar limpio y puro para tu encuentro con los dioses. Después de limpiarte, vete a un lugar más profundo del riachuelo y arrodíllate en el agua. Di los tres altos nombres de WODA-WILE-WE, mete tu cabeza en el agua después de decir cada nombre y mantenla todo lo que tu respiración te permita. Después acuéstate y no hables con nadie. Mañana por la mañana lávate tan solo tus manos y cara. Pero no te olvides de decir los tres nombres justo como lo hiciste la noche anterior. Me encantaría poder ir contigo ya que será tu primera vez en la ceremonia, pero no podrá ser. Evert te acompañará. Necesitarás una espada, por lo tanto, te prestaré la mía y el escudo también. Quítalos de la pared.”

Geron descolgó el arma y el escudo de su padre y se los acercó a él. Su padre le dijo cómo abrillantar la espada con cenizas húmedas y con corteza de un árbol. Geron se puso enseguida manos a la obra y puso algo de la grasa del lobo en la espada después de abrillantarla. Geron preguntó: “Padre, ¿dónde conseguiste esta espada?”

German respondió: “Cuando era un poco más mayor que tú, crié un potro. Se lo llevé a Hamarson el herrero. Me lo cambió por la espada. No mucho tiempo después de ello, los romanos nos atacaron en Tutoburgo. Querían destruir nuestros lugares sagrados y convertirnos en romanos. Fue ahí en dónde aniquilamos sus legiones. Esta espada mató muchos soldados romanos. Desde entonces, nosotros los germanos, tenemos paz. Solo ha habido pequeños ataques de vez en cuando. Pero ahora, ¡márchate, Geron! Prepara todo. No te olvides llevar tu collar de dientes de oso. Madre y Gerda se han esforzado mucho y puedes sentirte orgulloso de llevarlo.”

Al día siguiente, cuando Geron estaba montado en su caballo y listo para marchar, toda la familia se reunió alrededor de él para desearle que tuviera un buen viaje. De repente, Uralda dio un grito y señaló hacia la casa. German estaba de pie junto a la puerta. Era la primera vez que se levantaba desde que el oso le atacara. Sostenía su brazo herido junto a su cuerpo con el otro brazo.

German dijo: “Tengo que darle mis bendiciones a Geron para el viaje. ¡Pásame la espada!” Geron se la pasó. German hizo la señal de Tyr sobre la espada. Dijo: “¡Pásame el escudo!” E hizo la misma señal.

“¡Date prisa, ahora! Saluda a Evart de mi parte y dile que Uralda ha cuidado muy bien la herida. Está casi cerrada.”

Geron cabalgó mientras que Gerwin sostenía a Waldo para que no corriese detrás de Geron. Padre dijo: “Más vale que lo ates o saldrá corriendo tras él aunque se encuentre lejos de aquí.”

Geron llegó a primeras horas de la tarde a su destino, donde ya estaban varios guerreros acampados a la vera del bosque. Sus caballos estaban pastando en la pradera. Tres chicos sin armas los vigilaban para que no se acercaran al Lugar Sagrado. No se podía comer ni siquiera una hoja de aquel lugar.

Geron dejó que su caballo bebiese del riachuelo y que comiese algo de hierba, después lo ató en un poste cercano. Caminó hacia el grupo de hombres que estaban sentados en el suelo escuchando al viejo líder del clan, Iso, quién llevaba una tirilla dorada y un casco con cuernos. Geron estaba encantado de escuchar lo que los hombres decían. Iso les estaba hablando acerca de una pelea con los romanos. Dejo de contar la historia cuando vio que Geron se sentaba y le indicó que se acercara. Geron se acercó algo avergonzado, con la espada en la mano izquierda y el escudo en la derecha.

Iso dijo: “Chico, pareces bastante joven. ¿Dónde conseguiste la espada y el escudo? ¿Cómo te llamas? ¿Dónde está tu padre?” Todos miraron expectantes al joven que llevaba dientes de oso alrededor del cuello.

Geron habló de manera humilde pero con una voz clara: “Me llamo Geron, hijo de German. Mi padre resultó gravemente herido intentando cazar a un oso. No ha podido acompañarme hasta aquí, pero me ha dado su espada y su escudo. El Druida Evart me ha invitado a participar en el sacrificio de hoy en el Lugar Sagrado.”

Iso miro al chico con amabilidad, pero todavía le quedaban unas cuantas preguntas más. Dijo: “¿Y esos dientes de oso? ¿También los conseguiste de tu padre?”

Geron contestó inmediatamente: “No, yo también estaba cazando al oso. El oso hirió a mi padre en el hombro después de que yo lo apuñalara con mi daga. Pude matarlo con mi lanza y mi hacha.”

Los hombres empezaron a murmurar sorprendidos. Iso quiso observar más de cerca los dientes del oso. Dijo: “¡Debió de tratarse de un oso enorme! ¿Cómo está tu padre?”

Geron respondió: “Evert salvó su brazo. ¡Le estamos tan agradecidos...!”

Geron había acabado de hablar cuando escuchó una voz llamándole: “¡Aquí viene ahora!” Aparecieron tres caballos blancos. Evert iba delante y detrás de él le seguían otros dos Druidas más junto a unos estudiantes ayudantes. Todos los soldados se levantaron, cogieron sus armas y saludaron al sacerdote poniendo sus espadas sobre los escudos. Geron hizo lo mismo.

El Druida Anciano, un hombre alto e ilustre con una barba plateada, agradeció el saludo y dijo: “Aquellos que vienen por primera vez al Lugar Sagrado deberían dar ahora un paso adelante junto a sus escoltas.” Además de Geron, había otros cinco jóvenes más, pero Geron era el más joven. No tenía escolta. Evert desmontó su caballo y se acercó para ser el escolta de Geron. El Druida Anciano portaba un báculo intrincadamente tallado en una de las manos. Tocó la cabeza de cada novato con él, además de sus dos hombros. Susurró algunas palabras de saludo.

Solo entonces pudieron desmontar el resto de Druidas. Se situaron a la entrada del Lugar Sagrado. El Anciano caminó por delante portando la espada sacrificadora, Evert caminó detrás del Anciano y un tercer Druida detrás de él. Aquellos que portaban las cenizas y otras herramientas esenciales llevaban las riendas de la procesión. El hombre más fuerte de todos era el encargado de guiar al ternero del sacrificio y detrás de él iban los guerreros. Todos caminaban con las cabezas agachadas hacia el Lugar Sagrado, que era un bosque de robles. Nadie dijo nada. Alrededor del perímetro exterior había una simple valla de madera. A nadie se le ocurrió entrar a la zona arbolada sin estar acompañado de un sacerdote.

Los árboles crecían ahí sin ser molestados desde tiempos inmemoriales. Geron se sorprendió al ver el poderoso y enorme tronco de aquellos árboles. Las ramas de las copas de los árboles estaban entrelazadas, formando un follaje impresionante que

mantenía el Lugar Sagrado medio oscuro. El roble más viejo y el altar del sacrificio estaban en medio. Una brisa susurró entre las hojas, se trataba del aliento de Wodan.

El recipiente que contenía las brasas ardientes esparció un embriagador perfume en el aire, que olía a resina de pino y hierbas. Geron tenía la sensación de haberse adentrado en otro mundo. De repente se oyó un ruido muy fuerte. Se trataba del novillo. ¿Estaba saludando al altar? Con sus túnicas blancas, los Druidas dieron un paso adelante hacia el altar. El animal estaba atado a un poste. Los hombres se situaron en círculo.

Mientras encendían el fuego en el altar, Geron miró alrededor y observó las blanqueadas calaveras de novillos y osos que colgaban de las ramas más bajas. También había algunas cornamentas de alce. De repente, las brasas empezaron a arder. La voz del Druida bardo comenzó a cantar en largos tonos interminables. Los hombres colocaron silenciosamente sus armas en el suelo delante de ellos. Cada uno de ellos con su mano izquierda cerrada en puño y la mano derecha cubriendo a la izquierda. Se echó más leña al fuego y el Druida Anciano gritó: ¡WODAN-WILE-WE!

Todos los hombres repitieron esto. Después, todas las graves voces dijeron al unísono: ¡Wodan con nosotros! ¡Wile con nosotros! ¡We con nosotros!” El Druida de pelo blanco le habló al fuego y al humo:

*¡Cura a aquellos que cantan,
cura a aquellos que pueden,
cura a aquellos que aprenden,
cura a aquellos que escuchan!*

El bardo continuó su canción mientras que el cabestro, coronado con hiedra, fue preparado para el sacrificio. El Anciano se acercó a él. Un preciso golpe de espada y la sangre de la vida del cabestro se derramó en el recipiente que le estaba esperando. El sacerdote cogió una rama bañada en sangre, la pasó brevemente por el fuego y roció a los iniciados que se habían reunido alrededor del altar. Llamó a cada

uno de ellos por su nombre y después roció algo de la sangre en el resto de hombres que se habían reunido.

Geron tenía algunas gotas de sangre en su cara y manos, que sostenía en frente del pecho. Pero nadie se limpió. Los hombres tocaron con sus labios la sangre que tenían en las manos. Los hombres más fuertes ayudaron a partir al animal sacrificado y el Anciano lanzó algunas entrañas al fuego.

Después ocurrió algo que sorprendió a Geron. Nada más despellejar al animal, se puso su piel en el suelo con el pelo hacia abajo. Evert se quitó su toga y se tendió sobre la piel. Otros lo envolvieron con la piel, dejándole tan solo una pequeña abertura para respirar. Todos los hombres se arrodillaron, con la frente apoyada en el suelo. Geron también lo hizo junto al resto de iniciados. En el silencio, tan solo el chisporroteo del fuego y el susurro de las hojas se podían escuchar. Esto duro tanto que Geron casi se desmaya. Al final, el Anciano hizo la señal para que se pusieran de pie.

Evert se situó junto al altar vestido con una túnica de sacerdote. A Geron le pareció que estaba mortalmente pálido con los ojos muy abiertos, ojos que parecían mirar más allá de todo, como si estuviera observando otros mundos. Evert alzó su voz y habló. Geron tenía dificultades para comprender todas las palabras, pero sabía que hablaban del retorno del dios del sol, Baldur.

Cortaron la carne en trozos y la pusieron en un espetón para ser asada. Los hombres se sentaron sobre sus escudos. Utilizaron sus cuernos de beber para obtener sangre caliente de la jarra grande en la cual también se mezcló algo de hidromiel. Los hombres brindaron por la amistad y empezaron a conversar. La seriedad de la anterior ceremonia poco a poco se fue convirtiendo en una animada reunión con mucha comida y bebida. Los Druidas y sus estudiantes se mezclaron con el grupo. Escuchaban las historias de los hombres, que trataban sobre lo que ellos y sus familias habían hecho. Les daban consejos cuando les preguntaban.

Hamarson, el viejo herrero, se sentó al lado de Geron. Quería observar la espada de German, la cual la había construido hace ya unos cuantos años. Le dijo a Geron: “Cuando puedas, trae esta espada

a mi herrería. La pondré de nuevo en las brasas y la martillaré de nuevo.”

Geron le preguntó a Hamarson: “¿Cómo construyes unas cadenas?”

“Primero, cortas una vara de hierro redondeada en partes iguales. Después, lo metes al fuego, lo martilleas y doblas las puntas formando anillos, uno tras otro.”

Geron volvió a preguntar: “¿Pueden quitarse las cadenas?”

Hamarson dijo: “Sí, lo mejor para ello es que estén de nuevo ardiendo, pero, aunque sea difícil, se puede hacer en frío, con un martillo y un hacha. ¿A qué vienen tantas preguntas sobre cadenas? ¿Te gustaría ser un herrero?”

Geron se sonrojó y respondió: “Me gustan mucho las cosas de hierro. Creo que me gustaría ser un herrero.”

Hamarson dijo: “Ahora mismo ya cuento con un aprendiz, pero cuando acabe su formación, me acordaré de ti. Me gustas, Geron.”

El sol se puso, y con ello la celebración llegó a su fin. Geron estaba pensando en si debía o no volver a casa esa noche, cuando Evert se acercó y le dijo: “Geron, te invito a que pases la noche en la granja de los Druidas. Tenemos paja suficiente para ti en el establo de los caballos.”

Geron colocó dos de las grandes jarras en su caballo y las llevó de vuelta a la granja. Se hizo una suave cama de paja junto a su caballo. Aun así, no podía dormir pensando en los maravillosos eventos que habían ocurrido aquel día. Tenía la sensación de haber estado muy cerca del mundo invisible de los dioses.

19. Wugo presta a Virtus de nuevo

Geron se despertó pronto a la mañana siguiente. Tuvo que mirar alrededor durante unos segundos antes de acordarse en dónde estaba. Era la primera vez que pasaba la noche en un lugar desconocido solo. Salió del establo con su caballo y observó algunos de los caballos blancos de los druidas pastando. Se limpió en la fuente y dejó pastar

a su caballo. Antes de marchar, quería acercarse a la cueva de Evert y darle las gracias. En secreto, quería saber por qué habían envuelto a Evert en la piel del novillo en la ceremonia del día anterior.

Ató su caballo en un árbol antes de empezar a subir hacia la cueva de Evert. Justo cuando llegaba al camino, escuchó el graznido del cuervo de Evert, quién anunciaba todos los visitantes. Por eso, el Druida le estaba esperando a la entrada de la cueva y saludó a Geron con alegría. “¡Me agrada mucho que hayas decidido pasarte antes de marchar a casa!” Invitó a Geron a entrar en su cueva y le ofreció una taza de leche de la granja y un pequeño cuenco de avena. Evert le preguntó: “¿Qué tal te lo pasaste en la ceremonia de ayer?”

Geron respondió: “Me encantó todo lo que vi y nunca lo olvidaré. Tengo la sensación de que desde ayer veo el mundo de otra manera. Muchas gracias por haberme invitado, Evert. Si puedo hacer algo por ti, por favor, ¡no dudes en decírmelo!”

Evert dijo: “¿A lo mejor tienes alguna que otra pregunta sobre lo que viste ayer? O, ¿algo que te extrañara?”

Geron dijo: “Sí, hay algo que me sorprendió. ¿Por qué te envolvieron en la piel del animal?”

Al Druida no le sorprendió esa pregunta. Respondió: “Ya sabes que a los Druidas nos enseñan a observar el otro mundo de vez en cuando, el mundo de los dioses. Cuando envuelven a un Druida en la piel de algún animal que poco antes estaba vivo, la piel todavía irradia vida. Esta vida todavía irradia hacia nuestro mundo y el alma del Druida puede utilizar esta energía para salir de su cuerpo físico. De esta manera, el alma puede marchar hacia el otro mundo y observar las fuerzas creativas de los dioses durante un periodo corto o largo. Es una experiencia maravillosa y sagrada.” Geron recordó que Evert estaba muy pálido y que sus ojos brillaban y pensó en que no era buena idea seguir preguntándole sobre esa experiencia.

Evert dijo de repente: “Geron, hay algo que te preocupa. Si necesitas mi consejo, ya sabes dónde estoy.”

Geron se sorprendió. ¿Podía Evert leer sus pensamientos? ¿Sabía sobre Virtus? No, no podía decir nada sobre ello ahora, ya que no sabía cómo iba a salir todo.

Después de una pausa, dijo: “Gracias, Evert. Lo importante es que Padre se está recuperando. Le has devuelto la vida. Nunca lo olvidaré.” Se despidió de él bastante rápido para poder llegar a casa a tiempo de cortar más leña.

Geron cabalgó con rapidez y llegó a casa al medio día. Informó a German brevemente sobre lo que había ocurrido el día anterior, le saludó de parte de Hamarson y le dijo que Evert le deseaba buena suerte. Pero después dijo: “Madre ha invitado a Runege a ver la nueva casa. Podría ir ahora mismo a casa de Wugo y traerla de vuelta. Después, podríamos llegar a un trato sobre el esclavo romano y ver si podría ayudarme durante una semana con la leña, como lo comentamos. Wugo hará lo que diga Runege.”

German e Ina estaban de acuerdo y, por lo tanto, después de descansar un rato, volvió a cabalgar. Cuando llegó a la granja de Wugo, se dio cuenta de que los perros estaban atados. A pesar de que estuvieran ladrando furiosos, nadie salió de casa.

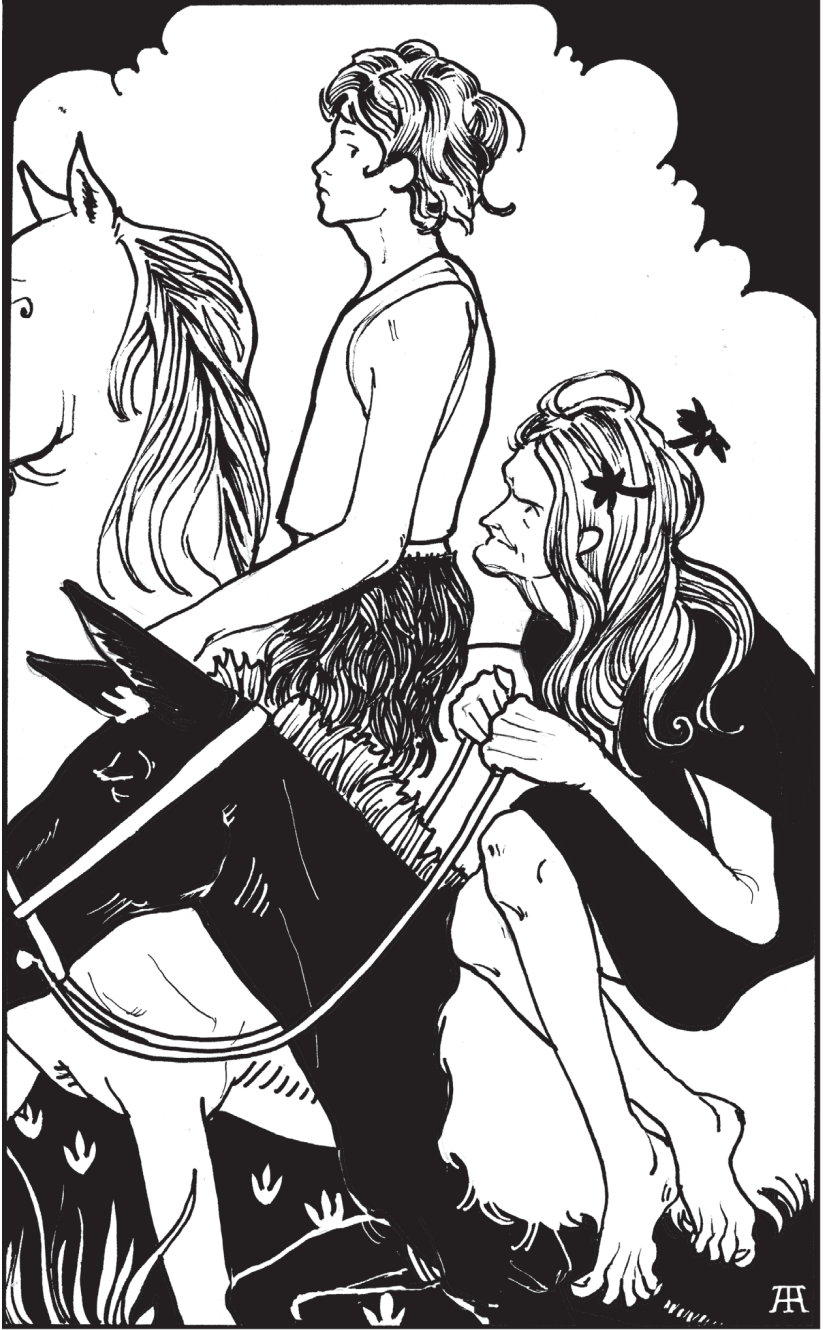
Como de costumbre, Geron ató su caballo a un poste del cercado. Vio que Runege y Wugo estaban terminando de esquilarse a una oveja. Los saludó y dijo que Runege estaba invitada por parte de Madre a visitar la nueva casa.

Runege aceptó la invitación sin pensárselo dos veces y dijo: “¡Llega justo a tiempo! ¡Ya he esquilado suficientes ovejas por hoy! Voy contigo de inmediato. ¿Te parece bien, viejo?”

Wugo asintió en aceptación. Geron se había dado cuenta de que todavía cojeaba. Runege se estaba preparando dentro de la casa y Geron aprovechó para contarle a Wugo lo de la caza del oso y la herida de su padre. Wugo escuchó atentamente a Geron. Nada le interesaba más que las historias sobre caza. Puso cara larga cuando se enteró de que el Druida había pasado tres noches con ellos, pero cuando se dio cuenta de que la vieja casa estaba llena de carne de oso, se relamió los labios.

Geron preguntó con indiferencia: “¿Dónde están Bur y Bor?”

Wugo respondió: “Bor está cuidando al ganado y Bur está en el bosque junto al esclavo. Ya tenemos madera más que suficiente para el invierno, pero los sirvientes tienen que sudar de vez en cuando.”



Wugo sonrió y llamó a Runege que estaba dentro de casa. “¡Ponte guapa, vieja! ¡Tienes el privilegio de cabalgar con un atractivo joven. ¡Puedes llevarte a la mula!”

La extraña pareja llegó a casa de German a primera hora de la tarde. Geron ayudó a Runege a bajar de la mula. Ina la saludó amistosamente. Cuando Runege vio a German tumbado en la paja con un hombro vendado, quiso ponerle de inmediato estiércol de vaca sobre la herida. German dijo: “Tan solo una persona se encarga de esto y se trata de Evert. No solo ha salvado mi brazo, si no también mi vida. Desgraciadamente, no podré trabajar durante mucho tiempo y nuestras provisiones de leña para invierno son escasas. Runege, querría pedirte a ti y a Wugo un favor.”

Runege temía que le pidiera leña, pero en vez de ello, dijo: “Nuestro Geron necesita un hombre fuerte que le ayude en el bosque. ¿Nos podrías prestar de nuevo el esclavo romano durante una semana? Te pagaría gustosamente con carne de oso.”

Runege aceptó el trato, pero quiso llevarse la carne a casa ese mismo día. German dijo: “Déjala aquí durante una semana más en el humo para que esté bien curada.”

Después de que Runege examinara y admirara cada esquina de la casa nueva, quiso ver la carne de oso que colgaba en la casa vieja. Geron la acompañó hasta ahí. la última garra del oso estaba colgando dentro del humo. Runege dijo: “Wugo daría tres vueltas a la casa de rodillas por una garra de oso. ¡Dámela!” Por lo tanto, Geron bajó el trofeo y se lo dio.

A última hora de la tarde, Geron volvió junto a Runege a la granja de Wugo. Le mostró a Wugo la garra del oso y dijo: “Hay más carne de camino, pero primero el esclavo tendrá que ayudar a Geron en la tala de madera durante una semana.”

Wugo preguntó: “¿Dónde pasará las noches? Yo siempre lo encierro junto a los cerdos.”

Geron contestó: “Puede dormir en nuestra casa vieja. Yo lo vigilaré.” Wugo estaba satisfecho. Acompañó a Geron a casa para mostrarle una lanza que una vez utilizó para matar a un oso.

Fuera se oyó el revuelo producido por la vuelta de los leñadores. Geron salió para verlos, se puso detrás de Virtus, quién no podía verlo y gritó: “¡Virtus!”

Virtus se giró tan rápido como el rayo, abrió sus brazos, queriendo abrazar a Geron; pero, de repente, recordó el lugar en que estaba y se detuvo antes de hacerlo. En vez de ello, se arrodilló y cogió a Geron de las rodillas. Geron le ordenó que se levantara, ya que Wugo acababa de salir de casa.

Era bueno que Wugo no hubiera visto como Virtus saludaba a Geron. Virtus agachó su cabeza avergonzado, como si estuviera esperando un golpe por parte de Geron, pero no ocurrió nada de eso. Geron habló amablemente: “Virtus, trabajarás con nosotros durante una semana.”

Virtus levantó su cabeza, apretó sus labios juntos, tragó fuerte y dijo: “¡Geron bueno!” Sus ojos oscuros brillaban agradecidos.

Wugo caminó hacia ellos. Hundió su puño en el pecho de Virtus y dijo: “Vete, asqueroso, y límpiate en el riachuelo. Apesta como un cerdo, no puedes ir a casa de German oliendo así.”

Virtus marchó hacia el riachuelo; el ruido de sus cadenas acompañaba cada uno de sus movimientos. Wugo le dijo a Geron: “Tienes mi permiso para azotarlo todo los días todo lo que quieras, ya que trabaja mejor cuando ha sentido el látigo o el palo, pero no le saques un ojo de un golpe, pues perdería valor en el mercado.”

Wugo sonrió y Geron permaneció en silencio, incapaz de explicar el tremendo enfado que iba surgiendo en su interior. Le parecía desagradable encontrar placer en el sufrimiento de otro. Aun así, se aseguró de que ninguna emoción lo delatara. Estaba decidido a encontrar alguna manera de liberar a Virtus de Wugo, aunque todavía no sabía cómo hacerlo.

Wugo preguntó: “¿Tienes una fusta en casa para los caballos?”

Geron respondió con desdén: “No, mi padre les enseño a obedecer los comandos de voz. No necesitamos de fusta alguna.”

Wugo dijo: “Entonces te prestaré una de las mías para que la utilices con el romano. Cuando vuelva, te enseñaré a utilizarla.” Wugo

desapareció en la casa y volvió con una fusta de cuero. Se la dio a Geron para que la probara. “Runege tejió los cueros unos con otros. Mira, el esclavo está volviendo. Puedes probar la fusta en su espalda.”

Virtus volvió de su baño frio, llevaba su ropa en el brazo y estaba tapado tan solo con un trozo de tela de lino sobre la cintura, para así poder secarse al aire. Wugo silbó. Virtus volvió corriendo. Wugo le dijo: “¡Tumbate de espaldas al suelo!” Virtus miró a Geron, quién sostenía la fusta, asustado y se tumbó en el suelo. Wugo gritó: “Venga, Geron, enséñanos tu fuerza. ¡Azótalo!”

Pero Geron no lo azotó. Enrolló la fusta de cuero alrededor de su brazo y dijo, muy serenamente: “Wugo, no me llevaré conmigo a un esclavo que ha sido golpeado tanto que no podrá trabajar más.”

Wugo estaba visiblemente decepcionado, por lo tanto, pateó a Virtus y ordenó: “¡Levántate! ¡Ahora serás el esclavo de Geron durante una semana!” Wugo se fue a por el hacha que le había prometido a Geron.

Pronto los dos cabalaron lejos de la granja de Wugo. Geron iba sentado delante con Virtus sentado de lado detrás de él. Sujetaba sus grilletes con su mano izquierda y con la derecha se agarraba del hombro de Geron, para no caerse del caballo. Paso mucho tiempo hasta que alguien dijera algo. Geron fue el primero en hablar. Preguntó: “¿Estás bien sentado? ¿Estás bien así?”

Virtus dijo que estaba bien. Después preguntó: “Geron, ¿por qué no me has golpeado con la fusta como Wugo?”

Geron respondió: “No te quería pegar y nunca lo haré.” Geron se volvió hacia Virtus y vio que tenía lágrimas en los ojos. Siguieron cabalgando en silencio hasta que llegaron a casa de German.

Geron entró y cogió la segunda hacha y se dirigió al bosque junto a Virtus. Ambos empezaron a cortar las ramas gruesas en pequeños trozos de leña. Virtus trabajaba bien con el hacha de Wugo, tan bien que Geron apenas podía seguirle el ritmo. Trabajaron hasta el anochecer y una enorme pila de madera era la muestra de ello. Cuando volvieron a casa, Geron le dijo a Virtus que esperara fuera. Dentro habló con su padre. “El esclavo romano ha trabajado duro hoy. ¿Puede cenar junto a nosotros, Padre?”

German respondió: “Si tú quieres, me parece perfecto, pero después de comer tiene que volver a la casa vieja, como acordamos.”

Geron metió a Virtus dentro. Uralda puso algo de avena en un bol aparte para el esclavo. No le parecía correcto que un romano comiera de su mismo bol. Apartó un poco su comida. El resto de la familia comió de otro bol con sus cucharas de madera. No estaban acostumbrados a tener un desconocido en casa que no podía ser honrado como invitado.

Después de comer, Geron dijo: “Voy a ocuparme del ahumado en la casa vieja y pasaré ahí la noche. ¡El día fue largo!” Se levantó e indicó a Virtus y Waldo que fueran con él. Como estaba muy oscuro afuera, Geron cogió a Virtus de la mano para guiarle para que no tropezara. Geron se sabía el camino de memoria.

Una vez en la casa vieja, Geron añadió algo más de leña al fuego. No debería de quemar demasiado, pues si no habría mucho humo subiendo hacia el tejado en donde estaba la carne de oso colgando. Los dos chicos se sentaron junto a la chimenea. Geron preguntó: “Virtus, ¿me puedes contar algo sobre tu vida en Roma y quiénes son tus padres? ¿Cómo te capturaron?”

Virtus empezó a hablar titubeante: “Mi padre es alto soldado y vive con madre y hermana en Castra Vetera. Muchas, muchas muchas casas, mercado, templo, romanos llamar urbes. Mucha agua fluye por ahí bajo el nombre de Rin. Mi padre manda muchos soldados. Romanos llamar legiones. Mi padre me dio caballo. Cabalgué con dos soldados para buscar alrededor de Alesia. Teníamos que cabalgar durante 7 días y pasar noche en el río Lupia. Soldados germanos nos atacaron. Un romano muerto, dos convertirse en esclavos. Wugo me compró. Mala suerte para mí. Padre, madre, seguro creen que Virtus está muerto. Geron, tu eres buena persona. ¡Ayudas a que no me golpeen!”

Geron preguntó: “¿Por qué quieren los romanos un territorio germano?”

Virtus respondió: “El emperador romano cree que es grande como un dios y que gobernará sobre todas las tierras. Los romanos

construyen casas de piedra. En las urbes romanas hay grandes templos de piedra para los dioses.”

Geron preguntó: “Los romanos también tienen esclavos germanos. ¿No les golpean a ellos también?”

Virtus respondió: “Los esclavos germanos que he visto no llevan cadenas. Muchos son soldados. Muchos construyen casas y trabajan en granjas. Los romanos solo golpean a los esclavos vagos. Muchos esclavos germanos no quieren volver a sus tierras.”

Geron se enteró de muchas cosas aquella noche alrededor del fuego de la chimenea. Después dijo: “Ahora es hora de dormir. Mañana nos espera un duro día de trabajo.”

Virtus se tumbó sobre la paja y pensó: *¡Es genial no tener que dormir con los cerdos esta noche!*

Geron añadió algo más de madera al fuego para la noche. Waldo estaba junto a la puerta, vigilando. Geron también obstruyó la entrada con piezas de madera porque la carne de oso podía atraer a animales salvajes.

Geron se sentó de nuevo junto al brillante fuego y reflexionó sobre el día que había pasado. A la mañana había estado junto a Evert, el noble Druida, más tarde junto al feo Wugo quién torturaba a Virtus y ahora estaba a cargo de las acciones de otro ser humano. Mañana a la tarde quería ver de más cerca aquellas cadenas. Tenía una idea que a lo mejor las podría romper, liberar a Virtus de Wugo y cabalgar junto a él durante siete días para devolverlo a sus padres. Escuchó en dirección a dónde estaba Virtus y escuchó su respiración regular. Dormía.

Ina le dio a Geron una manta para dormir hecha de piel de oveja. Las noches se estaban volviendo bastante frías. ¿Estaba bien que él tuviera una manta calentita mientras que Virtus estaría congelado al llegar la mañana? Arrojó algo más de leña al fuego para que hubiera un poco más luz por un momento. Caminó hacia la paja. Se tumbó junto al joven que dormía y extendió su manta de piel de oveja sobre ambos. Después el cansancio pudo con él y se durmió.

Geron se despertó durante la noche y sintió la mano de Virtus sobre su torso. Pensó: *Qué raro. Si Virtus fuera un germano, ya*

seríamos hermanos de sangre. Pero las sangres germanas y romanas no se mezclan. ¿Llegará el día en que eso ocurra? Se giró y se acurrucó en la manta.

Waldo dormía pacíficamente. Geron tiró un poco de la manta. Podía ver las estrellas brillando fuera. Dos de ellas estaban muy juntas. Evert las llamaba *Las Gemelas*. Podía ver al brillante Sirius debajo de ellas. Geron pensó: *¡Incluso las estrellas tienen amistades! Un vuelo nocturno sería posible cuando Sirius brilla.* Arrojó más leña al fuego.

Cuando se volvió a meter dentro de la manta, Virtus gritó de repente debido a una pesadilla: “¡No, no!”

Geron pensó que estaría soñando con los azotes de Wugo. Dijo: “¡Virtus, soy yo, Geron!”

Virtus se despertó y susurró despacio: “¡Geron, tu conmigo!”

Y se volvió a dormir inmediatamente.

Geron ahora estaba muy seguro: “¡Ayudaré a liberar a Virtus!”

Cuando Geron vio la luz de la mañana brillar a través del hueco de la chimenea en el tejado, se levantó, caminó hacia la entrada y retiró la barrera. Waldo le saludó con alegría.

Virtus se arrastró por debajo de la piel de oveja calentita, estiró sus brazos y piernas y dijo: “Geron, ¡ha sido la mejor noche desde que estoy en Germania! ¡Hoy Virtus trabajar muy duro para ti!”

Geron le dijo que arrojará más leña al fuego y marchó a por algo para desayunar para los dos a la nueva casa. Uralda ya había ordeñado a las cabras.

Gerwin le comentó a Geron: “Hoy quiero ir contigo y con Virtus al bosque. Aquí me aburro mucho. Gerda, Madre y Uralda se las pueden arreglar sin mí.” Geron pensó en el hecho de que solo tenían una semana para conseguir toda la madera que necesitaban para el invierno. Por lo tanto, decidió llevarse a Gerwin con él.

Geron le pidió a Uralda que le diera algunos trapos viejos. Ella preguntó: “¿Para qué los necesitas?”

Él respondió: “Nunca sabes cuándo vas a necesitar vendaje para una herida cuando trabajas con un hacha.” Sin embargo, una vez en el bosque, Geron le pasó los trapos a Virtus y le dijo que envolviera los grilletos con la tela para que no irritaran su piel.

Cuando Gerwin vio como los dos chicos mayores trabajaban hábilmente a un ritmo bueno, él también quiso adaptarse a ese ritmo con el hacha pequeña y los siguió bastante bien. Al medio día, Geron le dijo: “Gerwin, ¡vete a por algo de comida! Vuelve con el caballo de Padre y podrás empezar a llevar algo de leña a casa esta tarde.”

Para esa tarde, ya tenían una gran cantidad de leña amontonada bajo los aleros de la casa. German, quién poco a poco se estaba recuperando, estaba muy contento al ver que el montón de madera que necesitaban para el invierno crecía sin su ayuda.

A la mañana siguiente, Geron y Virtus se sentaron de nuevo alrededor del fuego. Virtus ahora confiaba más. La ansiedad en sus ojos había desaparecido casi por completo, pero cuando pensó que estos hermosos días con Geron pronto se acabarían, se desanimó.

Geron dijo de repente: “¡Déjame ver como hizo el herrero tus grilletes!” Virtus puso un pie sobre la rodilla de Geron y Geron examinó la cadena aro a aro. El aro de hierro más grande estaba junto a la esposa del pie y los anillos más pequeños de la cadena unidos a él. Geron cogió un cuchillo e intentó meter la hoja donde el hierro se unía para formar el anillo. Pudo conseguirlo con la mayoría de ellos. Virtus miraba asombrado el cuidado con que Geron observaba todo.

Geron preguntó: “Virtus, ¿nunca has pensado en escapar?” Virtus no dijo nada y miró a Geron con incertidumbre. Geron dijo: “Habla. Me puedes contar lo que quieras.”

Virtus empezó a hablar. “Todos los esclavos romanos en Germanía piensan en escapar, pero no se puede caminar con las cadenas. Te persiguen los perros. Incluso sin cadenas, camino largo. Hay bosques, cazadores germanos, esclavo no saber dónde ir. En el río están pescadores. Los esclavos romanos conocerse por pelo oscuro, azotar y matar.” Virtus se puso muy triste y dejó de hablar.

Geron se afirmó en su deseo de ayudar a Virtus a escapar y dijo: “Cuando la semana acabe, cuando ya tengamos toda la provisión de leña para el invierno, te ayudaré a que te alejes de Wugo y me aseguraré de que no tengas que volver.”

Geron se sorprendió al ver el efecto que sus palabras tuvieron en Virtus. El romano había empalidecido e incluso le temblaban las manos. Después, finalmente, dijo: “Geron tu bromear. Yo triste.”

Geron se dio cuenta de que Virtus pensaba que se estaba burlando con él de Wugo. Cogió la mano de Virtus, lo miró a los ojos y le aseguró: “Virtus, estoy hablando en serio. ¡Quiero ayudarte! Es por eso que he examinado tus cadenas tan minuciosamente. Creo que puedo cortarlas con el hacha.”

Ahora Virtus pudo entender que Geron no estaba bromeando. Su cara volvió a tener el color de siempre. Dijo un poco jadeante: “¡Si huyo, hombres germanos atraparme y matarme!”

Geron eso ya lo sabía. Respondió: “Virtus, no dejaré que estés solo en el bosque. Mi caballo es fuerte. Cabalgaré contigo y te llevaré hasta tus padres en Castra Vetera.”

Virtus contemplaba el fuego. Geron vio que no le salían las palabras. Después, finalmente, dijo: “Geron, esto es precioso sueño. Cuando sueño se haga realidad, Padre darte oro y plata y poder pagar Wugo. Mi padre es rico. ¿Qué decir tu padre?”

Eso también le preocupaba a Geron, y dijo: “Tenemos que talar toda la leña esta semana. Te cortaré la cadena cuando llegue la última tarde. En la séptima mañana nos dirigiremos temprano al bosque y a la tarde, en vez de volver a la granja de Wugo, cabalgaremos lejos de aquí. Me llevaré algo de carne de oso conmigo para repartírnoslo. Si vemos a alguien, iremos en otra dirección. Me tienes que decir el nombre de otro pueblo romano. Si Wugo intenta seguirnos, irán en otra dirección. ¿Hay algún pueblo cerca de Castra Vetera?”

Virtus dijo: “Está el pueblo de Colonia.”

Geron dijo: Bien, me acordaré de ese nombre. ¿Pero cómo llegamos hasta Castra Vetera?”

Virtus se lo explicó: “Primero llega el río Lupia. Cabalgué hasta Lupia cuando capturarme.”

Geron dijo: “Ese debe ser el río al que nosotros llamamos el Río Lipp. Sé cómo llegar hasta su nacimiento. Cabalgando, podemos estar ahí en una noche, pero ahora, será mejor que durmamos un rato. Mañana a la mañana, empezaremos temprano con la madera.”

Era difícil de creer lo mucho que los chicos trabajaron durante los siguientes días, desde el amanecer hasta el anochecer. Desde entonces, Geron montaba su caballo por bosque con Virtus detrás,

para que el caballo se fuera acostumbrando a la doble carga. En la quinta tarde, Geron le dijo a Virtus: “Hoy intentaré romper tus grilletas. No creo que sea buena idea dejarlo hasta la última tarde.”

Virtus protestó: “Gerwin me verá sin cadenas.”

Geron replicó: “Gerwin no verá nada. Ataré la cadena rota con intestinos de oso. Desde la caza del oso, Padre y yo somos muy buenos amigos. Él lo entenderá y se le pasará el enfado enseguida. ¡Conoce a Wugo!”

Geron trajo del bosque un grueso trozo de madera de roble, era la madera más dura. La puso junto al fuego y le dijo a Virtus que pusiera su pie en el roble para que el anillo grande estuviera por encima de las esposas de sus pies. Utilizó el hacha romana como cincel y la suya propia como martillo. Después de unos certeros golpes, la cadena empezó a romperse. Geron tenía mucho cuidado en no errar el golpe y dañar la pierna de Virtus. Cuando el hacha cincel llegó hasta la madera de abajo, finalmente, ¡pudo liberar una de las piernas!

Los dos chicos tenían sudor en la frente, uno debido al trabajo difícil y el otro debido a la ansiedad. Virtus podía mover ahora su pie izquierdo libremente por primera vez en un año. Cogió a Geron de los hombros y dijo: “¡Bien hecho, Geron! ¡Ahora el otro pie!” El segundo anillo resultó ser un poco más fácil.

Geron estaba a punto de dar los últimos golpes cuando escuchó a Waldo ladrar fuera. Pudo escuchar la voz de German. “¿Qué estáis talando ahí? ¡Callaros, no podemos dormir por el ruido!”

Geron dijo rápidamente: “Ya casi hemos acabado, Padre. Ahora nos iremos a dormir. ¡Buenas noches!”

Todo estaba en calma. German volvió dentro. Para dar los pocos golpes que quedaban, Geron puso un trozo de cuero en el filo del hacha para amortiguar el sonido.

Cuando tuvo ambas piernas libres, Virtus dio unos cuantos saltos. Se sentía tan ligero como el aire. Lloró de alegría, abrazó a Geron, se tiró en la paja, golpeó el suelo con el puño y Geron empezó a preocuparse por su cordura. Al final, se calmó y se arrastró debajo de la manta. Geron le podía escuchar sollozar.

Geron se subió al techo y cortó dos piezas de carne de oso ahumada. Cogió algunas cuerdas de intestino y las ató a los grilletes para tener todo listo para mañana. Después se tumbó junto a Virtus. ¿Qué le pasaba? No dijo nada. Geron podía escuchar su fuerte respiración. Preguntó: “¿Qué ocurre, Virtus?”

Pero en vez de responder, Virtus de repente puso sus brazos alrededor de Geron. Dijo: “Geron, estoy muy contento y muy asustado. ¿Qué vas a decir cuando los soldados germanos nos encuentren?”

Geron contestó: “Diré que eres mi esclavo. Soy un germano con un collar de dientes de oso, ¡iniciado en el Altar de Tyr! Nos dejarán en paz. ¡Y tengo las armas conmigo! Si más tarde nos encontramos a los romanos, entonces, te tocará a ti hablar.” A Virtus le gustó esta explicación. Confiaba plenamente en Geron.

A la mañana siguiente, Geron ató sus cadenas de nuevo a los grilletes. Mantuvieron a Gerwin ocupado arrastrando la leña y no se dio cuenta de los cambios en los grilletes. Se supone que Virtus tenía que volver junto a Wugo al día siguiente.

20. La huida

Esa noche era la última tarde en la casa vieja. Geron encendió un vivaz fuego para que iluminara durante las preparaciones y escondió las cadenas del esclavo en un viejo arcón en la casa vieja, cogió de allí un par de pantalones viejos que habían sido de su padre y se los dio a Virtus para que se los pusiera. Eran largos y cubrirían las cicatrices de los grilletes. También había un viejo gorro de piel para Virtus. Como armas, Geron cogió una lanza y un viejo escudo, así como el pequeño puñal que su padre le había dado después de cazar al oso. Se puso su collar de dientes de oso y la gorra de piel de oso que su madre tejó para él, para que lo utilizara durante el invierno. Ahora todo estaba listo para su viaje secreto.

De repente, Waldo ladró. Geron lo había atado a un poste de fuera, igual que al caballo, no muy lejos de él. Alguien venía. Se movió

la piel sobre la puerta y Gerda entró. Llevaba en sus manos una barra de pan recién horneado. Se sorprendió al ver a su hermano vestido como si fuera un guerrero y a Virtus con pantalones largos. Sabía que el esclavo no podía llevar pantalones largos con las cadenas. Virtus enseguida se zambulló en la paja. No hubo sonido alguno de cadenas. Geron estaba tan sorprendido por la repentina entrada de su hermana que no le salían las palabras. Su hermana preguntó: “¿A dónde vais?”

Geron contestó: “¡Vamos a una cabalgata nocturna!”

Gerda quiso saber más: “¿Vestido como un soldado? ¿Y con Virtus sin las cadenas?” Gerda sentía compasión por el esclavo de pelo oscuro y ojos tristes. Es por eso que enseguida notó la falta de las cadenas.

Geron conocía bien a su hermana. Caminó hacia ella, cogió sus dos manos y dijo: “Gerda, te voy a contar un secreto. Pero me tienes que jurar por Tyr que no dirás nada a nadie sobre esto hasta mañana a la tarde.”

Respondió: “Geron, pienso hacerlo por ti. Juro por Tyr no decir nada hasta mañana a la tarde.”

Geron continuó: “Dirígete a Madre y dale las gracias por el pan, nada más. No digas nada sobre lo que has visto aquí y sobre lo que estoy a punto de decirte. Yo le quité las cadenas. Me llevo a Virtus de vuelta a su padre al pueblo romano de Colonia, su padre me pagará el dinero del rescate. Más tarde, yo le pagaré a Wugo con monedas de plata romana. No sé cuando volveré. Hablaré con Padre cuando vuelva, pero tú no puedes decir nada. Pensarán que le he devuelto Virtus a Wugo. Solo podrás decir algo cuando Wugo reclame a Virtus. Sé valiente y callada.” Abrazó fuerte a Gerda y acarició su pelo.

Empezó a llorar al pensar que podría perder a su hermano para siempre. Susurró: “Geron, ¡le rezaré a Freya para que te ayude! ¡Vuelve pronto!”

Geron puso el pan fresco en su saco de cuero junto a la carne de oso. Virtus se levantó del suelo. Geron le dijo que se acercará. “¡Subámonos al caballo

Virtus tomó la mano de Gerda y la puso en su frente, como era costumbre romana y dijo: “Gerda, querida niña, ¡gracias por tu

silencio!” Gerda metió a Waldo en la casa vieja para que no ladrara. No se escuchó nada cuando los dos se alejaron cabalgando.

Cabalaron en la noche en dirección al nacimiento del Río Lipp. Arriba en el cielo, Sirius, las Gemelas y una luna medio llena brillaban intensamente. Gerda volvió poco a poco a la casa nueva. Estaba contenta de que nadie se hubiera acercado a la casa vieja a vigilarla. Agradeció a Madre por parte de Geron por el pan y se fue enseguida a su lugar para dormir, pero no pudo dormir. Gerda no podía dejar de pensar en los dos jinetes en la noche. Murmuró en silencio sus rezos: “Freya, estate con ellos. Dirige a Geron y a Virtus, Freya. ¡Protégelos de accidentes y animales salvajes!”

Geron sabía cómo llegar desde su casa hasta el nacimiento del Río Lipp. Lo máspreciado que poseían en ese momento era el caballo. Geron lo condujo con riendas libres, sin forzarlo. Brenno, el caballo, ya tenía suficiente carga con ambos chicos. A veces, empezaba a trotar. De vez en cuando, los chicos, guiaban a Brenno hacia un claro y le dejaban descansar y comer algo de hierba húmeda. Los amigos apenas hablaban, sus pensamientos lo ocupaban todo.

En una de esas paradas para descansar, Virtus susurró de repente: “¡Ve una forma oscura desde aquí! Se mueve.”

Geron miró y él también lo vio. Se levantó, cogió su lanza y gritó: “¡Hali!” No hubo respuesta. ¿Se trataba de una persona, de un oso o de otra cosa? El caballo no parecía estar preocupado.

Geron habló bajito con Virtus: “¡Agarra el caballo!” Centró su mirada en la extraña forma y caminó hacia ella. Se escondió detrás de una roca grande y tiró una piedra en dirección a la forma oscura. Sonó como madera. Geron se sintió aliviado, tan solo se trataba de un viejo tronco. La rama de un árbol se movía detrás debido al viento. Esta pequeña experiencia les hizo reír, y así, pudieron relajarse un poco, después de la tensión de las últimas horas.

Llegaron al manantial al despuntar el alba. Pusieron sus manos en forma de copa y bebieron largos tragos del refrescante agua fría. Comieron algo de pan y carne ahumada. Brenno se sació de beber y empezó a pastar contento. Virtus preguntó preocupado: “¿Gerda no decir nada de verdad?”

Geron contestó: “Gerda sabe mantener sus promesas. Nadie sabrá sobre nuestra huida antes de esta tarde y para entonces, ¡ya estaremos muy lejos!” Geron acababa de decir esto cuando escucharon voces y cascos en dirección a dónde ellos estaban.

Virtus dio un salto: “¡Corre!”

Geron ordenó: “¡No, siéntate! Actúa como si nada. ¡Ponte la gorra sobre tu pelo y cubre tu barba con tus manos!”

Los tres guerreros germanos llegaron cabalgando hasta el manantial para descansar y dejar beber a sus caballos. En la tenue luz, no se habían dado cuenta de que no estaban solos. Geron soltó un animado “Hali,” cuya respuesta fue un “Halo” de sorpresa.

Los dos extraños se alejaron un poco para beber algo de agua del resorte. Uno de ellos se levantó y caminó hacia Geron y Virtus. Geron susurró inmediatamente: “¡Estate quieto y no hables!”

Geron se levantó y saludó al hombre con un apretón de manos. El germano preguntó: “¿Tan solo un caballo para dos personas? ¿Estáis cazando?”

Geron respondió: “Sí, señor, estamos de caza.”

Los otros dos hombres también se unieron al grupo, curiosos. Habían visto el collar de dientes de oso de Geron. Uno de ellos dijo: “¿Lo mataste tú mismo?”

Geron contestó: “Sí, con mi padre.”

Otro hombre dijo: “¿Tu compañero no tiene arma?”

Geron dijo: “Es mi sirviente. Puede llevar la carne cuando volvamos a casa en sus hombros.” Todos rieron.

Uno dijo: “¡Buena suerte! No os alejéis mucho río abajo o estaréis muy cerca del castillo romano. A los romanos les gusta capturar a jóvenes germanos.” Volvieron a sus caballos y se alejaron cabalgando.

Virtus dijo: “¡Bien hecho, Geron!”

Bebieron un poco más de agua y Virtus dijo: “¡El agua del río Lupia fluye por Castra Vetera y casa de mi padre!” Metió sus manos en el agua, contento, y se limpió la cara.

En seguida montaron otra vez, el día era cada vez más claro. Mientras cabalgaban, Geron volvió a escuchar el sonido de caballos

acercándose. Esta vez guió a Brenno hacia el bosque y se salió del camino hasta que los jinetes hubieran pasado. Ambos estaban cansados de la larga cabalgada nocturna y decidieron descansar en el interior del bosque, fuera de la vista del camino. Ambos se sintieron mucho mejor después de una siestecita y volvieron a cabalgar de nuevo por caminos inexplorados, manteniendo siempre el río a la vista, mientras descendían hacia el valle.

Hacia la tarde, empezaron a buscar un buen lugar en donde acampar, algún lugar escondido rodeado de arbustos, pero cerca del agua. Habían tenido suerte de que el tiempo fuera seco, por lo tanto, se pudieron tumbar sobre el musgo y las hojas, porque las noches de octubre eran fresquitas. Antes de dormir, Geron dijo: “Para esta hora ya habrán descubierto nuestra huida en casa. Gerda ya puede hablar sobre ello. A lo mejor Wugo ya está cabalgando en dirección a Colonia.”

Virtus estaba muy callado. Dijo: “Los romanos construyen castillos en el Río Lupia. Pronto Virtus poder hablar idioma romano.” Comieron una rica comida a base de pan, carne y agua del río. Geron se dio cuenta de que la comida no les duraría mucho más de un día.

21. Descubren la huida

A la mañana siguiente de que Geron y Virtus se escaparan, German fue a la casa vieja. Le quería recordar a Geron que le tenía que devolver a Wugo el esclavo romano a tiempo y de que no se le olvidara la carne de oso. No había nadie en casa. El fuego estaba muy bajo y el hacha de Wugo estaba por ahí. German pensó: *Han salido temprano y se han olvidado del hacha*. Miró hacia las vigas y no pudo decir si habían cogido algo de carne, por lo tanto, se preguntó si a Geron se le había olvidado eso también. German movió su cabeza desconcertado.

Cuando German volvió a la casa nueva, informó sobre su inoportuno descubrimiento. Gerda estaba cuidando las ovejas en el prado. Gerwin dijo: “Geron me dijo que devolvería al esclavo a primera hora de esta mañana.”

Naturalmente, Gerwin no sabía que iba a llevar al esclavo a su verdadera casa. Por lo tanto, nadie pensó más sobre ello, ya que Geron pronto volvería de la granja de Wugo; pero, a medida que el día avanzaba, Geron no volvía.

Cuando estaba oscureciendo, German vio como un jinete se acercaba a casa, era Wugo. Permaneció sentado en su caballo, lo que no solía hacer y gritó: “¿Dónde está mi esclavo? ¿Dónde está Geron? ¡Se supone que me lo tendría que haber devuelto a primera hora de esta mañana!”

German no supo qué decir. Gerwin, Ina y Uralda se acercaron corriendo cuando escucharon los gritos. Al final, German dijo: “Geron salió cabalgando esta mañana. No está aquí. Pensamos que se fue a devolver al esclavo.”

Ahora Wugo se enfadó de verdad: “¡El maldito lobo! ¡Aquí estoy yo, lo suficientemente bueno como para prestarte mi esclavo con un hacha, y el hijo de German, se marcha con él de paseo para pasárselo bien!” Wugo cerró los ojos y agitó sus puños.

German dijo: “Wugo, tengo que pedirte que me perdones. No entiendo las acciones de Geron. De verdad que pensaba que iba a devolver al esclavo pronto esta mañana.” Miró a Gerwin: “¡Vete y trae una pieza grande de carne de oso para Wugo!” Gerwin desapareció.

German se dirigió a Wugo. “Puede que hayan tenido un accidente o a lo mejor cabalgaron hacia la granja de Holding. Seguro que Geron vuelve pronto con el romano. Lo siento, Wugo, por favor, baja de tu caballo. Ina te hará algo de beber.”

Wugo refunfuñó y balbuceó para mostrar su descontento; sin embargo, al final, desmontó y cojeó hacia Ina para beber de la copa que le ofrecía. Pero tan pronto Gerwin llegó con la carne, Wugo se volvió a montar en su caballo. Gerwin le pasó la carne a Wugo, quien la sopesó en sus manos, la olió y después dijo, un poco más tranquilo: “Mañana Geron puede venir y ayudarme con la caza para pagar el día de trabajo perdido. Puedo disparar perfectamente subido al caballo, pero mi condenada pierna no quiere cooperar. Geron puede perseguir algo por mí.”

German asintió. “Sí, mandaré a Geron contigo.”

Wugo no dio las gracias, y se marchó sin decir nada más.

German volvió junto a Gerwin a la casa vieja. Con el ajetreo, se le olvidó devolverle el hacha a Wugo. German alzó la vista hacia la pared sobre el viejo arcón y vio que faltaban la lanza de Geron y el viejo escudo. ¿Los había metido en el arcón? German abrió la tapa y vio los grilletes del esclavo. ¡Ahora estaba seguro que el esclavo había convencido a Geron para que le ayudara a escapar! Gerwin vio las cadenas en las manos de su padre y exclamó: “¡Estas cadenas pertenecen a Virtus!” German le dijo que llevara las cadenas y el hacha a casa. Justo entonces, Gerda metía las ovejas es su corral.

Un poco más tarde, German, Ina, Uralda y Gerwin se sentaron alrededor de la chimenea en la casa nueva. Las cadenas iban de mano en mano. Cuando Gerda entró, Gerwin le dijo: “¡Geron le ha quitado las cadenas a Virtus y le ha ayudado a escapar!” Aliviada por no tener que decir nada sobre lo que sabía, Gerda estaba contenta de permanecer en silencio.

Uralda se lamentó: “¡Cuando esté cerca de los romanos, le capturarán y le convertirán en esclavo o en soldado romano!”

Para sorpresa de todos, Gerda dijo: “No lo creo. A lo mejor los padres del romano agradecerán a Geron lo que ha hecho y le pagarán el dinero del rescate por haberles devuelto a su hijo. Geron es valiente y listo. ¡Volverá!”

¿Pero quién le debería de dar la noticia a Wugo? German dijo: “Ya puedo montar a caballo. Debo ser yo quién cabalgue hacia la casa de Wugo y le diga lo que ha ocurrido. Con ir mañana por la mañana es suficiente. Es inútil cabalgar hasta allá de noche, ya que ni siquiera sabemos en qué dirección marcharon Geron y Virtus. Dejemos que ésta noche Wugo disfrute de su carne de oso. Pronto se enterará de las malas noticias. No puedo entender a Geron. Ahora me tocará soportar el enfado de Wugo por lo que acaba de hacer. ¡Wugo pagó tres vacas por el esclavo y nosotros solo tenemos cinco!”

Ina dijo: “¡Tan solo espero que vuelva sano!”

Uralda terminó la conversación diciendo: “Que los dioses protejan a Geron. Haré un sacrificio para él.”

Antes de acostarse, Gerwin habló con Gerda: “Geron hizo lo correcto. ¡La vida de Virtus era horrible junto a Wugo!”

Gerda estaba de acuerdo: “Sí, Geron hizo lo correcto, pero me da pena que Padre le tenga que dar la noticia al terrible Wugo.”

22. El castillo romano

A primera hora de la mañana siguiente, Geron y Virtus se despertaron en su escondido campamento. Tenían mucha hambre y no tardaron en comer algo de pan y carne. Tan solo quedaba un poco de carne y Geron dijo: “Hoy nos tocará comer setas y hayucos.” Volvieron al camino que bordeaba el río. Había un vado construido por los romanos. Sus legiones habían pasado por allí para combatir a los germanos. German le había contado a su hijo que había estado en esa batalla cuando era joven y como los germanos, junto a Arminius, habían derrotado a los romanos en el bosque. Desde entonces eran enemigos.

Las aguas del Lupia no eran muy profundas en ese lugar. El caballo no tuvo problemas en cruzar el vado. Virtus remarcó: “Lupia. Puede que encontrar romanos al otro lado y castillo.” Pero cabalgaron durante todo el día, sin ver a nadie.

Geron pensó: *Los germanos no suelen viajar muy lejos río abajo y no hay romanos a la vista. Esto tiene que ser la frontera.* Se acabaron toda la carne para el medio día, pero con las setas que Geron conocía y con los hayucos, pudieron comer hasta la saciedad.

Estaba oscureciendo cuando de repente escucharon caballos. Geron dudó. No sabía si debería de esconderse en el bosque o cabalgar hacia los caballos. ¡Demasiado tarde! Los soldados romanos los rodearon. Uno de ellos cogió a Brenno por las riendas y el otro saltó de su caballo y fue a por las armas de Geron.

El líder de la tropa dijo: “¡Dos jóvenes germanos! ¡Nos los llevaremos con nosotros! ¡Atadlos!” Uno de los soldados intentó quitarle la lanza a Geron de sus manos, pero no pudo.

Después Virtus dijo en alto y en latín: “¡Paren, mis camaradas romanos!” Se quitó la gorra de piel, dejando ver con claridad su pelo carbón oscuro. Virtus continuó: “Estamos huyendo. Necesitamos que nos ayudéis, fui capturado por los germanos, quienes me hicieron su esclavo, mi padre es un oficial romano en Castra Vetera.”

El soldado se sorprendió, pero seguía escéptico: ¿Y éste de aquí? ¡Él es un germano verdadero, asesino de osos!”

Virtus respondió: “Es un amigo y ha arriesgado su vida para ayudarme a volver a casa.”

El soldado preguntó: “¿Quién es tu padre en Castra Vetera?”

Virtus declaró: “¡Julus Severus!”

Este nombre funcionó como magia. Los otros soldados soltaron las riendas del caballo de Geron y su lanza. Todos dijeron al unísono: “¡Julus Severus! ¡El hijo de Julus Severus!”

El líder habló: “Conozco a Julus Severus. Es nuestro comandante. Por lo tanto, tú tienes que ser su hijo que desapareció hace un año.”

Virtus respondió: “Sí, soy Virtus, hijo de Julus Severus y éste es el amigo que me liberó.” Para poder aclarar cualquier duda, Virtus se subió una de las piernas del pantalón. Todos pudieron ver las feas cicatrices de los grilletes.

El líder romano dijo: “Soldados, cabalgaremos inmediatamente de vuelta al castillo en Arbalo. Nuestro viaje de exploración ha producido un descubrimiento precioso.” Se giró hacia Virtus y dijo: “¿Qué debemos hacer con tu compañero, el germano? ¿Marchará de vuelta ahora?”

Virtus en seguida respondió: “¡No! Me acompañará hasta Castra Vetera y me devolverá a mi padre. Tenemos un acuerdo.”

Esa tarde la expedición de exploración y los dos fugitivos atravesaron las puertas del castillo de piedra Arbalo. Una vez en el patio interior, soldados y sirvientes salieron por todas partes. La noticia de que habían encontrado al hijo del Julus Severus no tardó en extenderse.

El comandante del puesto de avanzada, Gaius, estaba entre el grupo de espectadores. Empezó a hablar con Virtus: “¿Dices que eres Virtus, el hijo de Julus Severus? ¡Dime lo que ha ocurrido!”

Virtus explicó como él y otros romanos cayeron en manos de los germanos. Nombró al líder de su grupo, quién murió cuando fueron atacados. Reveló el lugar exacto de la casa de su padre en Castra Vetera.

A Gaius ya no le quedaban más dudas acerca de si estaba delante del hijo del famoso comandante. Ordenó: “Llevad a Virtus a las salas de las provisiones y dadle la toga de un soldado romano. Después traedlo a mi casa. ¡Dejad marchar al joven germano y a su caballo! Tendría que volver a casa.”

Virtus le contradijo: “Comandante Gaius, tengo un acuerdo con mi amigo Geron. Cabalgará conmigo hasta encontrarnos con mi padre en Castra Vetera. ¡No se trata tan solo de mi amigo, es quién me ha liberado! ¡Tendría que ser recompensado!”

Gaius asintió: “Como lo desees, pero asegúrate de que no nos espíe.” Dicho eso, Gaius volvió a su casa.

Virtus se giró hacia Geron y dijo: “Geron, tendrás mi protección. No tienes que tener miedo de los romanos, me darán un caballo y mañana cabalgaremos hasta juntarnos con mi padre. Será bueno contigo.”

Geron asintió, permaneció tan callado como un ratón durante todo el tiempo. Las posesiones de los romanos, sus enormes casas de piedra, el castillo con sus poderosas paredes y dependencias externas, la pesada puerta de roble... todas estas cosas impresionaron de verdad a Geron. No podía dejar de mirar a los preciosos caballos, su equipamiento de cuero y las brillantes armas de los soldados. Admiraba los cascos, las corazas y las botas, pero no podía entender nada de lo que decían. Por primera vez en su vida, experimentó lo que significaba ser un extraño en tierra extraña.

El intendente militar, el soldado que estaba a cargo de las armas, las ropas y otros equipamientos, le dijo a Virtus que fuera con él. Virtus se agarró del brazo de Geron y dijo: “Geron, ven conmigo.” Ambos subieron por una escalera de piedra construida astutamente, Geron nunca había visto algo así. Siguieron al intendente militar hasta una de las torres del castillo y hasta una enorme sala llena de armas de todo tipo. Las prendas de los soldados colgaban de las paredes;

le prestó un conjunto de ropa a Virtus, a él le encantó deshacerse de las viejas ropas. Le preguntó a Geron: “¿Quieres tú también prendas romanas?”

Geron agitó su cabeza. “No Virtus, yo soy germano.”

Virtus vio los pies descalzos de Geron, habló con el intendente militar, quién volvió con un par de botas de cuero para Geron. El germano las aceptó encantado, se puso las botas y dio unos pocos pasos por el suelo de piedra. Los tacones sonaban fuerte. Pensó que eso era divertido. Se rió por primera vez en varios días. En casa, solo se le permitía envolver sus pies en cuero durante los días más fríos de invierno.

Virtus se cambió de ropa y volvía a parecer un romano real de nuevo. La imagen que Geron tenía de Virtus como el pobre esclavo desapareció de repente. ¿Podía ver Virtus eso en sus ojos? ¿Algo de cautela?

Virtus caminó hacia Geron, lo abrazó y dijo: “Geron, siempre seremos amigos. Como romano y germano, ¡seremos hermanos!” El intendente militar se sorprendió por esta muestra de cariño. Agitó su cabeza, sin poder entenderlo, pero Virtus continuó: “Venga, te enseñaré el castillo.”

Volvieron al enorme patio, en donde ordenaron a Virtus que apareciera ante el Comandante Gaius. Hizo lo que le ordenaron y dejó a Geron con los soldados.

Algunos estaban practicando el tiro con arco en una enorme pared. Su blanco era una alfombra de paja con una marca negra en el centro. Geron avanzó para observar el tiro al blanco. Cuanto había practicado con su arco y su flecha desde que era un joven muchacho. Incluso podía disparar a un pájaro en el aire.

Los soldados no eran muy buenos. Algunos de ellos ni siquiera llegaban a la alfombra de paja. De repente, un arquero con su arco y tres flechas caminó hasta Geron y dijo: “Germano, ¡dispara!”

Geron aceptó el reto; examinó meticulosamente el arco y la flecha. Era mucho más fina que las que tenía en casa. Con su primera flecha llegó hasta la alfombra, la segunda cayó cerca del centro negro y

la tercero cayó justo en medio. Los otros arqueros admiraban la buena puntería de Geron y le trajeron más flechas.

Un poco más tarde, Virtus volvió y vio a Geron entablando amistad con los arqueros. Virtus dijo: “Geron, cabalgaremos mañana hasta Padre, Gaius me ha proporcionado un caballo. Venga, ahora te enseñaré el castillo.” Se acercó hasta un pozo que estaba en medio del patio, que tenía una rueda encima que se utilizaba para bajar el cubo y subirlo lleno de agua.

Luego Virtus llevó a Geron hasta a una de las habitaciones del sótano, en donde estaba la cocina de los soldados. La carne hervía en enormes calderas de cobre, el humo iba hacia la chimenea y desaparecía. Los soldados estaban sentados en unos bancos delante de enormes mesas de roble cenando. Todo el latín que se podía escuchar en los alrededores era ruido en las orejas de Geron.

A la señal del comandante, los soldados abandonaron la mesa. Virtus subió junto a Geron hasta el puesto de guardia en lo alto de una de las torres, en donde dos guardias mantenían la vigilancia. La tarde era cada vez más oscura. Virtus le mostró a Geron la dirección en la que habían cabalgado. “Detrás de esa colina arbolada está el nacimiento del río Lupia y tu casa.”

Geron podía ver las estrellas de la Osa Mayor en el cielo sobre el lugar en donde estaba su casa, tan solo las estrellas habían marchado con él. Sintió algo de añoranza, echaba de menos su vida en el bosque. Desde ese día, sabía con seguridad que la vida romana siempre sería extraña para él.

Virtus señaló en dirección contraria. “Castra Vetera y la casa de mi padre están justo ahí.”

Geron reflexionó durante un momento: *¿Debería de cabalgar junto a Virtus hasta su casa? ¿O debería de volver a mi casa lo antes posible?* Pero después se dijo para sí mismo: *No puedo volver con las manos vacías a casa de Wugo.* Virtus le había prometido que sería recompensado y que tenía que darle el dinero a Wugo. Además, siempre quiso ver una ciudad romana de verdad.

Virtus dijo: “Gaius ha dicho que tú deberías de dormir junto a los soldados y yo junto a los comandantes.” Geron quiso ver su

caballo antes de acostars, Virtus lo acompañó. Brenno estaba un poco apartado en el enorme establo y comía algo de heno que el mozo de cuadra les había dado a todos los caballos. Cuando Brenno vio a Geron, parecía muy contento. Virtus cogió un cubo más de avena para dárselo a Brenno como premio por su buen servicio.

Después Virtus acompañó a Geron hacia un enorme dormitorio para los soldados. Habían esparcido paja gruesa por todo el suelo. Diferentes grupos de soldados jugaban a los dados en la tenue luz de varias lámparas de aceite. Estaban repartidas en jarras de beber. Virtus acomodó a Geron en una apartada esquina, ese sería un buen lugar para descansar. Geron pronto cayó en un profundo sueño.

Se despertó una vez en medio de la noche, dos pequeñas lámparas de aceite brillaban débilmente, Geron se dio cuenta de que alguien se estaba acercando, se trataba de Virtus, éste susurró: “Virtus no poder dormir. No querer dejar solo a Geron.” Geron se percató de que un corazón amable también podía latir en el torso de un romano.

Un ruido extraño despertó a Geron a la mañana siguiente. Miró el amanecer asombrado a medida que los soldados romanos se levantaban y formaban filas. Al principio, Geron también quiso levantarse, pero Virtus lo detuvo y dijo: “¡Geron, no te muevas!”

Se dieron las órdenes. Todos los hombres se pusieron las botas al mismo tiempo. Habían puesto las botas en una clara fila el día anterior. Otra orden y toda la tropa marchó hacia la puerta. Geron abrió su boca completamente perplejo.

Virtus dijo: “Geron, ahora nos podemos levantar, alimentaremos nuestros caballos y marcharemos.” Cuando llegaron al patio, no se podía divisar a ningún soldado. Virtus se lo explicó: “Los soldados caminan hasta el río para limpiarse.”

Geron se dio cuenta de que todo aquí funcionaba mediante órdenes. En Germania era totalmente diferente. A pesar de estar impresionado por el castillo, pensó que nunca podría vivir tras unas paredes tan gruesas.

23. Castra Vetera

Comandante Gaius acompañó a Virtus al establo de los caballos, señaló a tres de ellos y dijo: “Virtus, puedes elegir uno de estos tres. Son caballos de montar que están bien entrenados y que han pertenecido a personas importantes. Ahora pertenecen a la Armada Romana del Emperador. Te prestaré uno de ellos, tu padre pondrá todo en orden.”

Geron le ayudo a Virtus a elegir uno; se decidieron por el negro. Dos mozos de establo dejaron salir al caballo y lo ensillaron con una silla romana. Gaius le entregó a Virtus una pequeña bolsa de cuero llena de monedas romanas como dinero para el viaje.

Mientras cabalgaban colina abajo desde el castillo, los dos chicos vieron a los soldados medio desnudos volviendo de su baño matutino. Su comandante saludó a Virtus con una mano alzada y Virtus le devolvió el saludo. Dijo: “¡Si cabalgamos rápido podremos ganar un día!” Los caballos empezaron a galopar y Geron estaba contento al ver que Brenno era capaz de seguir el ritmo del caballo negro romano. Virtus estaba de muy buen humor. ¡Estaba cabalgando sobre un camino romano en un caballo romano!

Cabalaron durante unas cuantas horas con muy pocos descansos, cuando llegaron a un edificio de piedra situado muy cerca del camino, Virtus dijo: “Aquí cantina, podemos comer.” Unos cuantos caballos estaban atados delante de la cantina, igual que un carro tirado por dos caballos. Virtus se lo explicó: “Llevan harina al castillo para que los soldados tengan pan.” Ataron sus caballos a los aros de hierro que estaban contruidos en una pared de piedra y entraron a la cantina.

Geron se sorprendió al ver las mesas y los bancos de dentro. Comerciantes y soldados comían en cuencos de arcilla y bebían en tazas. Sus ávidas conversaciones pararon por un momento cuando Geron y Virtus entraron. ¿Qué hacía un rubio germano aquí? ¿Qué negocio se traía entre manos en una cantina romana? Un malhumorado romano le gritó algo a Virtus y le echó una mirada

asesina a Geron. Virtus le respondió descaradamente, todos rieron. La cara del romano enrojeció, pero no dijo nada más. Un soldado se acercó riéndose a Virtus y le pasó una taza de bebida, Virtus se la pasó a Geron. ¡Era vino! A Geron le pareció amargo, habría preferido leche o agua. Le preguntó a Virtus: “¿Qué le has dicho a aquel hombre?”

Virtus se rió y dijo: “Ha dicho que en una cantina romana no hay comida para un germano y yo le he dicho que es porque él ha comido por siete germanos.” Geron comió por primera vez en una cantina romana con cucharas romanas, pero no quiso beber “agua amarga.” Los romanos lo llamaban vinum. Por lo tanto, en vez de ello, se pidió un vaso de agua.

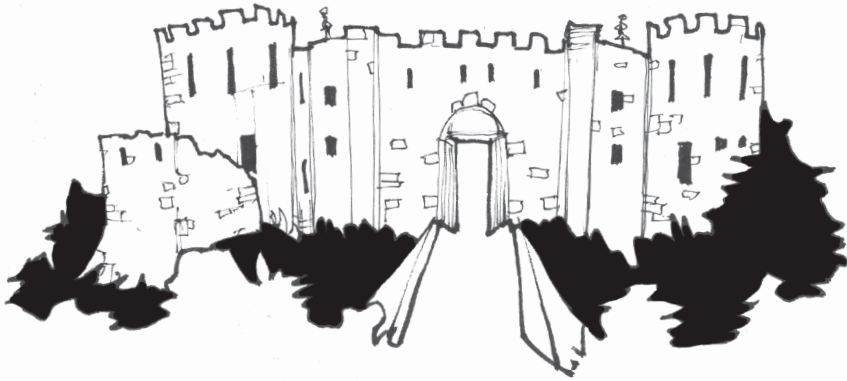
Mientras comían, Virtus le mostró a Geron las monedas que tenía. Dijo: “Esta plata tiene la cara del Emperador Tiberius.” Después le mostró otra moneda. “Aquí está el lobo romano. La comida cuesta un lobo.” Geron no entendió por qué era así. En Germania, a un invitado no se le pedía nada a cambio de la comida y aquí uno tenía que dar un dibujo de un lobo o la cabeza de un emperador.

Continuaron cabalgando después de comer, pero los caballos dejaron de galopar cuando se acercaba la tarde. Como estaba oscureciendo, llegaron a otra cantina, aquí podrían dormir en la paja.

En el último día de su viaje, el camino estaba lleno de carros, jinetes, soldados y peregrinos. Geron pudo ver que el paisaje estaba lleno de casas de piedra y terneros pastando. El camino continuaba junto al río. De repente, Geron observó un bote de militar de remos que viajaba muy rápido por el río. Geron nunca había visto algo así, paró su caballo y siguió el bote con sus ojos. Virtus dijo: “Mi padre también tiene un barco. Geron y Virtus ir al río.”

Después de una larga cabalgada, llegaron a un enorme y largo puente. Bajo él pasaba un ancho río. Virtus gritó alegre: “¡El Rin!” Señaló al otro lado del río: “Castra Vetera ahí. ¡Llegaremos pronto!”

El puente estaba vigilado por soldados que controlaban el tráfico sobre él. Había dos torres y un edificio junto a la entrada. Virtus caminó hacia el guardia y dijo: “Tengo órdenes del Comandante Gaius del Castillo Arbaldo de dirigirme al General Julius Severus.” Le mostró al guardia una pequeña tabla de cera con algo escrito en ella.



El guardia preguntó: “¿Qué ocurre con el joven germano?”

Virtus respondió con confianza: “Es mi compañero.” Les dejaron pasar y, por lo tanto, cabalaron sobre el río Rin. Un frío viento de otoño soplaba alrededor del puente. Geron pudo ver botes pequeños y largos en el río y hombres dentro de ellos moviéndolos con palas de madera. Pensó que era un milagro que alguien pudiera navegar sobre el agua.

Virtus gritó de repente: “Mira, Geron, ¡las puertas de la ciudad!” Una pequeña cabalgada sobre el puente y pudieron ver la amurallada ciudad. Dos imponentes torres se erguían en cada uno de los lados de la puerta. En el medio de la entrada había una ancha puerta para los caballos y carros, con dos pequeñas puertas en cada lado para aquellos que iban a pie. Se podía escuchar un constante ir y venir de personas, carros y soldados. Geron estaba muy confundido. Virtus dijo: “Cabalga junto a mí, Geron. Esta es la calle hacia la casa de mi padre. ¡Alegría! ¡Alegría!”

A Geron le parecía estar en un sueño. Solía cabalgar por el bosque y tenía que elegir su camino a través de árboles y arbustos para encontrar una ruta, pero aquí tenía que encontrar su camino a través de las personas, carros y otros impedimentos. Tuvo problemas a la hora de seguir a Virtus, quién corría a través de la multitud.

Llegaron a una amplia plaza y Geron vio a cientos de personas. Algunos estaban sentados en escalones de piedra y otros estaban subiendo las escaleras. Encima de las escaleras se podía ver un

enorme edificio de piedra. Su tejado estaba sujeto mediante columnas de piedra que simulaban ser el tronco de un árbol. Virtus paró y dijo: “La casa del dios romano, ¡Júpiter!”

A Geron le pareció extraño que los dioses romanos vivieran en casas de piedra cuando en Germania los dioses vivían en las nubes, en el sol, en el rayo y en la tormenta, aunque no tenía tiempo de pensar en ello ahora, ya que Virtus se había adelantado.

De repente, se giró hacia una calle lateral que daba a una puerta grande. El centinela, un hombre anciano, gritó: “¡Virtus! ¡Virtus! ¡Eres realmente tú?”

Virtus bajó de su caballo. El anciano lo abrazó y comenzó a llorar. Conocía a Virtus desde que era un bebé. Los otros sirvientes llegaron corriendo cuando escucharon lo que el anciano estaba gritando. Geron también bajó de su caballo y estaba contento de ser un testigo silencioso de la llegada a casa. El viejo y leal centinela entró a casa, en busca de la madre de Virtus, su padre no estaba en casa. Los sirvientes rodearon a Virtus, algunos de ellos besaron su mano y algunos sus botas.

Una noble bien vestida apareció entre dos columnas de piedra con dos sirvientas a su lado. Empezó a gritar cuando vio a Virtus, corrió hacia él con los brazos extendidos y cayó llorando en su torso. Los sirvientes se apartaron un poco, todos estaban perplejos por el milagroso retorno del chico que pensaban que estaba muerto. Finalmente, Julia, su madre, cogió a Virtus del brazo para meterlo en casa. Virtus dudó un momento, señaló a la entrada en donde estaba Geron junto a su caballo y dijo: “Madre, mira, este es mi liberador, el que me ha traído hasta aquí.”

La mujer romana observó al rubio Geron, quién en aquel momento parecía estar un poco indefenso y desolado. Madre dijo: “¿Tu liberador? ¡Qué maravilloso chico! ¡Traédmelo!”

Virtus le dijo a un sirviente que se hiciera cargo de los caballos. Se acercó a Geron y se lo presentó a su madre. Ella estaba en medio de los dos chicos, cogió a ambos de sus brazos y subió con ellos las escaleras hasta la enorme casa.

Geron se percató curioso de que la mujer olía a flores. ¡Estaba claro que se trataba de una noble! Pasaron por una fuente en la que el agua salía hacia arriba. Geron no podía entender cómo era posible eso, el agua caía dentro de una enorme pila de mármol. Alrededor de la fuente, se podían ver estatuas blancas y desnudas. Pasaron a través de una puerta muy grande y Geron sintió una maravillosa sensación de calor, pero no vio fuego alguno.

Los sirvientes y esclavos los seguían a cierta distancia y mantenían una vivaz discusión sobre el inesperado retorno del hijo perdido. El jefe de cocina corrió hacia la cocina con dos esclavos para preparar la comida y la bebida para los hambrientos viajeros.

Madre Julia soltó los brazos de los chicos cuando llegaron a la entrada de las habitaciones interiores de la casa. La habitación en la que entraron tenía un alto tejado y estaba tenuemente iluminada, la luz del día entraba a través de unos pocos agujeros. Esta habitación también era maravillosamente cálida; pero, de nuevo, Geron no pudo observar ningún fuego. Julia y Virtus se sentaron en un diván y le indicaron a Geron que debería de hacer lo mismo. Hasta ese día, Geron solo se había sentado en piedras o en taburetes duros de madera. Se desplomó en el diván y cayó rápidamente hacia atrás. Se levantó de inmediato debido a la sorpresa. La segunda vez se sentó con cierta cautela sobre los blandos almohadones. Virtus se rió: “¡Los divanes romanos son suaves, pero no peligrosos!”

Julia y Virtus empezaron a hablar entre ellos muy emocionados, por eso, Geron pudo valorar lo que lo rodeaba sin ser observado. Se fijó que en el suelo de la habitación había coloridos animales que no se movían. En la pared había formas humanas que tampoco se movían.

Dos sirvientes trajeron la comida y la bebida en una hermosa bandeja. Virtus se giró hacia Geron y dijo: “Padre está cabalgando con mi hermana, Claudia. Llegarán esta tarde a casa. Te mostraré la casa después de comer, madre te está muy agradecida.”

A Geron se le cayó un trozo de pan al suelo, por lo tanto, se agachó para cogerlo. Vio que se había caído en uno de los animales, pero cuando quiso cogerlo, notó que el animal era de piedra y que

estaba caliente cuando lo tocabas. Geron no sabía la razón por la cual el suelo estaba tan caliente. ¿Las piedras desprendían calor aquí?

Julia estaba dando instrucciones a los sirvientes. Virtus le dijo a Geron: “Después de comer, ambos nos bañaremos y nos pondremos ropas limpias, ¡incluso tú!”

Sí, Geron vio que sus sucias prendas de piel de animal no eran apropiadas para una casa tan fina; puede que a lo mejor también oliera mal. Preguntó: “¿Está lejos el río para bañarse?”

Virtus se rió a carcajada limpia y respondió: “Geron, el río está aquí en casa. ¡Un río caliente!” Geron se preguntaba si estaba hablando sobre la pequeña fuente que salpicaba agua hacia arriba. ¿Te tenías que meter en la pila para bañarte?

Después de comer, Virtus se llevó a Geron con él. Julia se despidió de ellos amistosamente. Geron preguntó: “Virtus, ¿por qué está el suelo de piedra tan caliente?”

Su amigo se lo explicó: “Los esclavos encienden el fuego bajo el suelo.” Geron movió su cabeza desconcertado. Virtus dijo: “¡Venga, te lo mostraré!” Bajaron a través de un tramo de escaleras y llegaron hasta una de las habitaciones del sótano en donde un fuego estaba encendido en un horno. Un esclavo cubierto de hollín se sorprendió al ver a los chicos. Su trabajo era mantener el fuego vivo. Arqueó su cabeza ante los visitantes, Virtus dijo: “Este es nuestro esclavo del fuego, es quién hace que los suelos y el agua del baño estén calientes. ¡No lleva grilletes!”

Virtus guió a Geron hacia el piso de arriba, en donde estaban las termas. Un sirviente les había proporcionado ropa limpia, como Julia le había ordenado. Una parte de la habitación estaba a un nivel más bajo y toda esa zona estaba llena de agua que estaba muy caliente. Virtus se quitó su atuendo de soldado y se metió en el agua. Le dijo a Geron que hiciera lo mismo. ¡Se estaba deliciosamente caliente ahí!

Geron tuvo dudas a la hora de meterse, pero Virtus lo cogió y lo metió dentro. Se les acercaron dos esclavos; Geron observó como uno de ellos se acercó a Virtus con un cepillo en su mano y empezó a restregarlo. Y antes de que pudiera reaccionar, el otro esclavo se acercó a él y empezó a restregarlo también. Pero el cepillo era suave,

por lo tanto, Geron no protestó. El esclavo sacó algo de una pequeña jarra y frotó el pelo de Geron y su cuerpo con ello. Era espumoso y olía a flores. Se remojaron en el agua una vez más y después un esclavo empezó a secarlos con suaves toallas. Geron se sintió incómodo con tanto cuidados y pensó: “¡Oh, estos romanos!” Después del baño, un esclavo masajeó su piel con aceite.

Virtus dijo: “Guardaremos tu ropa germana para tu vuelta a casa, pero por ahora tendrás que ponerte ropa romana.” Virtus se puso una túnica azul y Geron una roja. También les proporcionaron pantalones cortos y un tipo de manto llamado toga. Un esclavo ayudó a Geron a vestirse e incluso peinó su pelo, lo que resultó ser doloroso, pero como a Virtus le estaba ocurriendo lo mismo, no se quejó. Pensó para sí mismo: *¡Vaya costumbres que tienen estos romanos!*

De repente, Geron se percató de que había algo parecido a placas de hielo transparente en los huecos de luz de la pared. Preguntó: “¿Por qué no se derrite el hielo aquí cuando entra la luz?”

Virtus se lo explicó: “Se trata de una ventana, no de hielo; hecha por personas.” Geron se acercó a tocarla. No estaba para nada fría y cuando la golpeó, el sonido era metálico.

Julia los estaba esperando cuando acabaron de asearse. Ella dijo con entusiasmo: “¡Qué limpios y guapos que estáis! ¡Geron podría quedarse aquí y ser como nuestro segundo hijo!” Virtus no tradujo estas palabras, ya que sabía lo mucho amaba Geron su tierra natal. Julia continuó hablando con Virtus: “Mi querido hijo, estoy tan agradecida que los dioses hayan sabido cuidar de ti y traerte de vuelta a nosotros. Me gustaría ir contigo al Templo de Mercurio para ofrecer un sacrificio y rezar. He ordenado a los sirvientes que me lleven. Por favor, ven conmigo.”

Virtus se lo explicó: “Vamos a ir a la casa de los dioses. Madre quiere rezar. Padre volverá más tarde.”

Geron preguntó: “¿Se pueden ver los dioses romanos? A los dioses germanos solo los pueden ver los Druidas.”

Virtus respondió: “¡Ven y compruébalo tú mismo!”

Geron observó sorprendido como sentaban a Julia en una silla unida a dos largas varas llevada por cuatro esclavos, los chicos

la siguieron. En medio de la ciudad, en el foro, se encontraron en un tumulto de gente. Los esclavos pusieron la silla en el suelo muy despacio al pie de las escaleras del Templo de Mercurio. Julia les pidió a los chicos que caminaran a cada lado de ella, por lo tanto, subieron las escaleras juntos.

Geron admiró las poderosas columnas que sujetaban el tejado. En el atrio había un fuego encendido en un altar. Sacerdotes de toga blanca estaban celebrando una ceremonia de sacrificio. Muchas personas estaban arrodilladas rezando. Julia se sacó del bolso un pequeño cojín de seda y se arrodilló sobre él. Geron se arrodilló con Virtus a su lado. Dos sacerdotes empezaron a cantar una canción y un tercero arrojaba incienso al fuego. Geron miraba tímidamente el fuego para ver si algún dios era visible. Se podía escuchar una suave música. El sacrificio terminó.

Julia caminó junto a los chicos hacia el templo interior. Virtus susurró: “Mira, ¡dios Mercurio!” Cuando entraron, Geron vio algo parecido a un hombre alto y tan blanco como la nieve. Tenía unas pequeñas alas en sus pies y una pequeña vara en su mano, con dos serpientes en ella. Todo estaba hecho de piedra, Julia se volvió a arrodillar, con Virtus a su lado.

Geron retrocedió dos pasos y no se arrodilló. Pensó: *¿Cómo le puedo rezar a un hombre desnudo? Mis dioses son honrados por el sol, las estrellas, el rayo, el trueno, el arcoíris y el viento.* De repente, sintió una opresión en el pecho. Estaba contento de ver a Julia y Virtus levantarse de nuevo. Julia no se había percatado de que Geron había estado de pie detrás de ella mientras ella rezaba en silencio arrodillada. Pero Virtus presentía lo que Geron estaba pensando.

Los esclavos llevaron a la noble al templo de la diosa Diana. Al principio de las escaleras, Julia compró algunas coronas de hiedra y ramas con bayas rojas. Se las dio a los chicos y entró junto a ellos al pequeño templo de la diosa, quién estaba de pie en un trozo de piedra mostrando su belleza tan blanca como la nieve, junto a ella había un alce. Julia decoró la piedra con las coronas. Se volvió a arrodillar de nuevo con Virtus. Geron observó la hermosa y dulce cara de la diosa, que le recordó a Helga cuando le había cantado al cordero. Cerró sus

ojos y rezó en su alma: “¡Freya, protégeme para que pueda volver a los bosques de Germania!”

Virtus y Julia se levantaron. Los sirvientes volvieron a cargar con ella por la ciudad. De camino, pasaron por la calle de los artesanos y Geron observó el taller de los herreros, los alfareros, los zapateros e hilanderos. Virtus dijo: “Mañana podemos visitar a los comerciantes.”

Cuando volvieron a casa de Virtus, Geron dijo: “Me gustaría ver mi caballo Brenno y darle comida y agua yo mismo.” Virtus lo acompañó a los establos. Brenno estaba descansando en la paja junto a los otros caballos. Cuando vio a Geron relinchó como diciendo: “¡Cabálgame de vuelta a Germania!”

Geron lo acarició y le habló con suavidad. Los mozos del establo ya le habían dado comida y agua a todos los caballos. Geron le dijo a Virtus: “Aquí tienen buena paja. Podría dormir aquí junto a Brenno.”

Virtus rió y dijo: “Aquí la paja es para los esclavos, no para Geron. ¡Tendrás tu propia habitación!”

Volvieron juntos a casa y Virtus le mostró a Geron su habitación. Un poco de luz de día entraba a través de un hueco cubierto de cristal e iluminaba el cálido suelo. Miles de pequeños pedazos de piedra formaban figuras de animales. Geron tenía miedo de pisar sobre ellos. Virtus señaló una cama: “Aquí Geron puede descansar hasta la hora de comer. Yo también lo haré.” Geron se hundió en la suave manta y se durmió profundamente.

24. La vuelta de Julius Severus

Julia les había dicho a los guardias que le avisaran tan pronto como llegara su marido, el General Julius Severus. Prohibió a cualquier sirviente mencionarle que Virtus había vuelto, pensó en darle una maravillosa sorpresa. Habían puesto una mesa festiva en el comedor, con muchas luces alrededor de la habitación, tantas como se solían poner en festejos importantes. A última hora de la tarde, un mensajero entró corriendo por la puerta, desapareció en la parte interior de la casa y le pasó las noticias de la vuelta del amo.

Julus Severus y su hija, Claudia, subieron la escalinata de mármol hacia la villa. Julia se reunió con ellos. Estaba elegantemente vestida. Julus saludó a su mujer, algo sorprendido y le preguntó: “¿Tenemos algunas visitas importantes? ¿Ha llegado algún mensaje Imperial desde Roma?”

Julia le respondió con una sonrisa: “Pronto lo sabrás, la mesa ya está puesta. ¡Sí, se trata de un afortunado mensaje!”

Más curioso que contento, Julus le permitió a su mujer que la guiara a él y a su hija hacia el comedor. Sí, la habitación estaba hermosamente decorada, pocas veces lo estaba. Un sirviente trajo una jarra de agua caliente y un cuenco para lavarse las manos. Julia dijo: “Mientras te lavas las manos, llamaré al mensajero.”

Julus le dijo a Claudia: “¿Qué le pasa a Madre? Hace un año que no la veo tan contenta.”

Claudia respondió: “Tienen que ser dos mensajeros. Mira, la mesa está puesta para cinco personas.”

Una sirvienta le pasó una toalla a Julus. No pudo resistir preguntarle: “¿Quién está aquí?” La sirvienta se encogió de hombros, como si no lo supiera y desapareció con rapidez.

Padre y hermana se quedaron solos en la habitación. Escucharon pasos y Julia entró en la estancia con un chico a su lado. Claudia fue la primera en reconocerle y gritó: “¡Virtus!” Corrió hacia él, y hermano y hermana se dieron un enorme abrazo.

Julus se quedó paralizado. Dentro de sí estaba pletórico, pero tenía el hábito de mantener la compostura todo el tiempo. Su único hijo, quién pensaba que estaba muerto, estaba vivo y ¡lo tenía justo en frente! Virtus corrió hacia su padre. Julus Severus hizo algo que no había hecho en todos los años de una dura vida de soldado; lloró. Las lágrimas caían por sus mejillas y susurró: “¡Virtus, hijo mío!”

Julia dijo: “Un chico germano lo salvó y lo ha traído hasta aquí. Virtus era desdichado como esclavo capturado.”

Julus Severus preguntó: “¿Dónde está el chico germano?”

Virtus respondió: “Acabó de entrar en su habitación y estaba durmiendo. Vamos, vayamos a por él. Se llama Geron.” Cogió un soporte de luz con lámparas de aceite y caminó delante. Cuando



llegaron a la habitación de Geron, vieron que estaba tumbado de espaldas, durmiendo con su pelo rubio extendido en la manta roja, como si se tratara de un halo dorado sobre su cabeza.

Claudia susurró: “¡Qué angelical que parece!

Madre dijo: “Un chico maravilloso que nos ha devuelto a Virtus. Es un chico precioso, sin malicia.”

Geron abrió sus ojos en la intermitente luz, pero tan solo estaba medio despierto. Vio la luz, a Virtus, a Julia, a una chica de pelo oscuro y una alta figura romana reluciendo delante de él. ¿Estaría soñando?

Virtus le habló con suavidad a Geron: “Geron, Padre está aquí con mi hermana, Claudia. Todos te dan las gracias.” Geron no se movió, tan solo miraba con sus profundos ojos azules hacia la distancia. Todavía no estaba del todo despierto. Julia se agachó hacia él, acarició su pelo y lo besó en la frente. ¡Ahora Geron estaba despierto! Estaba algo avergonzado y se levantó. Virtus repitió lo que le había dicho a Geron, éste ofreció tímidamente su apretón de manos a Julus.

El general conocía unas pocas palabras del idioma de los germanos. Lo abrazó como si se tratara de su propio hijo y dijo: “Te lo agradezco, Geron. ¡Te lo agradezco!” A Claudia le habría encantado poder abrazar también a Geron, pero, según las costumbres romanas, tan solo inclinó su cabeza y le sonrió.

Cuando los cinco se sentaron en la mesa, los sirvientes entraron con más lámparas y cuencos de agua para limpiarse las manos. Geron se llevó la suya a su boca, ya que pensaba que era para beber. Los sirvientes pronto se la quitaron de la boca, sorprendidos. Tan solo entonces Geron se dio cuenta de que los otros se estaban limpiando sus manos en los cuencos. Claro, todos se habían dado cuenta, pero tan solo sonrieron y no lo tuvieron en cuenta.

Pronto todos quisieron escuchar lo que los chicos tenían que decir sobre sus experiencias. Virtus empezó contándole a su padre todo sobre su año en Germania. Geron no entendía ni una palabra, pero se dio cuenta cuándo Claudia y sus padres dejaron de comer y cuando el tono de la voz de Virtus era triste y apagado. Padre Julus fruncía el ceño profundamente. Madre e hija tenían lágrimas en los ojos. Geron pensó: *Les estará contando su miserable existencia*

como esclavo de Wugo. También se percató, un poco más tarde, que los otros le miraban amistosamente y se dio cuenta de que Julius estaba asintiendo con la cabeza. Al final, todos volvieron a comer. Le ofrecieron a Geron una amplia gama de nuevas comidas y bebidas. Todo le sabía extraño, pero le gustaba.

Después de comer, se retiraron a la habitación más grande y preciosa de la casa. Cuadros sobre las cuatro estaciones colgaban sobre las paredes. Geron no había visto un mural así. La primera vez que vio su habitación, pensó que los cuadros eran personas vivas. Virtus le explicó en unas pocas palabras que un hombre había pintado los cuadros de las paredes con pinturas de color. Un chisporroteante fuego, que no desprendía humo, estaba encendido en una esquina de la habitación. Todos se sentaron en un diván con cojines cerca del fuego. Virtus no podía dejar de hablar sobre su pasado año. A veces, su padre le hacía preguntas.

De repente, Virtus se giró hacia Geron y dijo: “Mi padre dice que puedes vivir con nosotros. Te tratarían como hermano mío. Aprenderías nuestro idioma y te convertirías en soldado de la caballería conmigo. Mi padre te dará plata. Le puedes pagar a Wugo y después volver aquí y ser un romano, si quieres.”

Geron respondió: “Virtus, tú estás feliz aquí junto a tu padre, tu madre y tu gente. ¡La ciudad romana es preciosa! Me encantaría verlo todo. Pero mi casa está en Germania, agradécele a tu padre de mi parte que quiera ayudarme con Wugo.” Virtus tradujo todo lo que Geron había dicho. Todos discutieron vivazmente sobre ello.

Geron dejó que la familia pasara la tarde sola. La rica comida y el vino le habían dado mucho sueño. Virtus lo volvió a acompañar a la habitación y le dijo a Geron: “A Claudia y a mí nos encantaría tener un hermano. Padre y Madre te adoran. Deberías pensar sobre ello. ¡Buenas noches!” Virtus volvió con su familia y estuvieron hablando hasta la media noche.

A Geron le costó dormirse. ¡Todo lo que había visto era de otro mundo! Un precioso y desconocido mundo. Brenno, su caballo, no podía salir al prado a la noche y por eso se tumbó sobre la paja, en el enorme establo de piedra. El sacerdote romano había hecho

un sacrificio a un dios blanco frío como una piedra. Evart, por el contrario, convocaba a los dioses en medio de una tormenta, con rayos y truenos, o bajo un sol brillante. Claudia, con sus ojos oscuros, le había dado un beso de buenas noches en la mejilla. ¿Podría cantar tan bien como Helga? Le dio pena el haber defraudado a Virtus, se habían hecho muy buenos amigos. ¡Pero, y todo lo que Holger le podría contar! Sus pensamientos iban y venían.

Cuando al final pudo relajarse lo suficiente y dormir, tuvo un sueño. Estaba cabalgando a Brenno a través de los bosques de su tierra. Waldo corría junto a él, ladrando contento. El sueño terminó cuando Brenno saltó sobre un pequeño arroyo. Geron durmió más profundamente aún.

Después de media noche, todos los de la familia romana se fueron a sus habitaciones. Virtus corrió la pesada cortina que cubría la puerta de la habitación de Geron. Cogió la lámpara de aceite y lo observó dormir pacíficamente. ¿Pero qué tenía entre las manos? Virtus caminó de puntillas hasta la cama de Geron. Era su camisa de piel de animal, Geron la había enrollado y la sujetaba con firmeza. Virtus salió de la habitación sin hacer ruido. “Mañana me aseguraré de que Geron tenga un día genial. ¡A lo mejor decide quedarse con nosotros!”

25. Con los artesanos romanos

A la mañana siguiente, Geron se despertó en su habitación con una suave luz que entraba de un hueco de la pared. Iluminaba a un alce saltando en el suelo que no se movía. Geron tenía que intentar acostumbrarse al hecho de que los dibujos romanos eran tan solo una representación de las cosas vivas. Volvió a mirar al alce. Siempre estaba en el mismo lugar.

De repente, se abrió la cortina de la puerta y Virtus entró. Con voz alegre, dijo: “Geron, ¡levántate y ven conmigo!” Se acercó a Geron y, bromeando, lo sacó de la cama. Geron no sabía cómo vestirse correctamente con ropa romana, por eso, Virtus lo ayudó.

Lo guió hacia un pasillo y después hacia unas escaleras que bajaban. El baño estaba allí. Un vapor caliente les dio la bienvenida. Un esclavo agachó la cabeza para saludar a los hombres jóvenes y puso con cuidado la ropa limpia de ambos en un banco de piedra. El suelo estaba muy caliente y ahora Geron sabía cómo funcionaba el horno de abajo. Las marcas rojas en forma de anillo debido a los grilletes aun eran notables en los pies de Virtus, quién entró a la bañera que se trataba de una enorme tinaja llena de agua humeante. Se metió bajo el agua, hizo burbujas y le indicó a Geron para que se uniera a él. Geron metió un pie en el agua para comprobar la temperatura.

Virtus entró en acción metiendo a Geron debajo del agua. Comenzaron a salpicarse y a mojarse animadamente, lo que terminó con los dos chicos jadeando y riendo. Se sentaron en las escaleras de la bañera, el esclavo se acercó y le pasó a Virtus una pequeña jarra con algo dentro que a Geron le pareció verde y baboso. Geron pensó: *¡Parece vómito!* Virtus empezó a frotar la mezcla en su piel. El esclavo le pasó la jarra a Geron, pero él la rechazó. Virtus cogió un poco y lo untó en Geron. Olía muy bien.

Virtus dijo: “El jabón sirve para quitarte la suciedad de encima.” Geron frotó un poco en su cara. ¡Oh, cómo le quemaban los ojos! Virtus cogió una toalla del esclavo, la hundió en el agua de la bañera y retiró el jabón de los ojos de Geron. Se lo explicó: “Al jabón no le gustan los ojos. Quema.” Virtus secó la cara de Geron con la toalla, tenía los ojos irritados. Geron estuvo sentado en las escaleras durante un rato con los ojos cerrados hasta que el dolor disminuyó.

Cuando por fin abrió los ojos, Virtus estaba ahí con el pelo blanco y con espuma blanca por todo el cuerpo. Se estaba frotando la piel con un trozo de tela. Le pasó la tela a Geron y le enseñó como se utilizaba el jabón y el paño para limpiarse. Geron pensó: *¡Oh, estos romanos!* Pero no dijo nada. Virtus volvió a entrar en el agua, hundió su cabeza y se quitó la espuma. Cuando salió, a Geron le pareció estar ante un dios romano. Virtus le dijo algo al esclavo, quién frotó un poco de jabón en el pelo de Geron, pero le pasó la toalla para que se tapara los ojos.

Finalmente, Geron estaba preparado para aclararse. El esclavo estaba secando a Virtus con una toalla. Cuando Geron salió de la bañera, un esclavo lo estaba esperando con otra toalla que había sido calentada. Geron sufrió al pensar que le estaban secando como se secan a los niños pequeños en Germania.

Virtus caminó hacia él. Estaba agitando una pequeña botella de cuello estrecho. Virtus dijo: “¡Óleum! Bueno para la piel. Huele como a flores.

Era verdad. Cuando Geron olió la botella, tuvo la sensación de estar oliendo el maravilloso perfume de una flor. Virtus frotó algo del óleum en su piel y también agitó algo en la mano de Geron. El esclavo vino y frotó algo del aceite en sus espaldas. Para terminar, el esclavo peinó sus cabellos y les pasó la ropa limpia. El baño romano había terminado.

Virtus dijo: “Ahora desayunaremos y visitaremos la ciudad.”

Geron respondió: “Primero quiero ver a Brenno.”

Virtus lo aceptó. “Ve con Brenno. Yo desayunaré e iré después.”

Geron se dirigió al establo y llamó a Brenno, quién relinchó con alegría. Aun así, cuando Geron se acercó a él, no frotó su cabeza y hocico como de costumbre. Geron pensó que era debido a que olía como un romano, cosa que a Brenno no le gustaba. Geron le sopló la nariz y le frotó las orejas como solía hacer y entonces el caballo volvió a ser el de siempre. Geron le dijo: “¡Esta tarde cabalgaremos un rato!” Un mozo de establo vino y arrojó algo de avena en el comedero. Brenno la comió alegremente.

Geron subió las escaleras hacia la villa. Un sirviente apareció para acompañarlo hasta el comedor. Toda la familia estaba sentada desayunando. Julia se levantó, caminó hacia Geron y dijo en germano: “¡Buenos días, mi querido Geron!” Había estado practicando esta frase con Virtus.

Geron dijo: “¡Buenos días, Madre Julia!” Ella lo besó en ambas mejillas y lo guió hasta su lugar junto al amo de la casa.

Julus apretó su mano. “¡Buenos días, mi querido Geron!” Claudia le sonrió amistosamente. El sirviente apareció con el cuenco

para limpiarse, ya que Geron había estado en el establo. Esta vez ya sabía lo que tenía que hacer.

Durante el desayuno, Virtus habló con Geron: “Padre me ha dado dinero para que te compre algo en el mercado. Esta mañana visitaremos las tiendas de los artesanos. A la tarde, a Claudia y a mí nos encantaría montar a caballo contigo.”

Geron pensó: *Este será un día maravilloso y podré cabalgar a Brenno de nuevo.*

En medio del desayuno, Julius empezó a hablarle a Geron en germano titubeando: “Tú, Geron, eres un hombre bueno, ¡como mi hijo! Mandaré un mensajero con monedas de plata para Wugo. Tú puedes quedarte aquí y ser un romano. Tendrás una buena vida.”

Geron estaba un poco consternado y no dijo nada. ¿No volvería a casa? Pensó que todos aquí lo querían por que les había devuelto a Virtus.

Virtus pudo notar la inquietud de Geron y por eso dijo con rapidez: “Dejadnos ir a las tiendas de los artesanos en la ciudad. ¡Nosotros dos solos!”

Antes de salir de casa, un sirviente le trajo a cada uno de ellos un paño rojo, que lo puso ingeniosamente sobre sus hombros. Geron se sentía raro con tanta ropa alrededor de su cuerpo, pero Virtus dijo: “¡Oh, Geron, ahora tú ser un hombre guapo! ¡Las mujeres romanas te amarán! Voy a afeitarme. El hijo de un general no debería llevar barba.”

Geron se frotó su mandíbula, en donde los primeros pelos de una barba estaban empezando a crecer. Dijo: “¡Yo no me afeitaré! ¡Soy germano!”

Virtus se rió: “Sí, sí, Geron, sé cómo eres. ¡Vamos!”

Hicieron la primera parada en la barbería. Geron observó como un hombre utilizaba un afilado cuchillo para afeitar la barba de Virtus y cortar su pelo. Ahora parecía casi un niño, de repente, Virtus soltó una carcajada. Le dijo a Geron: “El hombre dice que quiere comprar tu pelo. Lo utilizará para decorar de rubio el cabello de las mujeres romanas. Ofrece mucho dinero, cree que eres mi esclavo. Está defraudado porque somos amigos y no podrá tener cabellos rubios. Se ha quedado sin tu bonito cabello rubio.”

El pelo de Geron parecía incluso más dorado después del baño romano. El barbero le pasó a Virtus una brillante placa de metal como espejo, éste asintió satisfecho. Ahora volvía a parecer un verdadero romano. Cuando le pasó el espejo a Geron, el chico vio su reflejo en el espejo por primera vez. Se vio con sus propios ojos y pensó estar viendo los ojos de su madre. Se rió y creyó ver los sólidos y blancos dientes de su padre. Los labios eran como los de su hermano Gerwin. ¡Toda su familia estaba ahí! Estuvo mucho tiempo mirando esta imagen.

Virtus preguntó: “¿Te gustas? ¡Geron, tú hombre guapo!” El barbero intentó cortar de nuevo el pelo de Geron, pero Virtus se rió y salieron de la tienda.

Cuando llegaron a la calle en donde todos los artesanos y hombres de negocios tenían sus tiendas, percibieron un agradable olor a pan recién horneado. Estaban delante de una panadería, en donde el panadero estaba justo sacando pan fresco del horno con una pala de madera. Los esclavos giraban enormes molinos para convertir el grano en harina. Virtus buscó en su saco de cuero, por una pequeña moneda, obtuvo dos panes frescos. ¡Tenían un sabor delicioso!

Más tarde, pararon delante de un fabricante de lámparas. Unos fuelles mantenían el fuego vivo. Al lado de los fuelles había un horno que se utilizaba para derretir el bronce. Algunos aprendices con las manos y caras ennegrecidas estaban martilleando y puliendo el metal después de que fuera vertido y enfriado. Virtus pidió que le enseñaran una preciosa lámpara de bronce. El mango tenía la forma de la cabeza de un caballo, se la dio a Geron, quién admiró la fina cabeza de caballo mientras que Virtus regateaba con el artesano que la había hecho. Llegaron a un acuerdo, Virtus sacó una moneda de su bolsa y pagó por la lámpara. Le dijo a Geron: “¡Un regalo para ti!”

Geron nunca antes había sostenido algo en sus manos que estuviera hecho de madera tan artística. ¿Era de verdad para él? Virtus le dijo que en casa la llenarían de aceite. Entonces, podría poner la lámpara en su habitación y la pequeña cabeza del caballo siempre brillaría. Geron estaba muy feliz de tenerla, aún más porque le recordaba a Brenno.

Después, llegaron a una tienda en donde las ollas de cocina estaban hirviendo. Virtus dijo: “¡Aquí es donde hacen el jabón que arde en tus ojos!” Se trataba de una tienda de jabón. De las ollas salía vapor y un fuerte olor. A Geron le recordó al caldero de una bruja y al cuento de miedo que Gerwin le contó una vez. El fabricante de jabón les paso a Virtus y a Geron pequeñas jarras para oler. Geron olió el mismo olor que en el baño aquella mañana. Virtus se lo explicó: “Cuando se termina de cocer el jabón, lo perfuman.”

Más tarde, llegaron hasta una enorme tienda en donde un hombre con sus pies descalzos pisaba con fuerza dentro de un gran cubo. Sus pies estaban rojos. Había otros cubos a su alrededor, con hombres pisando dentro, pero esta vez los colores de sus pies eran verdes, azules o de otros colores. Se trataba de una tienda de tintura. Metían telas en los cubos de color y un esclavo las movía con una pierna hasta que la tela estuviera totalmente teñida. Debido a ello, la piel de una de las piernas de los esclavos terminaba estando totalmente teñida. Otros ponían a secar las telas teñidas. Geron pudo saber gracias a ello cómo conseguían los romanos que sus prendas fueran tan coloridas.

Los chicos llegaron hasta un fabricante de joyas, que trabajaba con oro y cobre. Virtus metió a Geron en la tienda y dijo: “Deberíamos de llevar una señal de nuestra amistad.” Miró los brazaletes de cobre y eligió dos de los muchos que estaban expuestos. Virtus dijo: “Los anillos todavía están abiertos. El artesano los cerrará en nuestros brazos como signo de nuestra amistad.” Virtus se puso un anillo abierto de cobre alrededor de su muñeca. Geron se tuvo que poner el otro anillo en su muñeca. Así, los chicos cerraron sus puños y el artesano martilleó los anillos hasta que estuvieron cerrados.

Virtus contó el número de monedas que el artesano pedía como pago. Ahora había sellado su amistad con Geron según la costumbre romana. Su amistad estaba en este momento tan bien soldada como el cobre de los brazaletes. Virtus dijo: “Geron, visitemos el templo. Me encantaría presentarte a Castor y Pollux.”

Geron no tenía ni idea de lo que significaban esos nombres, pero Virtus era su guía en ese extraño mundo romano.

Deambularon a través del mercado. Geron observó a las personas que estaban ligeras de ropa en lo alto de una pequeña colina. Le preguntó a Virtus: “¿Quiénes son?”

Virtus respondió: “Se trata del mercado de esclavos, en donde se compran y se venden.” Geron observó a aquellas personas; los vendían como a los caballos y corderos que tenían al lado. Virtus añadió: “En nuestra casa los esclavos no tienen ni grilletes ni cadenas. Aquí tampoco, los esclavos deben estar bien con nosotros y gustarle ser nuestros sirvientes.”

Era verdad. Geron notó que los esclavos de la casa de Julius Severus vivían bien. No los azotaban con látigos ni les decían malas palabras, pero aun así, cuando miraba a las tímidas y algo ansiosas caras de estas personas que estaban en venta, sintió lástima por ellos. *¿Qué es una persona que no es libre?* pensó.

Virtus continuó caminando hacia un templo. El atrio estaba lleno de estatuas de mármol. Las personas no se acercaban a ellas. Virtus guió a Geron hasta las estatuas gemelas de Castor y Pollux. Dijo: “Estos hermanos mantienen su amistad en el Cielo. Nosotros queremos mantener la nuestra aquí en la Tierra.” Cogió la mano izquierda de Geron, puso su otra mano en el pie de la estatua de Castor. Y le dijo a Geron: “Pon tu mano derecha en el pie de Pollux.”

Geron miró a Virtus para ver si estaba bromeando; pero no, iba en serio. Murmuraba en voz baja palabras en latín. De repente, Virtus dijo en alto: “Ahora seremos amigos incluso después de morir.”

Geron pensó que Virtus, un romano, tenían algo del alma de Holger; Holger, su amigo, quién gracias a los Druidas sabía mucho sobre la vida y la muerte. Cuando Virtus movió su mano con cuidado de la estatua, Geron podía ver que estaba emocionado.

Virtus dijo: “Geron, ¡tengo miedo de que te vayas a casa y que nunca más te vuelva a ver! Los dioses te enviaron para liberarme. Nunca tendré otro amigo como tú.”

Geron intentó calmar a Virtus: Virtus, cuando vuelva a casa, tienes que venir a visitarme y después yo te visitaré a ti. Has sellado nuestra amistad según la costumbre romana y ahora yo la sellaré según la germana.” Geron se sacó un cuchillo de su cinturón. Cogió la punta

e hizo una pequeña herida punzante en la mano de Virtus, brotaban gotas de sangre. Hizo lo mismo en su propia mano, después estrechó la mano de Virtus y Geron dijo: “Virtus, nunca nos olvidaremos. Ahora somos hermanos de sangre. A lo mejor, algún día en el futuro, tu gente y la mía también serán amigos.”

Bajaron las escaleras del templo en silencio. Virtus sabía en su corazón que no tenía que mencionarle a Geron lo de quedarse en Castra Vetera. Se había dado cuenta que alguien podía ser tu amigo incluso si no lo veías a menudo. Sabía con seguridad que Geron debería volver a casa, a su vida en Germania y que él, Virtus, tendría que quedarse aquí y vivir como un romano.

26. Tres se van de paseo

A primera hora de la tarde, tres caballos del establo de Julius Severus estaban listos. Dos de los caballos tenían sillas, pero no el tercero. Geron se acercó hasta Brenno. El mozo del establo le preguntó a Virtus si estaba seguro de que el tercer caballo no llevara silla. El germano se lo había quitado. Virtus asintió, ya que sabía que Geron quería cabalgar al estilo germano.

Julia y Julius estaban de pie en las escaleras junto a las columnas y se despidieron cuando los dos amigos y Claudia emprendieron la marcha. Virtus le explicó a Geron que estaban cabalgando hacia el campo, a casa de su tío, el hermano de su padre. Tío Romanus era muy rico. Tenía una enorme finca con rebaños de reses y muchos caballos. Su tío no se había enterado todavía de que Virtus había vuelto y Virtus lo quería sorprender.

Los caballos cabalgaron lentamente a través del colorido bullicio de la ciudad. Geron volvió a ver de nuevo el mercado, el precioso templo y los palacios de la ciudad. Ayer él y Virtus habían cabalgado a través de la puerta del norte, pero ahora saldrían de la ciudad por la puerta del sur. Por el camino, se juntaron con granjeros con caballos y carretas. Llevaban verduras, fruta y carne al mercado.

El camino estaba pavimentado con piedras, pero a su lado había un camino para cabalgar. Los caballos podían ir más rápido por este camino. Virtus cabalgaba delante, puso a su caballo al galope. Claudia le seguía y Geron iba a la retaguardia. Cuando el camino se volvió un poco empinado, les hicieron ir al paso. Entonces Claudia se colocó junto a Geron y puesto que no podía hablar su idioma, se inventó un juego de palabras. (Virtus le enseñó tres palabras en germano). Señalaría algo y diría: “¿Cómo decir en germano?”

Geron respondería en germano, “Caballo,” por ejemplo. Señaló la crin, las orejas, el cuello y los dientes. Geron diría estas palabras en germano y Claudia intentaría repetir las. Le costó pronunciar la palabra “Pferdeschwanz” (cola del caballo) y se rió de sí misma.

Después de un rato, vio edificios bajos que no estaban lejos de la senda. Salía humo de los mismos. Geron preguntó qué eran.

Virtus respondió: “Ahí hacen ladrillos para las casas y tejas para los tejados. Veámos.” Marchó en dirección a la actividad de elaboración de ladrillo. Muchos trabajadores estaban formando ladrillos rectangulares utilizando arcilla. Otros los apilaban bajo cobijos de abertura lateral en donde se podían secar. Virtus habló con un capataz y le explicó que deseaban observar el proceso de elaboración del ladrillo. Cuando llegaron al lugar de donde salía el humo, Geron miraba sorprendido. Enormes hornos estaban en marcha, algunos estaban calientes, en otros metían los ladrillos de arcilla secos. Las personas sacaban de uno de los hornos duros ladrillos acabados de un color marrón-rojizo que estaban casi fríos. Había muchos trabajadores, a Geron, que ahora ya sabía cómo conseguían los romanos todos aquellos ladrillos rojos, todo eso le recordaba a un hormiguero. Las tejas de los tejados estaban hechas de piezas llanas de arcilla. Los hornos que se utilizaban para endurecerla se calentaban utilizando enormes pilas de madera. Geron se acordó de repente de cómo su padre había reunido todos los arbustos del lago para su nuevo tejado y como él y Gerwin los habían atado.

Los tres volvieron a estar sentados de nuevo en sus caballos y cabalgaron a través de campos cosechados. Claudia sugirió hacer una pequeña carrera, su padre le había dado un caballo joven y rápido,

entonces alinearon sus caballos al final de un campo. Un árbol lejano en la cima de una colina era la meta. Los caballos romanos estaban más acostumbrados a partir después de una orden, por lo tanto, Geron al principio estaba un poco atrás. Pero le habló a Brenno y le silbó con suavidad en su oreja. De repente, llegaron hasta una zona rocosa. Los caballos romanos aminoraron el paso un poco, pero Brenno saltó por encima de las rocas como una flecha. Cuando llegaron de nuevo a la suave tierra, los caballos romanos se pusieron en primer lugar. Pronto parecía que los tres caballos acabarían al mismo tiempo, ya que estaban muy cerca los unos de los otros. Cuando al final llegaron al árbol que indicaba la meta, nadie podía decir quién ganó. Geron admiraba a Claudia por su habilidad como jinete. Ella era un año más joven que él.

Pararon en un riachuelo para descansar y dejar beber a sus caballos. Virtus dijo: “No estamos lejos de los campos de Tío Romanus.” Desde allí en adelante cabalgaron con un paso más pausado. En la distancia podían ver enormes granjas y una villa hermosamente construida. Había una gran manada de reses pastando en los alrededores y un prado especial vallado en donde pastaban muchos caballos marrón-rojizos y negros. Geron se acordó de las cinco vacas, de los dos caballos y de las pocas ovejas que tenía su familia. Esos eran todas sus pertenencias.

Virtus remarcó: “Todos los animales y esclavos que ves pertenecen a Tio Romanus. Dos de sus hijos eran soldados. Murieron en la Guerra de Galia. Romanus ahora vive solo junto a su mujer y sus riquezas. Es el hermano mayor de mi padre.” Después de la muerte de sus propios hijos, Romanus volcó todo su amor en Virtus y le hizo heredero. Por lo tanto, cuando los germanos capturaron a Virtus y creía que lo habían matado, Romanus vivió en luto, no solo por sus dos hijos, sino también por su sobrino, Virtus.

Desde la villa, que estaba situada en una colina, se podían ver todos los alrededores. Romanus vio a los tres jinetes acercándose, salió desde la terraza hacia el patio. La primera persona que reconoció fue Claudia, quien lo había visitado unos pocos días antes junto a su padre. ¿Pero quiénes eran esos dos jóvenes que estaban junto a ella?

Virtus ya había bajado de su caballo y estaba corriendo hacia su tío, Claudia también desmontó. Geron era un poco tímido y permaneció sentado en su caballo. Escuchó como Romanus gritaba de alegría y le vio abrazar a Virtus. Igual que en la bienvenida del padre de Virtus, había lagrimas de alegría y risas por doquier. Geron bajó de su caballo. Sí, ahora estaba seguro de que liberar a Virtus de las cadenas de Wugo no había sido un error. ¡Cuánta alegría trajo el haber roto aquellas cadenas donde el fuego de la chimenea en la casa vieja!

Cuando la mujer de Romanus escuchó todo ese entusiasmo, salió corriendo de casa y continuaron los saludos de alegría. Virtus pronto explicó su pasado como esclavo, Geron esperaba. Virtus, de repente, corrió hacia él, lo agarró y se lo presentó a Romanus. Brenno caminó junto a ellos. Romanus golpeó en el hombro de Geron y empezó a hablarle. No le importó que un chico germano no entendiera ni una palabra de su felicitación y agradecimiento. Virtus le dejó hablar y después le explicó que Geron no entendía el latín.

Los mozos de establo se llevaron los caballos al establo. Los invitados fueron a la terraza. Geron preguntó: “¿Puedo ir al prado de los caballos mientras hablas con tu tío? ¡Los caballos son fantásticos! Geron prefería estar ahí que escuchar largas conversaciones en latín. Virtus le explicó a su tío lo que Geron quería hacer. Le pidió a Geron que se quedara para un pequeño brindis de bienvenida, naturalmente con “agua amarga,” y después podría marcharse.

Geron subió por la valla de madera que rodeaba el prado de los caballos. Debía haber como unos treinta caballos pastando, todos estaban bien cuidados. Geron lo sabía ya que no eran tímidos y pudo tocarlos con su mano. Un semental marrón-rojizo, un joven animal, era especialmente amigable. El caballo debió de notar que Geron llevaba en su saco de cuero algo de pan de arroz romano. Geron abrió su saco y le dio de comer al semental todo el pan. Enseguida decidió llamar al caballo “Zorro de Fuego.” Zorro de Fuego siguió a Geron y le dio un cabezazo intentando que Geron lo acariciara un poco más.

Geron pensaba que a lo mejor Zorro de Fuego le dejaría cabalgar en él. Estaba acostumbrado a cabalgar en Brenno sin las riendas. Se subió a la espalda del caballo. Zorro de Fuego se quedó inmóvil por

un momento. Geron palmeó su crin y su cuello. Después, intentó darle un golpecito en las costillas y le silbó en la oreja con suavidad. Empezó a caminar unos pocos pasos. Más tarde, alzó su cabeza y empezó a galopar. Geron tenía la habilidad suficiente para combinar sus propios movimientos con los del caballo y se agarró fuerte con sus piernas.

Iba de maravilla, pero Geron no sabía cómo parar a Zorro de Fuego. No ayudó que le ordenara “¡Alto!” Después tuvo una idea. Pasó sus manos por el cuello del caballo, por sus orejas y cubrió sus ojos con las palmas de sus manos. El caballo empezó a ir cada vez más lento y al final, paró. Geron pensó que le gustaría intentar hacer eso mismo de nuevo de inmediato. Hizo galopar de nuevo a Zorro de Fuego y fue capaz de hacerlo parar. Después de jugar a esto por lo menos una docena de veces, se dio cuenta de que Zorro de Fuego paraba tan pronto como Geron empezaba a acariciar su cuello con las manos. Ya no tenía que taponarle los ojos. ¡Qué animal más inteligente!

Geron había perdido la noción del tiempo, cuando escuchó que le llamaban mientras estaba en medio de una de las cabalgatas de práctica. Era Virtus, se dirigía hacia el prado de los caballos junto a Romanus y Claudia. Geron detuvo a Zorro de Fuego. Sintióse un poco culpable, bajó del caballo y caminó hacia los otros con algo de duda. Saltó sobre la valla y se percató de que Zorro de Fuego lo seguía. Romanus, Virtus y Claudia estaban muy felices de que Geron pudiera cabalgar sin riendas ni silla.

Como Virtus le había contado muchas cosas buenas sobre Geron a Romanus, dijo: “Dile a tu amigo que le regalo un caballo por haberte devuelto a mí. Puede elegir uno y llevárselo a Germania con él.” Virtus le dijo a Geron lo que su tío había dicho.

Al principio, Geron no podía creer que alguien fuera capaz de darle a otra persona un caballo, así sin más. Cuando al final entendió que era lo que Romanus deseaba de verdad, señaló a Zorro de Fuego, que estaba esperando junto a la valla. Tan solo le preocupaba una cosa. ¿Cómo se llevaría Zorro de Fuego con Brenno?

En voz baja, le preguntó a Virtus como se decía “Gracias” en latín. Se acercó a Romanus, le agarró de la mano izquierda, le dio un

cordial apretón y dijo: “¡Gratias, gratias, gratias!” Geron había hablado en latín por primera vez en su vida gracias a Zorro de Fuego.

Romanus estaba tan feliz por el retorno de su sobrino Virtus, que dijo: “Vosotros tres jóvenes seréis nuestros invitados esta noche. Enviaré a alguien a Castra Vetera para decirles que no volveréis hasta mañana.” Todos estaban de acuerdo.

Geron pensó inmediatamente: *Puedo intentar cabalgar con Brenno y Zorro de Fuego juntos*. En el patio, Romanus le dijo al amo de los caballos que enviara alguien que cabalgara con rapidez a casa de Julius Severus en Castra Vetera. También le dijo que le ayudara a Geron con su nuevo caballo. Tenía que aprender a cabalgar con dos caballos a la vez. Romanus dejó a Geron con el amo de los caballos y volvió a casa junto al resto.

El amo de los caballos trabajó en un circo haciendo espectáculos con los caballos. No era solo bueno con estos animales, sino también con las personas. Fue amistoso con Geron desde el principio. Brenno y Zorro de Fuego primero tenían que aprender a comer la avena del mismo cubo. Después, podrían comenzar a aprender a cabalgar, los caballos estaban atados juntos. Geron cabalgó en Brenno y Zorro de Fuego trotaba junto a él. El amo de los caballos vio lo talentoso que Geron era con los caballos y le mostró cómo saltaban los jinetes del circo de un caballo a otro. Geron lo intentó y lo hizo bien. ¡Qué divertido!

La noche se acercaba y era hora de dejar de practicar. El rubio jinete artista estaba empapado de sudor. Cuando volvió a la villa, le ordenaron que fuera de inmediato al baño romano y esta vez se bañó sin que los ojos le quemaran debido al jabón.

Era un grupo alegre de personas el que estaba reunido alrededor del fuego esa tarde en la caliente sala de estar. Las lámparas, que estaban colgadas de largas cadenas, daban una suave y brillante luz. Los tres jóvenes invitados y sus anfitriones estaban apoltronados en los suaves cojines, Geron estaba sentado entre Virtus y Claudia.

Romanus tenía una joven esclava griega que había sido llevado allí, al norte, procedente de la caliente y soleada Grecia. Tenía una voz de cantante preciosa y tocaba la lira como acompañamiento. Cuando

cantó canciones griegas, se notaba que echaba de menos las costas azules y los templos blancos de su tierra natal. Estaba vestida con una toga griega del color del blanco de la nieve con un bordado cortado finamente.

Geron estaba bajo el hechizo de su belleza y música. Le ocurrió lo mismo que cuando Helga cantó en el prado de las ovejas. Helga estaría acariciando un cordero que tenía en su regazo. La chica griega tocaba suaves tonos con su lira. Cantaba sobre los dioses de Grecia y el héroe Aquiles.

Para Geron era música sin letra, ya que estaba cantando en griego, pero su corazón se abrió debido a la melodía. Pensó: *Los griegos también tuvieron que tener algún dios cantante entre ellos que les trajera las canciones desde la Valhalla griega.*

De repente, Geron se dio cuenta que durante el canto Claudia había apoyado la cabeza en su hombro y que ponía su mano en la suya. Claudia aprendió algunas palabras en germano gracias a su hermano. Cuando acabó la canción, le susurró a Geron: “¡Amarte hermano Geron!” Geron se sorprendió de que a una orgullosa y rica chica romana le pudiera gustar un extraño y pobre germano. Claudia pensó para sí misma: *Sé que se va a marchar lejos de aquí a Germania, hacia el bosque oscuro, pero todos los días que todavía esté aquí, serán el día de la amistad.*

Los sirvientes trajeron vino en copas y unos pasteles muy ricos de miel. La chica griega volvió a cantar. El calor, el vino y los blandos cojines hicieron su efecto y a mitad de la canción, Geron se durmió. Eso divirtió a los romanos, pero el concierto continuó con un invitado durmiente.

Geron se despertó bastante tarde cuando se estaban apagando las luces. Había tenido un sueño precioso. La música hizo que las imágenes fueran maravillosas. Virtus habló con él: “Geron, ¡despierta! ¡Es hora de irse a dormir!”

27. El viaje por el Rin

Dos días más tarde durante el desayuno, Julius Severus declaró: “Mañana tengo una sorpresa para todos. He pedido un barco con seis remeros. Estáis todos invitados a un viaje en barco a través del Rin. Visitaremos la siguiente ciudad romana remontando el río, cuyo nombre es Novaesium.” Novaesium era la base de operaciones de una legión y el general quería discutir sobre unos planes con el comandante del lugar. Julius continuó hablando: “Se trata de un barco grande y cómodo. El viaje durará más de medio día. Pasaremos la noche en una cantina de la ciudad. Mientras esté reunido con los comandantes, podréis visitarla junto a Geron.” Todos, incluido Geron, tenían ganas de hacer ese viaje. Un sirviente iría junto a ellos para hacerse cargo de la comida y la bebida.

Julius Severus había pedido un barco militar con remos. Para poder llegar al Rin, tenían que cabalgar bastante a lomos de los caballos. Geron sugirió dejar a Brenno en el establo y cabalgar en Zorro de Fuego. No quería que Brenno tuviera que soportar una silla romana a la vuelta del viaje al río con un mozo de establo romano en su lomo.

A la mañana siguiente, todos se despertaron temprano. Todo estaba listo. Cuando Geron vio el barco pensó: *¡Este barco es por lo menos cinco veces más alto que yo!* Justo al final del todo, tenía un pequeño toldo para proteger a los pasajeros del sol y la lluvia. Los seis remeros estaban sentados en los bancos del medio, dos por banco y con un remo por hombre. Un sirviente llevaba el timón. Julius Severus estaba vestido con su uniforme de general. Parecía espléndido con su coraza chapada en oro. Geron miraba asombrado cómo los seis remeros remaban al unísono para que el barco pudiera empezar a moverse rápido hacia delante, una vez estuviera en el agua. El barco iba muy rápido ya que los remos eran muy largos. De vez en cuando, se juntaban con otros barcos que estaban en el río. La orilla izquierda tenía tramos de calzada en donde se podían ver a jinetes, caminantes y carros.

El barco atracó a la tarde en Novaesium. Aun les quedaba un largo camino a caballo, ya que los romanos no construyen sus casas muy cerca de las orillas del río debido al peligro de las inundaciones.

En medio de la ciudad había una preciosa taberna para la gente importante. Habían enviado a un mensajero el día anterior para que avisara de la inminente llegada del general, por lo tanto, todo estaba listo para recibir a su familia. Julius Severus pronto los abandonó para atender su reunión. Después de un pequeño descanso y un refrigerio, Julia, sus hijos y Geron se fueron a visitar la ciudad. El lugar más interesante era el mercado, que era casi tan grande como el de Castra Vetera.

Julia y Claudia habían comprado algunas cosas. Geron vio que había un mercado de terneros y que al lado tenía un mercado de esclavos, justo como en Castra Vetera. Fue hacia allá y se percató que entre los esclavos expuestos para ser comprados había un joven germano que todavía era un niño. Estaba vestido con una fina toga y estaba muerto de frío, ya que no llevaba nada en las piernas. Geron caminó hacia él y dijo: “¿De dónde eres?”

El chico estaba sorprendido cuando se dio cuenta de que alguien le estaba hablando en su propio idioma, alzó la mirada y vio a Geron. Algo tímido respondió: “Vengo de la zona de Lupia, como dicen los romanos.”

Geron continuó preguntando: “¿Por qué estás aquí y cómo te llamas?”

El chico respondió: “Mi nombre es Sigbert. Me alejé bastante río abajo mientras estaba pescando. Los soldados romanos me pillaron y me venden en este mercado. ¿Tú también eres un esclavo?”

Geron contestó inmediatamente: “No, pero dime, ¿a qué familia perteneces?”

Sigbert respondió: “Procedo de la familia de Sigmann. Soy hijo único, pero tengo dos hermanas. No saben el terrible destino que me espera. Compañero germano, ¿puedes comprarme?” Miró a Geron con ojos suplicantes.

Virtus acababa de llegar y escuchó las últimas palabras del chico. Geron estaba molesto por el destino de su hermano germano.

Le dijo a Virtus: “Virtus, si te doy mi caballo, Zorro de Fuego, ¿puedes intercambiarlo por este esclavo?”

Virtus respondió: “Un caballo no es suficiente. Creo que cuesta dos, pero, ¿qué quieres hacer con un esclavo?”

Geron contestó: “Quiero liberarlo y devolverlo a su casa, como hice contigo.”

Virtus se sorprendió. No dijo nada durante un tiempo y pensó sobre ello. Miró al esclavo rubio y después a Geron. Finalmente, dijo: “Zorro de Fuego no es suficiente. Hablaré con Madre. Ahora mismo la traigo.”

Ya que el encargado del esclavo estaba ocupado con otro intercambio, Geron tuvo tiempo para hablar más con Sigbert. Le preguntó: “¿Hace cuanto que estás cautivo?”

Sigbert respondió: “Tiene que ser un mes. Al principio tuve que trabajar junto a unos soldados en un castillo, no estaba mal. Después, me compró el comerciante de esclavos. Siempre me golpea por pequeñas infracciones. Mis padres no saben por qué desaparecí, si me ahogué o me mataron. A lo mejor puedes hablar con ellos.”

Geron pensó que quizás tendría que intercambiar también a Brenno y volver junto a Sigbert a pie. Julia y Claudia estaban cerca, junto a un puesto de tejidos. Virtus las encontró ahí y las llevó al mercado de esclavos. Pronto les dijo que Geron deseaba dar su caballo, Zorro de Fuego, como pago por un esclavo germano. Discutieron vivazmente entre ellos sobre el giro inesperado de los acontecimientos.

Julia fue a donde Geron estaba esperando y el comerciante de esclavos se acercó a ellos. Muy pocas personas se habían interesado hoy por el joven y débil muchacho germano. Julia preguntó por el precio. El comerciante le dijo una cifra que era bastante más baja que la del día anterior. Virtus se entrometió y empezó a regatear. De repente, Geron vio como el comerciante apretaba las manos de Virtus. ¡Había comprado al esclavo! Pero el comerciante quiso ver el dinero de inmediato. Julia dijo: “Mi marido tiene el dinero, mi hijo irá a por él. Nuestro germano esperará aquí.”

Virtus le explicó a Geron: “Hemos comprado el esclavo para ti. Ahora iré a Padre y espero que esté de acuerdo. Tú espera aquí.”

¡Cuánto se alegró Geron de escuchar y hablar en germano de nuevo! Empezó a contarle a Sigbert todo lo que había vivido junto a Virtus y por qué estaba en territorio romano.

Sigbert aun no creía que podría haber sido comprado y que podría volver junto a Geron a su casa. Esperaron la vuelta de Virtus con mucha tensión, finalmente vino con su padre. Geron podía ver por la expresión en la cara de Virtus, que eran buenas noticias. Cuando el comerciante de esclavos vio al gran general acercarse, prácticamente saltó del suelo. ¡Podría haber pedido más por el esclavo!

Julus le dijo a Geron: “Me has devuelto a mi hijo, por lo tanto, yo te doy el germano.” Abrió el hinchado saco de cuero de su cinturón y contó la cifra acordada de piezas doradas en la mano abierta del comerciante de esclavos.

Geron estaba tan sorprendido por la velocidad de los eventos, que tan solo pudo sujetar la mano del general y tartamudear: “¡Gracias, Padre Julus!”

El general cogió un mechón de pelo de la cabeza del esclavo germano y de manera amistosa, señalando a Geron, dijo: “¡Este es tu amo!” El chico al final entendió lo que acababa de ocurrir. Empezó a llorar y abrazó a Geron.

Geron dijo cuidadosamente: “Sigbert, ¡se valiente! ¡No llores!” El chico secó sus ojos con la esquina de la tela del hombro de Geron y se puso recto.

Al día siguiente, el barco de seis remeros se movía nuevamente río abajo, pero esta vez con un pasajero más, Sigbert. Después de unas pocas horas de viaje, como Virtus se aburría, le propuso a Geron: “Geron, ¿por qué no remamos nosotros durante un rato?” Se sentaron en el barco de remar delantero y sustituyeron a dos soldados. Virtus era familiar con el remo, pero Geron salpicó por todas partes con el remo la primera vez y golpeó el remo del hombre que tenía detrás. Un soldado le ayudó a dominar el remo hasta que le cogió el ritmo y pronto estaba remando como un veterano.

28. Vuelta a Germania

Geron le había pedido a Virtus que hablara con su padre sobre su regreso a casa en tres días. Virtus sabía que eso tenía a ocurrir, aunque para él fuera muy duro ver marchar a su querido amigo. Geron quería darle a Julius su caballo, Zorro de Fuego, como pago por el esclavo germano, pero Julius declaró: “¡Cuando regalo es y será siempre un regalo!” Y es así como se quedó.

A Virtus tan solo le preocupaba una cosa y era que los dos jóvenes germanos pudieran ser capturados de camino a casa. Su padre dijo: “Escribiré un pase libre para ellos en una tabla de cera y la marcaré con mi sello. Eso será suficiente en cualquier parte del territorio romano para que pasen sanos y salvos.” También le dio a Geron una bolsa de plata como dinero del rescate para que se lo diera a Wugo y si eso fuera poco, también le dio algo de dinero para el viaje.

Y así llegó el momento de partir. Geron había preparado su ropa de piel de cordero y sus armas la noche anterior. Julia había insistido en una cosa y era que tanto él como Sigbert llevaran puestos los pantalones de cuero que había comprado para ellos para que no se congelaran durante el viaje de vuelta a casa debido al frío invierno. Después de vestirse, cogió el collar de dientes de oso en su mano. Tenía la impresión de que podía escuchar el susurro de los árboles del bosque de Germania. Cerró sus ojos y apretó el collar en su cara con las dos manos. No se dio cuenta de que la cortina de la puerta de su habitación se había movido.

Era Claudia. Camino lentamente hacia Geron y puso sus dos manos en sus hombros. Geron dejó caer poco a poco el collar de su cara, miró los ojos tristes y oscuros de Claudia. Ella lo abrazó y le susurró unas palabras que Virtus le había enseñado: “Geron, ¡nunca te olvidaré!” Y después le dio un beso de despedida. Sacó algo duro y metálico de un pequeño bolso que llevaba atado a su cinturón. Cogió el brazalete de cobre de la muñeca de Geron y grabó una pequeña cruz en el cobre.

Le dijo a ella: “¡Geron nunca se olvidará de Claudia!” Cogió un diente de oso de su collar, se arrancó un pelo de su cabeza y rodeó al diente. Lo puso en la mano de Claudia. Pero guardó nuevamente el collar en su bolsillo.

Habían decidido que Virtus y Claudia acompañarían a los dos chicos germanos hasta el Río Rin. Cuatro caballos estaban listos y esperando en el patio de abajo. Sigbert, quién llevaba una mochila llena de provisiones para el largo viaje, podría cabalgar en Zorro de Fuego. Geron se despidió de Julia y Julus Severus en el recibidor. Virtus le dijo a Geron: “Madre Julia te da esto para que se lo des a Madre Ina.”

Julia aflojó una cadena de oro finamente forjada de su cuello y la puso en la mano de Geron. También había aprendido unas pocas palabras con Virtus. Abrazó a Geron y dijo: “Geron, ¡vuelve algún día!” Envolvió la joya en una delicada tela y puso ambas cosas en una bolsita de cuero. Geron puso el regalo en su saco de piel de cordero. También había envuelto con cuidado la lámpara de aceite y un pequeño frasco con aceite.

Julus le dio una nueva y preciosa hacha romana y dijo: “¡Toma Geron, para tu padre!” Después abrazó al chico con mucha fuerza y dijo: “¡Mi más sentido agradecimiento! ¡Me has devuelto a Virtus! ¡Mi vida está llena de felicidad otra vez!”

Los cuatro jóvenes montaron en sus caballos en el patio. Aparecieron sirvientes por todas partes, de detrás de las columnas y paredes, para despedirse. Todos habían llegado a querer a Geron y para ellos era mejor servir en un hogar feliz que en uno triste.

El anciano vigilante estaba en la puerta. Se le acercó y le dio un par de guantes de cuero para el frío invierno que estaba a punto de llegar, se había ruborizado. Mientras cabalgaban a través del foro de la ciudad, Virtus señaló un templo y dijo: “Castor y Pólux. ¡Nunca nos olvidaremos!”

Se estaban acercando al puente junto al Rin. Virtus dijo: “¡Cabalgaremos con vosotros a través del puente hasta la primera colina! Geron, tu irás el primero. Queremos ver qué dirán los guardias del puente.

Geron y Sigbert cabalgaron por delante. Los guardias del puente escépticamente se les acercaron para detenerlos. Geron les mostró la tabla de cera; la miraron y la leyeron. Boquiabiertos, les dejaron pasar y Virtus y Claudia les siguieron.

Geron le dijo a Virtus: “Tu padre es un mago increíble.” Ambos se rieron.

Habían llegado ahora a la colina en donde tendrían que despedirse y todos desmontaron. Sigbert quiso agradecerle a Virtus de nuevo, pero Virtus dijo: “Agradécele a Geron.”

Geron caminó hacia Claudia, quién le sonrió con una sonrisa de oreja a oreja, que siempre recordaría con alegría. Ahuecando sus manos le ayudó a subirse a su caballo. Geron y Virtus ahora se despidieron, cosa que para ambos era muy extraña. De repente, Virtus agarró el brazalete de cobre del brazo de Geron y dijo: “¡Castor!”

Geron hizo lo mismo y respondió: “¡Pólux!” Eran los únicos que sabían el significado de estas palabras. Cuando Geron se volvió a subir a su caballo, Virtus presionó su mejilla en el hocico de Brenno y susurró: “Brenno, buen Brenno. Tú me has llevado hasta la libertad.”

Geron gritó: “Hali” al tiempo que Brenno y Zorro de Fuego comenzaban a trotar. Detrás de ellos se escuchó un largo y eterno “¡Haloh!” Sigbert y Geron galoparon colina abajo hasta el bosque y camino a casa. Geron paro una vez y miró hacia atrás para ver al hermano y la hermana todavía en la cima de la colina. Un último saludo y los dos chicos se giraron hacia las sombras del bosque.

29. Remontando el río Lupia

Parecía como si Brenno se diera cuenta que volvía a casa. No hacía falta espolearlo y Zorro de Fuego tenía que emplearse a fondo para poder seguir su paso. Al cabo de unas pocas horas llegaron al río Lupia, donde les dieron un descanso a los caballos y les dejaron beber. A continuación siguieron la calzada romana que remontaba el río. Más tarde, se encontraron con un grupo de soldados romanos

y un oficial, que cabalgaban en dirección contraria. Los soldados se interpusieron en su camino y comenzaron a hablar entre ellos animadamente. Geron notó que actuaban como si fueran a atacar en cualquier momento. Sin ningún temor se acercó al oficial y le enseñó la tablilla de cera que Julius Severus le había dado.

El oficial comenzó a leerla. Sus ojos se abrieron con sorpresa, al tiempo que ordenó algo a sus soldados. Geron pudo distinguir el nombre “Julus Severus” mientras los soldados se apartaban dejándole paso. El comandante le devolvió la tablilla de cera a Geron y le saludó. Geron dijo: “Gratias,” para dar la impresión de que podía hablar latín.

Al alejarse de allí, Sigbert le comentó: “Geron, realmente mostraron respeto hacia tu persona. ¡Esa valiosa tablilla de cera es mágica!” Al atardecer llegaron a una taberna y Sigbert sugirió: “¿No sería mejor que cabalgáramos un poco más y pasar la noche en el bosque? Tengo miedo de encontrarme con más romanos.”

Geron le respondió: “No tengo miedo, la noche será fría y tengo dinero romano.” Ataron los caballos bajo un cobertizo y entraron. Solo había unos pocos viajeros dentro. Cuando les vieron entrar, los miraron con recelo. Geron se aproximó al posadero, que ya estaba preparado para echarles del lugar, y le dijo: “¡Salve!” Puso la tablilla delante de sus narices. Le pareció divertido hacer uso una vez más de la magia romana. El posadero miró a la tablilla; pero, desgraciadamente, no sabía leer; sin embargo, sí reconocer el sello que llevaba.

Uno de los viajeros podía leer bastante bien y leyó la tablilla en voz alta, para que todos lo pudieran oír. El posadero saludó con respeto a Geron y balbuceó en germano: “¿Qué desea el señor? ¿Sopa caliente, cama y avena para caballos?” Seguidamente les mostró dónde podían sentarse y les trajo dos cuencos de una humeante sopa. También comieron algo de las provisiones que llevaba Sigbert en su saco.



A la mañana siguiente, en el momento de pagar, Geron dijo: “¡Escríbelo!” Virtus le había enseñado los números romanos hasta el cien. El posadero pensó que a alguien protegido por un general no le

costraría más que a un soldado. Por eso escribió “XXX,” y Geron le pagó con la moneda de plata adecuada. Pronto los jóvenes reanudaron su viaje por la calzada.

Julus Severus le había pedido a Geron que llevara una tablilla de cera al comandante a cargo del castillo de Arbalo. Al atardecer llegaron a ese sitio. Sigbert dijo: “Aquí es donde me trajeron después de capturarme. Trabajé en la cocina hasta que fui vendido a un tratante de esclavos. Geron, me preocupa que alguien me capture otra vez mientras estoy allí.”

Geron se sentía seguro y le dijo: “¡Ten confianza en mí! Mientras estés conmigo, los romanos te dejarán en paz.” Los dos germanos se aproximaron a las puertas del castillo.

Los guardias los miraron con recelo. Sus miradas se dirigieron a los hermosos caballos, pero cuando los chicos desmontaron, uno de los guardias dijo: “Eh! ¡Ya los conozco! Uno estaba con el hijo de Julus Severus y el otro era ayudante de cocina aquí.” Saludaron a Geron amistosamente. Él dijo: “¡Salute! ¡Gaious!”

Sin necesidad de mostrarles la tablilla de cera, fueron conducidos a un gran patio y se avisó inmediatamente a Gaious de su presencia. A Geron se le dijo que se presentara ante Gaious, mientras Sigbert se quedó cuidando de los caballos. Geron cogió el mensaje de Castra Vetera de su bolsillo y se lo extendió a Gaious. Virtus le había explicado que el mensaje contenía saludos, agradecimientos y un informe del caballo que le habían prestado a Virtus. Gaious llamó a un intérprete, un germano que se había unido al ejército romano. Geron hizo un detallado relato de todo lo que aconteció durante el retorno de Virtus a casa de su padre. No era de extrañar que Gaious ofreciera a ambos comida y alojamiento para ellos y sus caballos esa noche.

Geron regresó al patio del castillo donde encontró a Sigbert en apuros. Unos soldados creían que había escapado del traficante de esclavos que lo había comprado. Discutían acaloradamente y Sigbert ya tenía las manos atadas por detrás de su espalda. Geron le pidió al intérprete que le ayudara, y todo se solucionó rápidamente. Geron desató las manos de Sigbert, quería alejarse de ese lugar cuanto antes,

pero Geron lo tranquilizó. “Nos han invitado a pasar la noche aquí. Estos hombres no sabían realmente lo que había ocurrido.”

Cuando se fueron a dormir, los dos se tumbaron uno al lado del otro, sobre la paja, en una pequeña y limpia habitación en donde se alojaban también los oficiales del ejército. Sigbert le dijo a Geron en voz muy baja: “No sé cómo podré agradecerte todo lo que has hecho, Geron. Somos pobres, tan solo tenemos tres vacas y algunas ovejas. Mi padre es un buen cazador, pero solo tiene un caballo. Quizás pueda trabajar para ti por un tiempo, un año o más. De acuerdo a la ley romana, ¡tendré que trabajar para ti toda mi vida! ¡Me gustaría ser tu sirviente! Eres muy valiente y tienes un gran corazón. ¿Cómo podré agradecerte todo?”

Geron le respondió: “Sigbert, los dioses y las Nornas guían nuestro destino. Ellas me llevaron a ti y me dieron la oportunidad de ayudarte. Algún día puede que tenga la necesidad de pedirte ayuda, pero ahora mismo, dime, ¿cómo se va a casa de tu padre desde el Lupia?”

Sigbert le respondió: “Cuando lleguemos al nacedero del río, cogeremos un camino que está en la orilla izquierda. Está a tan solo una hora de allí.”

Geron continuó: “Yo debo cabalgar medio día por el camino de la orilla derecha, pero te llevaré antes a casa de tu padre.”

Sigbert no podía conciliar el sueño. La impresión que le causó verse atado otra vez le hacía temblar aún. Escuchó la profunda y regular respiración de Geron. Eso lo tranquilizó y la idea de verse tan cerca de su casa también le ayudó a dormir en paz.

30. El regreso al hogar

Sigbert y Geron llegaron al nacedero del río Lupia después de cabalgar durante dos días. Había niebla y hacía frío, comenzaron a caer los primeros copos de nieve. Tanto los jinetes como sus caballos saciaron su sed. Geron se sentó junto al manantial y recordó cómo él y Virtus habían descansado allí el día que huyeron. Virtus había metido

sus manos en el agua diciendo: “¡Las aguas del Lupia fluyen hacia Castra Vetera y a casa de mi padre!” ¡Cuántas cosas habían ocurrido en las semanas que siguieron a ese día! Sentía como si fuera una persona diferente. Miró al brazalete de cobre que llevaba en su brazo, el metal estaba frío. ¿No quedó una parte de sí mismo en Castra Vetera? Cerró sus ojos. Con su imaginación podía ver a Virtus, Claudia, Julia, Julius Severus, Castor, Pollux y a la cantante griega.

Geron se había olvidado de dónde estaba y se sobresaltó cuando Sigbert le dijo: “¿Vamos? ¡Estoy ansioso por llegar a casa!” Sigbert ya estaba montado en el caballo.

Geron sumergió sus manos en el agua. “¡Sí, ya voy!” Encontró una hoja dorada otoñal debajo de la nieve y la tiró al agua que corría. Se quedó mirándola hasta que desapareció bajo las aguas del Lupia. Cogió el collar de dientes de oso y se lo puso alrededor del cuello. Montó a Brenno y le preguntó a Sigbert: “¿Tienes perros?”

Sigbert respondió: “Sí, uno de caza, pero no es peligroso. No les hará daño a los caballos.”

Geron permaneció en silencio durante el resto del viaje y dejó que Sigbert llevara la delantera. Nevaba ligeramente. De repente un pequeño valle se abrió ante ellos, en donde se podía ver una humilde y pequeña casa encaramada en un montículo. Sigbert gritó de alegría: “¡Es allí!”

Se tuvo que contener para no salir a todo galope en esa dirección. Una delgada columna de humo salía de la chimenea. No había nadie afuera. Cabalgaron por la pradera hasta la casa. Geron retenía a Brenno y Sigbert se adelantaba por momentos. De repente, un perro salió por debajo de la piel que cubría la entrada y comenzó a ladrar. Sigbert le llamó por su nombre y saltó de su caballo. Dos niñas salieron de la casa corriendo hacia él, luego sus padres.

Geron detuvo su caballo y contempló el blanco paisaje. No quería interferir en el recibimiento. Las niñas gritaban, reían, lloraban. Geron se acercó a la casa lentamente. Sigbert se desprendió de los brazos de su madre y se apresuró hacia él. Con pocas palabras dejaron bien claro lo agradecidos que estaban con Geron. Todos entraron a casa.

Geron se sintió en casa de nuevo. Allí estaban la tranquilidad, la chimenea con el parpadeante fuego; a un lado de la casa, rumiando su comida, un ternero recién nacido; la carne colgada de las vigas para ahumarse, el telar en una esquina, la lana de oveja para ser hilada por las niñas, el banco tallado del padre.... Alguien echó leña al fuego para dar más luz.

¡Ahora era momento de oír todas las historias! El padre de Sigbert, Sigmanles habló acerca de una reunión de druidas dos semanas atrás. Había oído hablar de un esclavo romano que había sido robado por un joven germano. La gente estaba muy enfadada. Al padre del raptor se le había pedido que pagase una multa, ya que nadie sabía si su hijo iba a volver. El hombre que había presentado esa queja a los Druidas no se encontraba allí, pues estaba muy enfermo. Geron admitió que él era el culpable y que era hijo de German. Añadió: “¡Pagaré la multa al demandante!”

Comieron carne del espetón y bebieron leche fresca de una jarra que se iban pasando. Geron les explicó: “Ya es tarde y me gustaría marcharme a casa y estar con mi familia. ¡Nos veremos pronto de nuevo!” A pesar de que le rogaron que se quedase a pasar la noche, Geron se mantuvo en su deseo de marcharse.

Sigbert le susurró: “¡Seré tu sirviente!”

Geron le replicó: “¡Mi amigo!”

Sigbert le ayudó a Geron a preparar a Brenno y a Zorro de Fuego para la vuelta a casa. Geron regresó al manantial. Era extraño, pero no sentía necesidad alguna de apresurarse; ya que, de todas formas, llegaría muy tarde.

Anochece cuando llegó al manantial. Miró por última vez al agua que fluía y se dirigió a casa. La luz iba menguando, aún así era fácil encontrar el camino a través de los bosques y las praderas, pero cayó la noche y Geron perdió el camino cubierto ya de nieve. Cabalgó sin rumbo por el bosque. Algunas veces los arbustos le cerraban el paso y tenía que retroceder. Finalmente dejó que Brenno lo llevara, había dejado de nevar. Poco a poco Geron sintió que el lugar se le iba haciendo más y más familiar. Brenno había encontrado otra vez el camino a casa.

Debía de ser más de medianoche cuando los prados de su casa aparecieron ante sus ojos. Luego la casa vieja, la nueva, el arroyo y el tilo. Dentro de la casa, su familia dormía profundamente. ¿Debía hacer ruido? ¿Debía despertarles? No, podía dormir en la vieja casa y así evitar molestarles. Si cabalgaba contra el viento, ni Waldo notaría su presencia.

Cabalgó hacia la casa vieja y desmontó allí, todo estaba muy tranquilo. Dentro de la casa sintió un aire cálido impregnado de humo. Las vacas dormían en una mitad de la casa y en la otra, el caballo de su padre. Geron encendió el fuego para iluminar la estancia. La puerta de entrada no era muy alta, por lo que los caballos debían inclinar sus cabezas para poder entrar. Una vez dentro, les enseñó la paja de sus camas. Colgó las armas de nuevo en la pared y guardó el hacha y su bolsa de cuero en el viejo baúl. Buscó las cadenas de hierro que había escondido allí, pero no las encontró.

Geron permaneció al lado del fuego para calentarse. Se acordó de Virtus sentado allí mismo, mientras el intentaba cortar las cadenas de sus piernas. ¡Ahora todo volvía a estar bien de nuevo! ¿O no? Padre lo entendería, pero y ¿Wugo? Puso sus manos sobre el fuego y musitó: “¡Nornas, guías de nuestro destino, os lo agradezco!” Encontró un lugar entre sus caballos, fieles compañeros, que habían hecho un maravilloso trabajo trayéndolos a Sigbert y a él de vuelta a casa. Acarició a ambos y les dijo unas palabras de agradecimiento. ¿Y por qué no? ¿Por qué no se debería agradecer siempre a los animales por sus servicios? Luego se acostó sobre la paja y se quedó profundamente dormido.

Muy temprano, cuando aún estaba oscuro fuera, German se levantó para ver qué tiempo hacía. Planeaba ir de caza al bosque. Aún se veían las estrellas. Se dijo para sí: Puedo ir a ver el fuego a la casa vieja y luego ir de caza con Waldo.

Caminó hacia la casa vieja en la tenue luz del amanecer. Cuando iba a quitar el madero que tapaba la puerta del frente, se dio cuenta de que no estaba. Pensó que era muy extraño ya que estaba seguro de que había tapado la puerta al marcharse el día anterior. Entró a la oscura habitación, sopló las brasas para avivar el fuego y echó una astillas

para iluminar la estancia. Tanto los caballos como el jinete dormían profundamente después de la larga y agotadora cabalgata de la noche anterior.

A German le pareció extraño percibir un olor a caballo mucho más intenso que de lo normal. Sus ojos poco a poco se fueron acostumbraron a la oscuridad y empezó a mirar por todos lados. ¡Había tres caballos tumbados en la paja! Y en medio de ellos... ¿era un extraño que había pasado la noche allí sin pedir permiso? Echó otro puñado de astillas al fuego. Sí, solo había un jinete durmiendo entre los dos caballos. ¿No era... Geron? Sintió un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se acercó a Geron y se arrodilló junto a él. ¡Sí, era Geron, su hijo! Acarició su pelo y cuando pudo hablar murmuró: “¡Geron, mi querido Geron!”

El joven abrió sus ojos. En la rojiza luz del fuego, vio a su padre inclinándose hacia él. Lentamente levantó sus brazos y abrazó la cabeza de su padre. Le suplicó: “¡Por favor, no estés enfadado conmigo!”

Las lágrimas de German delataron sus verdaderos sentimientos y no había enfado en ellos. Aunque nunca volvieron a hablar de ello, comprendieron que su unión era mucho más fuerte que nunca.

Un poco más tarde, German arrojó un poco más de leña al fuego, para que hubiera un poco más de luz dentro. Los dos caballos también se alzaron. German observó a Zorro de Fuego con ojos de experto. Dijo: “¡Qué caballo tan precioso! ¿A quién pertenece?”

Geron contestó alegre: “A nosotros, padre, ¡Es nuestro! Es uno de los regalos que recibí por devolver Virtus a casa. Y tengo monedas de plata para Wugo.”

Padre se puso serio y dijo: “Wugo ya no necesita nada de plata. Hace una semana su pierna herida por fin pudo con él y murió. Marchó hacia el gran desconocido agonizando de dolor.” Geron permaneció en silencio. Se sentó alrededor del fuego y se perdió en sus pensamientos.

Unos pocos minutos después, German dijo: “¡La vida continúa! Vamos, llevemos algo de alegría a la casa nueva.” German puso su brazo alrededor del hombro de Geron mientras caminaban hacia la casa. Las estrellas empezaron a disiparse. Geron miró arriba hacia

el este y vio las estrellas gemelas, Castor y Pollux, pero German lo empujaba. Un fuerte ladrido se podía escuchar de la casa, Waldo empezó a correr salvajemente hacia Geron y saltó encima de él, estaba fuera de sí, lleno de alegría. Padre entró corriendo a casa y gritó: “¡Geron está aquí! ¡Geron ha vuelto!”

Nunca hubo un griterío así en la casa nueva. Gerda, Gerwin, Ina y Uralda se acercaron corriendo a la puerta. Geron estaba casi abrumado por la intensidad de sus saludos, repletos de felicidad y alegría.

Hubo un gran desayuno en la casa de German aquella mañana y muchas horas de oír el relato de las aventuras de Geron en tierras romanas. Más tarde trajeron los dos caballos desde su establo en la vieja casa. Todos admiraron a Zorro de Fuego, Gerwin dijo: “Geron, ya que tú tienes a Zorro de Fuego, ahora Gerda y yo podríamos cabalgar en Brenno.”

Geron contestó: “No, Brenno es y seguirá siendo siempre mi caballo. Pero si os portáis bien con él, os enseñaré a ambos a montar en Zorro de Fuego.”

Volvieron a entrar al calor de la nueva casa. Geron le pidió a Gerwin que fuera a la casa vieja y que cogiera su saco de cuero y el hacha que estaba en el arcón viejo. Le dijo a su madre y padre: “Los padres de Virtus me han dado unos regalos para vosotros. Piensan que os debisteis de preocupar mucho por su hijo y por qué yo lo liberé y lo devolví a su familia.” Geron no estropeó la sorpresa diciéndoles qué eran los regalos. Cuando Gerwin volvió, Geron cogió el hacha y dijo: “¡Aquí, Padre! Esta es tu hacha romana que Julius Severus te envía junto a sus agradecimientos.”

German cogió el hacha en sus manos y dijo: “¡Una preciosa hacha! ¡Podríamos construir otra casa con esto!”

Geron buscó en su bolsa de cuero y sacó un pañuelo de lino blanco y lo puso en las manos de su madre. “Aquí Madre. La madre de Virtus, Julia te lo envía para ti.”

Ina exclamó: ¡Oh, un encantador pañuelo blanco! ¡Es preciosos!”

Geron dijo: “Hay algo dentro. Ina abrió la tela de lino y vio un collar de oro. Estaba abrumada por su belleza. Geron dijo: “Es un

collar para ti, Madre, de parte de Julia, por todas las preocupaciones que te he causado.” Ina se puso el collar en el cuello y Geron se lo ató.

A Ina le pareció raro tener algo tan precioso. Ella dijo: “Me lo pondré en los días festivos, es demasiado especial para llevarlo mientras ordeño las vacas o hago las tareas del hogar. Hoy es un día festivo, ya que has vuelto, mi querido Geron y ¡lo pienso llevar!”

Gerda dijo: “También lo tienes que llevar mientras hilas, cantas y durante el tiempo de contar historias, Madre. ¡Es bueno para los ojos mirar al oro!”

Geron preguntó: “Padre, ¿cómo fue el entierro de Wugo?”

Su padre dijo: “Cuando se enteraron de que se estaba muriendo, Evart, el Druida fue a estar a su lado. Le ayudó con todo. Después Evart dijo que le deberían de enterrar en el tercer día junto a la roca grande que está en la frontera del bosque. Envolvieron su cuerpo en la piel de oso en la cual estaba tumbado mientras estaba enfermo. Yo ayudé a enterrarlo, pusimos sus armas junto a él en la tumba. Evart dijo unas pocas palabras, algo así: ‘El cuerpo va hacia la Tierra y el alma vuelve a su casa.’ Runege estaba muy preocupada y, por lo tanto, Evart le pidió a Helga que se fuera a vivir con ella durante un tiempo y que la ayudara, ya que Runege no era capaz de mantener la casa y la granja. Evart también le pidió a Helga que cantara para Runege, para que su espíritu pudiera calmarse con la música. Los padres de Helga estaban de acuerdo; por lo tanto, la chica ahora cuida de Runege y también de los viejos sirvientes, Bur y Bor.”

Geron dijo: “Le daré la plata romana a Runege y también trabajaré para ella, si Bur y Bor no pueden con todo. Se lo debo a Wugo.”

Geron continuó buscando en su saco de cuero y sacó una lámpara de bronce decorada con una cabeza de caballo. No dijo lo que era, fue de mano en mano y todos admiraban el parecido del caballo. Geron sacó la botella de aceite cerrada, relleno la lámpara y lo encendió con un palo del fuego. La lámpara de aceite volvió a pasar de nuevo de mano en mano para que todos pudieran contemplar la cabeza de caballo iluminada.

Gerwin preguntó: “¿Daré luz ahora, día y noche, durante todo el año?”

Geron contestó: “La lámpara funciona con aceite. Cuando ya no tiene más aceite dentro, la lámpara se apaga. Es por eso que tenemos que mantener el aceite. Pero nos traerá muchas alegrías durante las largas tardes de invierno.”

Uralda dijo: “Se puede obtener aceite de las nueces. Cuando se acabe el aceite romano, presionaré las nueces y obtendré aceite germano.” Todos se rieron a la vez, pero más tarde, Uralda no tardó en producir aquel aceite romano.

Ina sugirió: “Desde el entierro de Wugo no le hemos prestado mucha atención a la pobre Runege. La granja de Wugo es nuestro vecino más cercano. Podemos ir a visitar a Runege esta tarde. Geron puede llevarle el dinero de la recompensa.”

German dijo: “Podéis ir todos vosotros. Yo iré a hacer algo de madera con el hacha nueva, el establo de las ovejas necesita mejoras.”

Uralda dijo: “No me montaré en un caballo, prefiero estar aquí, caliente e hilar mi algodón.”

31. El paseo a la granja de Wugo

La nieve se fue derritiendo poco a poco y para mediodía no había rastro de ella en los campos. Geron les permitió a Gerda y a Gerwin dar un paseo de prueba en Zorro de Fuego. Zorro, quién se dejaba manejar fácilmente con un bocado en su boca y riendas. Geron pensó que no habría ningún peligro si les dejaba a sus hermanos menores cabalgar hasta la granja de Wugo. Ina iría montada en el caballo de German y Geron en Brenno. Así, los tres caballos partieron de la granja de German a primera hora de la tarde.

Cuando estaban cerca de la granja de Wugo, Geron dijo: “Voy a adelantarme un poco para asegurarme de que los perros no nos molestan.” Se alejó galopando. No oyó ningún ladrido al acercarse a la casa. Bur y Bor habían llevado a los perros al corral de las ovejas. Geron ató su caballo en el cercado, como siempre solía hacer. Caminó hacia la casa.

Pero ¿qué es lo que oyó? A alguien cantando. Geron se acercó sigilosamente a la puerta. Helga cantaba una canción sobre el hada del agua, quien echaba de menos al pastor que cuidaba de sus ovejas junto al río y por eso la había empujado a aguas profundas. Sí, Geron conocía esa canción. Helga la había cantado esa vez que él se escondió entre los arbustos para escucharla. Vivía enamorado de su voz desde entonces. Atravesó el umbral de la puerta muy despacio. Helga comenzó a cantar una nueva canción. Geron movió la piel que cubría la puerta. No se acordaba que la luz que entraría en ese momento lo delataría. El cantar paró repentinamente, Helga gritó sobresaltada: “¡Geron!” Corrió hacia la puerta. El entró y ella le dio un enorme abrazo, como si fuera su hermano. Dijo: “Geron, ¡Has regresado! ¿No estás herido?” Sus ojos derramaban lágrimas de alegría.

Geron no esperaba tal recibimiento por parte de Helga. Ésta lo cogió de su mano y lo condujo ante Runege: “¡Mira, Runege, Geron ha vuelto!”

Runege, quien no había sido ella misma desde la muerte de Wugo, elevó su mirada y dijo: “¡Se llevó al romano! ¡Se llevó al romano! ¡Muy mal! ¡Wugo enfadado!”

Se oyeron voces en el exterior. Ina y los niños esperaban en la entrada. Helga les invitó a entrar e Ina se acercó a Runege. Estaba enferma y yacía sobre unas pieles de oveja. Apenas reconocía a los visitantes. Geron arrojó unas cortezas al fuego para dar más luz al interior de la casa. Ina y los niños se sentaron a hablar con Runege, quién solo podía recordar el nombre de Ina. Geron intentó explicarle a Helga en pocas palabras cómo fue su estancia con los romanos, y lo feliz que se hallaba Virtus al verse otra vez en casa.

Gerwin dijo. “¡Vienen los perros! Geron y Helga salieron inmediatamente con los niños. Helga se había hecho amiga de los animales, los cuales les saludaron alegremente. Dejaron pastar a los caballos y metieron a las ovejas al redil. Bur y Bor cuidaban más de su limpieza y se vestían mejor. Geron pensó que debía haber sido por influencia de Helga, quién había traído las buenas costumbres del hogar de los Holding a la granja de Wugo.

Ahora eran Bur y Bor quienes querían oír lo que Geron tenía que contar de su aventura con el esclavo Virtus. Helga dijo: “Venid todos aquí, al lado del fuego, hay suficiente gachas para todos.” Una vez sentados alrededor del fuego pudieron oír ladrar a los perros otra vez.

Geron salió a ver qué ocurría, un caballo blanco venía hacia la casa. ¡Montados en su lomo venían Evert y Holger! Se apresuró para recibirlos en la puerta. Holger gritó: “¡Geron!” Saltó del caballo y corrió hacia su amigo.

Evert detuvo a su caballo y miró con cariño a los amigos. Geron y Holger se le aproximaron. Evert desmontó. Geron no sabía qué decir. ¿Estaría enfadado Evert con él? Entonces, tal como Evert hacía siempre, puso sus manos sobre los hombros de Geron y lo miró profundamente a los ojos. Su semblante se iluminó. Dijo con alegría: “¡El lobo romano no te ha mordido!” Geron comprendió lo que quería decir. El Druida le dio un paternal abrazo y le dijo: “Es una bendición para muchos que hayas regresado a tu hogar tan rápido, Geron. ¡Te has convertido en todo un hombre!”

Una vez dentro de nuevo, Geron les contó la historia de su aventura con Virtus y los romanos. Solo una persona no escuchaba, Runege, que se había quedado dormida. En un momento, mientras Geron les hablaba acerca de los dioses de piedra de los romanos, se despertó y le pidió a Helga que cantase para ella. Helga miró a Evert, quien dijo: “¡Sí, Helga, canta!” Cantó una canción acerca del viento, el más viejo vagabundo de la tierra, y cómo Odín viaja en él por todo el mundo. Cuando acabó, Runege volvía a estar durmiendo de nuevo. Geron les contó su viaje en barco sobre el río Rin.

Llegó el momento de las tareas de la tarde. En la granja de Wugo había alrededor de diez vacas y novillos. Geron y los niños les ofrecieron su ayuda a Bur y Bor. Evert salió a dar un paseo por los alrededores de la granja con Ina. Hablaron sobre el futuro de Runege y de la granja. Al acabar, todos se reunieron dentro de la casa, para la cena de leche y pan.

Evert habló: “Las nornas de Runege nos han reunido esta tarde a todos nosotros aquí. He podido entender sus señales. Para Helga es demasiado asumir sola el cuidado de la granja y de los mayores. Ina

ha dicho que ella puede pasar aquí el invierno con Helga y ayudarla a cuidar la casa. Hablará con German y si él está de acuerdo, regresará mañana con Geron, quién podrá ayudar a Bur y Bor. En la próxima Reunión de Druidas en primavera, Geron debe entrar en el anillo y explicar al juez y al consejo de ancianos por qué ayudó a Virtus a escapar. ¡No te preocupes, Geron! Actuaste con valentía y ahora puedes resarcirte ayudando a Runege con la granja.”

Geron preguntó: “¿Padre Evert, qué debería hacer con las monedas de plata que le traje a Wugo?”

El Druida le respondió: “El consejo de ancianos decidirá en la Reunión. Hasta entonces, guárdalas en un lugar seguro. ¡Los ratones seguramente no se la comerán!”

32. El solsticio de invierno

El bosque estaba cubierto de un espeso manto de nieve, lo que indicaba que pronto llegaría el día más corto del año. La gente comenzó a reunirse en el lugar sagrado para celebrar el solsticio de invierno. Las familias de German y de Holding llegaron montando a caballo. Holger ya llevaba varios días con los Druidas, ya que les había estado ayudando con los preparativos para el festival. Había una gran pila de leña preparada. Un alce enorme, que había sido capturado vivo, iba a ser sacrificado. Todo el mundo traía regalos para los Druidas: queso, mantequilla, huevos, carne y granos. Encendieron el fuego al anochecer.

Cuando Geron llegó con su familia, Holger caminó hacia él y le saludó: “¡Muere el viejo sol y nace el nuevo! ¡Qué tengas salud y felicidad!”

Holger saludaba así a todas las personas que iban llegando. Cuando llegó a su madre, Hulda, ella lo abrazó y le dijo: “¡En el nuevo año del Sol tu tendrás catorce años y te irás a vivir con los Druidas para siempre!” A pesar de que el tener que dejar marchar a su hijo le causaba gran dolor, Hulda estaba muy orgullosa de que él hubiese sido elegido para seguir el camino de sabiduría de los Druidas.

Holger saludó a su hermano Hoegge, quien le preguntó: “¿Qué hay para comer?”

Holger le respondió: “Un alce, un animal espléndido, será sacrificado. Su cornamenta será entregada a aquel que saque el palillo más corto.”

Hoegge comentó: “¡No quiero la cornamenta, pero si me dan un trozo de carne de su pierna, seguro que podré correr más rápido!”

Los visitantes del Festival del Sol habían traído recipientes donde llevar a casa algunas brasas del fuego del sacrificio. Tan pronto como llegara la tarde del día más corto del año, se tenían que apagar todos los fuegos de los hogares germanos, para así comenzar un año nuevo con un nuevo y bendecido fuego en la chimenea. Runege, Bur y Bor, sentados en la oscuridad de la granja de Wugo, esperaban el retorno del resto con las nuevas brasas. Uralda aguardaba en la oscuridad de casa de German y el abuelo Helge hacía lo mismo en la granja de Holding. Todo el mundo esperaba con ansiedad el regreso de los celebrantes.

Era una brillante noche estrellada. Saliendo de la granja de los Druidas podía verse y oírse una fila de sacerdotes cantando, portaban antorchas. La gente que los esperaba hizo silencio. A medida que los sacerdotes se acercaban, se podían entender las frases que cantaban:

*Muere el viejo Sol,
Nace un nuevo Sol.
¡Así murió Baldur,
Y nacerá otra vez!*

Hoegge le susurró a Geron: “Baldur era ese a quién atravesó una flecha, ¿ no? ¿No dije que alguien lo tendría que traer de vuelta?” Geron le dio una pera disecada para que tuviese algo que masticar durante la ceremonia.

Llegaron los Doce Druidas y tras ellos, los estudiantes que los ayudaban; traían el alce para el sacrificio. Los Druidas formaron un círculo alrededor de la leña de la hoguera y a la señal, encendieron el fuego. El sacerdote principal dijo unas pocas palabras y los

otros sacerdotes las repitieron al unísono, luego fue el turno de los espectadores. Algunos Druidas arrojaron hierbas especiales a las llamas y otros las salpicaron con resina de pino. Las llamas eran tan intensas que toda la gente tuvo que retroceder un poco, dejando un amplio espacio entre ellos y la hoguera. Todos comenzaron a caminar en la misma dirección alrededor del fuego. Parecía una enorme rueda en movimiento.

A la señal de uno de los Druidas, la rueda se detuvo. Preguntó: “¿Hay algún joven aquí presente que desee anunciar su compromiso para el próximo año?” Dos parejas cogidas de la mano se adelantaron y comenzaron a brincar y a bailar frente al fuego. Una de las parejas eran Geron y Helga. Hoegge, quien no había prestado atención a lo que el sacerdote había dicho (solo había oído las últimas palabras, algo así como saltar alrededor del fuego), rápidamente comenzó a saltar, esforzándose por danzar de la manera más salvaje posible alrededor de las llamas. Todo el mundo se echó a reír.

Para los germanos, el Fuego del Sol era el lugar donde una persona declaraba abiertamente sus intenciones de casarse en el año entrante. Por eso, al acabar de danzar, las parejas recibieron las felicitaciones de todos los presentes. Así lo hicieron también los padres de Geron y Helga.

Al sonido de un martillo de madera golpeando tres veces en un tablón, todos hicieron silencio. Seguidamente comenzó el sacrificio. El alce fue atado en un poste cerca del fuego. A una señal del sacerdote principal, el animal fue sacrificado y trozos de carne fueron puestos a asar en espetones. La gente se sentó sobre pieles de animales que habían traído y jarras de hidromiel pasaron de mano en mano para beber. Al cabo de cierto tiempo, se llamó a los cabezas de familia y se les dio trozos de carne asada. Los ponían en los mismos recipientes en los que luego llevarían a casa las brasas del fuego.

Las familias de German y Holding estaban disfrutando mucho de aquella celebración. Cuando le preguntaron a Hoegge por qué su novia no había salido a bailar alrededor del fuego con él, respondió: “¡Huyó de mí!”



Evert se mezcló entre los asistentes y saludó a todas las familias allí presentes. Cuando llegó a los Germans y los Holdings, sonrió ampliamente y dijo: “Me habían dicho que hoy saldríais a bailar alrededor del fuego. Helga, no dejes nunca de cantar. Geron, construye una casa nueva.”

Poco a poco, las familias comenzaron a llenar sus cuencos de arcilla con brasas. Las cubrían con cenizas para mantenerlas calientes en el largo viaje de regreso a casa. Los nuevos fuegos se encenderían a la medianoche.

Antes de que las dos familias se separaran, Holger le dijo en voz baja a Geron: “Evert me ha dicho que los Druidas pasarán la noche en una cueva. Ellos pueden ver el Sol a medianoche, brillando al otro lado del mundo. Permanecen rezando durante toda la noche, pidiendo a los dioses sus bendiciones para el año nuevo. En la primavera seré acogido como estudiante y viviré con los Druidas para siempre, pero, Geron, ¡nuestra amistad no morirá jamás!”

33. La reunión de los Druidas

Llegó la primavera. Runege había sido enterrada en la granja de Wugo. Como no tenían hijos ni familiares cercanos, en la siguiente Reunión de Druidas se decidiría el destino de la granja. Dicha reunión se celebraría cuando el día y la noche tuvieran la misma duración.

Después de la muerte de Runege, Helga retornó con su familia e Ina también. Geron tuvo que quedarse solo con Bur y Bor y cuidar de la granja. Los campos debían prepararse para la siembra de primavera. Como era costumbre, Geron y Helga se casarían más adelante, después de la Reunión de Druidas. Geron estaba un poco preocupado porque pensaba que los mayores podrían castigarle por haber raptado a Virtus. Su padre le aconsejó que le pidiera a Evert que estuviese allí, y Geron se lo había pedido en el Festival del Solsticio de Invierno. Evert le había dicho: “Estaré allí para hablar por ti. ¡Tienes que decir la verdad, abiertamente y sin temor!” Es por eso que Geron tenía confianza en que todo saldría bien.

Todos aquellos que se dirigían a la Reunión partieron temprano desde todas las direcciones en un área muy extensa. Un inmenso tilo en mitad de la pradera fue el lugar elegido para la reunión. Se colocaron piedras alrededor del árbol, las cuales servirían de taburetes para los más mayores del consejo y para el juez. Una serie de postes clavados en círculo, algo mayores que la copa del árbol y unidos por una fuerte sogá, formaban el “Anillo.” El juez y los mayores se sentarían dentro del “Anillo,” debajo del tilo. Los demandantes y los demandados debían introducirse en el “Anillo,” mientras que la gente tenía que permanecer fuera de él y desde allí escuchar el desarrollo de los pleitos.

La enorme espada que ejecutaría la sentencia se apoyaba contra el árbol mientras que el verdugo se sentaba a su lado. El año pasado había tenido que cortarle la cabeza a un pirómano. A otro hombre le había tenido que cortar tres dedos de la mano derecha porque no dejaba de robar. No lejos del tilo, se erguía el Árbol del Hombre Muerto con sus ramas secas y muertas. Dos años atrás, el verdugo había colgado de una de sus ramas a un ladrón de caballos, que fue comido lentamente por los cuervos.

La multitud esperaba alrededor del anillo. Oyeron sonar al cuerno al tiempo que tres Druidas y los ancianos se acercaban desde la granja de los Druidas, Evarit iba entre ellos. El “Anillo” se abrió para que entraran y fue cerrado una vez que todos estaban en el interior. Los Druidas se sentaron ceremoniosamente. El representante de los ancianos alzó su voz: “El Encuentro” ha comenzado. Aquí en el anillo prevalecerán la verdad y la justicia. Quienquiera que sea llamado al anillo estará delante del ojo de la Verdad, del ojo de la Divinidad, que ve hasta lo que está escondido. Los nombres de aquellos que deberán comparecer en el anillo ya se han hecho conocer. ¡Llamad al primero!”

El Druida Waro se puso de pie y llamó: ¡Sigvat, hijo de Hunding, da un paso adelante!” Un hombre joven entró al anillo pasando por debajo de la cuerda.

Un anciano habló: “Se te acusa de robarle una oveja a tu vecino Ingo cuando su rebaño pastaba cerca de tus campos. ¿Qué dices a esto?”

El joven respondió con un tono sumiso y tímido: “Lo hice en un momento de oscuridad. Lo siento mucho y os pido vuestro perdón. Le daré a Ingo tres ovejas a cambio.”

Los ancianos y los Druidas deliberaron por un rato. Waro dio un paso adelante y dijo: “Tu arrepentimiento y tú pago han sido aceptados. Inclínate ante la espada del juicio.” El verdugo cogió a la espada y puso su lado plano sobre la cabeza inclinada de Sigvart. Ingo entró al anillo y ambos se dieron la mano en señal de perdón. Todo quedó solucionado y ambos salieron del anillo.

Waro pronunció el siguiente nombre: ¡Gunther, hijo de Hilpert, entra al anillo!” El anciano dijo: Se te acusa de robar carne obtenida en una cacería con Herman. Descuartizaste rápidamente al animal mientras Herman fue a pedir prestado un caballo para transportarlo a casa. ¿Qué dices a esto?”

Gunther estaba nervioso. “Creía que Herman se había olvidado de llevarse al animal y por eso pensé que sería mejor llevarlo a casa y descuartizarlo antes de que se pudriera. Le di a Herman la piel, la carne y las vísceras del alce.”

El juez dijo: “Tú hiciste eso sólo cuando Herman fue a tu casa y descubrió todo. Antes de entrar a tu casa, fingiste no saber nada del alce.” Los ancianos y los druidas deliberaron una vez más.

Waro se adelantó y dijo: “Tú no has mostrado arrepentimiento alguno. Intentaste librarte del castigo con mentiras. Como castigo, se te cortarán dos dedos de tu mano derecha. ¡Pon tu mano sobre la piedra!” No había nada más que decir. El verdugo le cortó los dos dedos más externos de su mano derecha. Gunther chilló y desapareció de la pradera.

El anciano dijo: “¡Hunding, hijo de Walo, entra al anillo!” Hunding entró. El anciano dijo: Un Druida ha presentado una queja contra ti, tienes seis hijos, el menor es solo un bebé. La primavera pasada cogiste tu caballo y te marchaste abandonando a tu familia. Viviste aventuras por el mundo mientras tu mujer y tus niños tuvieron que hacer todo el trabajo de casa durante todo el verano. Los vecinos tuvieron que ayudarles. Regresaste en otoño, cuando la cosecha había acabado. Te sentaste delante del cálido fuego y te comiste las

provisiones del invierno. Abandonaste a tu familia por medio año. ¿Qué dices a esto?”

Hunding miró fijamente al suelo y balbuceó unas pocas palabras. Luego calló.

Waro dio un paso adelante y dijo: “En esta Reunión aprenderás una lección que nunca olvidarás. ¡Verdugo, pon a este hombre en el cepo y clávalo en el pantano hasta esta noche!” El verdugo cogió un artefacto de dos partes y se lo puso a Hunding alrededor del cuello, de tal manera que no se hundiría completamente en las arenas movedizas.

Unos pocos se acercaron a mirar, uno de ellos dijo: “Le lleva mucho tiempo a un hombre aparecer limpio ante los ojos de otro después de haber estado sumergido en el pantano. ¡Pobre hombre!”

El Druida pronunció el último nombre: “¡Geron, hijo de German, entra al anillo!” Aunque Geron sintió que la sangre se le coagulaba, entró valientemente al anillo. El anciano habló: “Wugo, quien ha muerto, presentó una queja contra ti hace un tiempo. Ayudaste a su esclavo a escapar a territorio romano. La justicia continúa después de la muerte. ¿Qué dices a esto?”

Geron comenzó: “¡Honorables Padres! Permanezco en deuda con Wugo, quien ha dejado esta vida. ¡Lo admito! Mi corazón se conmovió por el sufrimiento y la añoranza del esclavo romano. La libertad es el bien máspreciado para los romanos y para nosotros también. Quería darle a Wugo el dinero del rescate. Tengo en mi bolso de cuero monedas de plata suficientes para comprar cinco vacas. Wugo me dijo que el esclavo valía tres. Desde mi regreso he trabajado todo el invierno para la viuda de Wugo, Runege. Desde que murió, he estado cuidando de la granja con los dos sirvientes, Bur y Bor.”

Cuando Geron acabó, Sigmann entró al anillo con su hijo Sigbert, para actuar de testigos a favor de Geron. Los Druidas le dejaron hablar, él dijo: “Padres, mirad a mi hijo, Sigbert. Era solo un niño cuando los romanos lo capturaron y lo pusieron en venta en un mercado de esclavos romano. Estaría aun allí si no hubiese sido por Geron, quién usó su influencia y pudo asegurar su libertad. Incluso les ofreció su propio caballo como pago; nos devolvió a nuestro querido

hijo. Gracias a Geron nuestras vidas están libres del peso de la tristeza. ¡Siempre le estaremos agradecidos!”

El consejo de ancianos y los Druidas deliberaron por un largo tiempo. Sigman y Sigbert permanecieron junto a Geron dentro del anillo. Finalmente Waro dio un paso adelante y dijo: “No somos amigos del poder del lobo romano, pero incluso entre romanos hay gente que demuestra una gran gratitud. Esa gente te ha dado las monedas de oro, Geron. E incluso te han ayudado a liberar a Sigbert. Le darás esas monedas al Consejo, que se usarán para ayudar al que pida asistencia. La nobleza que mostraste en el caso de Sigbert te ha liberado de toda culpa.”

Enseguida se oyó un murmullo de aprobación. Y se oyeron espadas golpeando los escudos en señal de aprobación. Evart dio un paso adelante y elevó su voz: “¡Germanos y participantes de la Reunión de Druidas! Yo ayudé a Wugo y Runege a entrar en el reino de los muertos. Sus deseos serán satisfechos si Geron continúa cuidando de la granja. ¿Hay alguien aquí presente que tenga derecho a heredar?” Nadie reclamó ese derecho. Evart continuó: “Entonces se hará lo que los ancianos han decidido: ¡Geron se convertirá en el amo de la granja de Wugo!”

Geron cogió la plata que Julius Severus le había dado y se la ofreció al consejo de ancianos. Sigbert tomó a Geron de la mano y le preguntó: “¿Puedo ayudarte en la granja?”

Geron le respondió: “Sí, Sigbert, claro que puedes. ¡Ven hoy mismo! Estoy agradecido por tu ayuda.” Los dos salieron del círculo. Geron le susurró a Sigbert: ¡Vamos, saltamos sobre la cuerda! Geron recibió buenos deseos de parte de todos, pero Helga era la más feliz por el desenlace y sus lágrimas se convirtieron en lágrimas de alegría.

Los ancianos y los Druidas se pusieron de pie y cantaron una canción de alabanza a la justicia. El anillo se abrió y abandonaron la Reunión para dirigirse a la granja.

Holdig habló: “Vayamos todos a nuestra granja, es la más cercana. ¡Debemos celebrar este maravilloso día!” Helga había cabalgado a la Reunión en Zorro de Fuego. Se sentó detrás de Geron en su caballo para que Sigbert pudiera montarlo. ¡Sigbert estaba

encantado! Muy pronto todos estaban de camino a la casa de Holding. Bajaron de las vigas la mejor carne ahumada y prepararon un festín.

Hoegge, Gerwin y Gerda se habían quedado allí. El abuelo Helge había mantenido a Gerda ocupada batiendo mantequilla. Los niños habían ordeñado a las vacas y a las cabras y por eso ahora ellos también podían disfrutar de la celebración. Hubo comida, bebida, canciones y juegos. Holding contó sus chistes y las risas se oyeron hasta bien entrada la medianoche.

Pasada la medianoche, Geron y Sigbert regresaron a la granja de Wugo. Bur y Bor dormían en el pajar. Geron les había enseñado a los perros a dejar de ladrar en cuanto lo ordenaba. Los saludó con palabras amables y les echó unos huesos para mordisquear.

Geron guió a Sigbert en la oscuridad de la casa hasta el fuego para que no tropezara. Encendió su pequeña lámpara de aceite y se sentaron junto a la cálida chimenea. Hablaron de la ciudad de Castra Vetera, de Virtus, de Claudia, de la villa de Julius Severus y de los templos de los dioses y diosas romanos. Repentinamente Sigbert preguntó: “¿Geron, tienes aún esa tableta de cera mágica? He pensado a menudo en ella.”

Geron respondió: “Sí, la envolví en cuero y la guardé cuidadosamente. Virtus me dijo que lo que estaba escrito ahí me ayudaría siempre a atravesar territorios romanos con seguridad. Puedo visitarle cuando quiera. Quizás este año vaya con Helga, así mis amigos romanos podrán convertirse en sus amigos también.”

Sigbert preguntó: “¿Y qué tal tu nueva casa?”

Geron respondió: “Después de la siembra, Holding vendrá a ayudarnos a construir una nueva casa. Entonces, Sigbert, habrá mucho trabajo para nosotros y para los caballos.”

Sigbert afirmó: “¡Sí, ya no puedo esperar más! Iremos de caza juntos y conseguiremos un fabuloso alce, para que la nueva casa tenga su esplendorosa cornamenta colgada en la pared.”

Waldorf[®]
PUBLICATIONS